3 1761 09373125 5

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/ensayos06unam

ENSAYOS

OBRAS DEL AUTOR

	Pesetas.
PAZ EN LA GUERRA *(novela)*. Madrid; Fernando Fé 1897	4
DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA. Madrid; *Revista Nueva*, 1899	1,50
AMOR Y PEDAGOGÍA *(novela)*. Barcelona; Henrich y C.ª, 1902	3
PAISAJES. *(Colección Colón)*. Salamanca, 1902	0,75
DE MI PAÍS. *(Descripciones, relatos y artículos de costumbres)*. Madrid; Fernando Fé, 1903	3
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, *según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.* (Segunda edición, adicionada con un nuevo ensayo.) Madrid; Renacimiento, 1914	3,50
POESÍAS. Fernando Fé; Victoriano Suárez, Madrid, 1907	3
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOCEDAD. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1908	3
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA. Madrid; Renacimiento, 1910	3,50
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS. Madrid; Fernando Fé, Victoriano Suárez, 1911	3
SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES. Madrid; Renacimiento, 1911	3,50
CONTRA ESTO Y AQUELLO. Madrid; Renacimiento, 1912	3,50
EL ESPEJO DE LA MUERTE *(novelas cortas)*. Madrid; Renacimiento	1
DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA. Madrid; Renacimiento, 1913	3,50
NIEBLA *(nivola)*. Madrid; Renacimiento, 1914	3,50
ENSAYOS: t. I; Residencia de Estudiantes, 1916.	3
ENSAYOS: t. II; Residencia de Estudiantes, 1916.	3
ENSAYOS: t. III; Residencia de Estudiantes, 1916.	3
ENSAYOS: t. IV; Residencia de Estudiantes, 1917.	3
ENSAYOS: t. V; Residencia de Estudiantes, 1917.	3

U542e

ENSAYOS

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

VI

155490
1/9/20

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

SERIE II.—VOL. 14.

MADRID

1918

ES PROPIEDAD
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1918 BY
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Imprenta Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10. Teléf. J. 430.

¡RAMPLONERÍA!

—¡HOMBRE, no estoy conforme con eso!

—¿Y qué interés tiene ni para mí ni para nadie el que usted se halle o no conforme con lo que acabo de decirle? ¿Quiere hacerme la merced de decírmelo? ¿No comprende, acaso, la enorme impertinencia y la vacuidad no menos enorme de todo voto negativo? Si usted tiene otra idea que oponer a la por mí expuesta, opóngamela; y como lo haga con ingenio, gracia, agudeza, novedad o sugestividad, se lo aplaudiremos todos, y yo el primero; pero eso de «no estoy conforme», o bien: «eso es un disparate», o «¡vaya una extravagancia!», ¿no comprende, señor mío, que no es sino radical ineducación de la mente y fruto de ramplonería?

—Lo que comprendo, y paso por alto sus excesivas y no sé si sinceras vehemencias en el ataque, lo que comprendo, caballero, es que nada

hay más fácil que soltar paradojas y sorprender a los incautos con fuegos de artificio de rebuscadas rarezas...

—¿Tan fácil lo cree?

—Facilísimo.

—Pues póngase a ello, señor mío, póngase a ello, y verá por sí mismo si es tan fácil como lo cree. Póngase a gestar paradojas y parirá tonterías, de seguro; esfuércese por decir rarezas, y soltará los más resobados lugares comunes. Porque es cosa averiguada la de que cuando algún cultivador de vulgaridades, que él reputa sensateces, echa alguna vez los pies por el aire y se propone decir o escribir cosas raras y sorprendentes, dice o escribe cosas mucho más vulgares aún que aquellas otras que de ordinario sirve a sus lectores u oyentes.

—¿Y qué utilidad...?

—¿Qué utilidad? Si yo fuera millonario, sostendría un gran laboratorio y pagaría, para que en él trabajasen, a hombres de tanta imaginación por lo menos como ciencia, y, a ser posible, de mayor aún, sin otro objeto sino el de que llevaran a cabo todo género de experimentos descabellados y de procesos en que apenas los guiara lógica alguna. ¡A ver lo que resultaba!

Sería algo así como el cultivo sistemático del

método del azar; provocar casualidades. Y en el orden de las ideas puras o de los conceptos filosóficos, ¿por qué no los hemos de combinar de todas suertes, aun las más extrañas e imprevistas, en busca de sugestiones vírgenes? Leonardo el excelso, ¿no buscaba figuras siguiendo los caprichosos perfiles del desconchado de los viejos muros? ¿No espía formas el poeta en las nubes? Créame, señor, que si no progresa más en nuestra España la ciencia, y si no se enseñorea ella de las mentes, es porque nos falta imaginación, y no por otra cosa alguna.

—¿Imaginación? ¿Que nos falta imaginación? Vamos, hombre, esto es ya colmar la paradoja; decir que en España carecemos de imaginación, cuando es ella precisamente la que nos pierde.

—Mas sepamos, señor mío, a lo que usted y sus congéneres llaman imaginación. ¿No es la imaginación la facultad de crear imágenes?

—Concedido.

—Pues, entonces, ¿dónde advierte usted que aquí se cree semejantes imágenes? ¿Cuándo topa usted con una metáfora fresca y nueva, en que se conozca el reciente toque del cuño? Lo que se hace es repetir siempre las mismas, darles vueltas y más vueltas a las mismas viejas y borrosas imágenes. Llamamos, o mejor, llaman ustedes imagi-

nación a la más huera y descarada facundia. La busco por todas partes, y no la encuentro, a la tal imaginación.

—¿Y en nuestra antigua literatura, en la clásica?

—¡Y qué razón tenía Montesquieu, al hablar del *Quijote,* en decir que el único libro español que merece ser leído es el que pone de manifiesto lo malos que son todos los demás! En estos días, a puro molerme los oídos con el pícaro Guzmán de Alfarache, de Mateo Aleman, me puse a encentar la lectura de esa *Atalaya de la vida humana,* y me sorprendo de que haya habido quien llevara su paciencia a dar remate a semejante sarta de sermones enfadosos y pedestres de la más ramplona filosofía y de la exposición más difusa y adormiladora que cabe. Y como con éste, que no le cito sino por ser el último de nuestros libros clásicos en que he tratado de engolfarme, como con éste, con los demás. Nuestra literatura, tomada en conjunto, es sencillamente insoportable; nuestros clásicos son unos charlatanes que diluyen en un tonel de agua insípida una píldora de filosofía casera que sabe a garbanzo revenido. Fuimos siempre, y no sé por cuánto tiempo más lo seguiremos siendo, un pueblo de inteligencia, por esencia, presencia y potencia, ramplona. Y

hoy la ramplonería castiza se espesa y yelda que es un gusto. Y no sirve pregonar otra cosa, porque no nos engañamos ni a nosotros mismos, estando como estamos todos en el secreto.

— Vaya, vaya, arrellanémonos a oír cosas... de esas con que trata usted de espantarnos.

— ¿Espantar? ¿Qué es eso? No, mi buen señor, no. Tienen ustedes la ridícula pretensión de saber penetrar en ajenas intenciones, juzgando por las propias, y eso no es dado a la ineducación mental de que ustedes todos adolecen. Eso de suponer que trato de sorprender a nadie, es tan necio como si me llamara usted buscarruídos. Bien es cierto que sólo se le ocurre reprochar así a otro a quien los busca sin encontrarlos. Ya sé que es usted un retrógrado...

— ¿Retrógrado yo?

— ¡Sí; retrógrado usted!

— Lo que no se ha de oír...

— Hay que oírlo todo. Y usted es un retrógrado, aunque se las eche de revolucionario y se chifle en Dios, porque es para usted intangible la gramática o el buen nombre de tal o cual caballero que escribió en el siglo XVII esta o aquella comedia. Usted es de los del buen gusto o de cualquier otra quisicosa por el estilo. Usted dice que hay que reírse de la Santísima Trini-

dad, pero no tolera que faltemos a Lope de Vega o a cualquier otro muy señor mío por el estilo. Y siempre que se saca a colación cualquier plato, sale usted con la estúpida cantinela de si nos fué bien o mal servido. Usted es un retrógrado, y de los de la peor especie; de los que no llevan dentro más que un cobarde y un impotente; de los que hay de exterminar por cualquier medio. Usted es un sacerdote de la ramplonería.

Ahí tenéis, muchachos, el enemigo: la ramplonería. Forzaos y esforzaos a decir lo más personal que se os ocurra; hurgad y provocad los más recónditos fondos de vuestros espíritus; perseguid con paradojas, y embolismos, y extravagancias a todos esos viejos de alma, y no les guardéis respeto alguno. A ver si provocáis el delirio en esta sociedad, agobiada por la ramplonería. Que estalle de una vez de puro ñoña.

La letanía es insustituíble; hay cosas en que no cabe sino la repetición. Qué va a decir un amante a su amada sino cojerla de la mano, beber de sus ojos deleite con los ojos, y repetir diez, cien, mil veces, como ondas de un mar de amor, el eterno ¡vida mía!, ¡vida mía!, ¡vida mía! No, no hay como la letanía; no hay como la repe-

tición. Nos convencemos de las cosas a fuerza de oírlas. Y así no cabe sino estar arrojando al rostro de los que forman la atmósfera espiritual que respiramos, esta sola palabra: ¡Ramplones, ramplones, ramplones, ramplones!

«¡Qué erudito es! ¡Cuánto ha trabajado!» Sí, para acoplar curiosidades sin espíritu, que a nadie inquietan, ni turban la digestión de nadie, cuentos viejos que no remejen la madre de las emociones, añejas gacetillas que no nos hacen soñar más allá de la vida y de la muerte. Esas cosas no cobran para vosotros valor sino cuando os las cuenta un tercero. Surgiera hoy un hombre contándoos sus angustias y sus anhelos, y os diríais: ¿Por qué no se muere y espera a que otro se lo cuente a nuestros tataranietos?

No debe importarnos el que Juan Pérez o Pedro López nos venga contando quiénes fueron o cómo fueron Quevedo o Gracián; lo que debe interesarnos es quién es y cómo es Juan Pérez o Pedro López. Que cada uno se declare a sí mismo y nos diga lo que él cree ser. Si ese que creéis el más insignificante, el más oscuro, el más borroso, tuviera coraje y arrojo para rasgarse el pecho, y mostrándonos su propio corazón palpitante, decirnos: ¡este soy yo!,

veríamos cuán lleno de sentido, de claridad y de distinción se halla. Me importas tú, lector, no me importa lo que sabes. Las ideas me son despreciables; no aprecio sino a los hombres.

¡Sabio!, ¡sabio! Y ¿con qué derecho arrojan esos imbéciles sobre la cabeza de un hombre honrado que jamás les pidió de limosna un solo encomio y que tiene un corazón en el pecho, ese mote de sabio? ¿Quién les ha dicho que es sabio el que les cuenta cosas que tal vez no hayan oído antes? ¿Qué quiere decir eso de sabio? Aquí, en España, quiere decir muchas cosas malas y casi ninguna buena.

¡Pensador! Y ¿por qué han de llamar a nadie pensador los que jamás pensaron cosa alguna por propio pensamiento? ¿Qué es eso de pensador? ¿No comprenden que es insultar con alevosía el suponer a nadie pensador de oficio o cosa por el estilo?

¡Original! ¡Otra sandez! Originales lo somos todos, y cuando por antonomasia le llaman original a alguien, es que quieren insultarle, no nos quepa duda. Originales podemos serlo todos, porque todos lo somos por dentro, y para aparecer tales no hay sino decir siempre lo que se piensa y se cree, no falsificar el propio pensamiento y

que se supla fácilmente lo que es preciso callar, porque no hay tiempo ni forma de decirlo todo. La sinceridad no está en citar nombres propios, ni en meterse directa y personalmente con éste o con aquél, ni en hablar de éste o del otro suceso.

No, ni sabio, ni pensador, ni original; ni esos ni otros motes. Ningún mote; nada sino el santo silencio. ¡Oír y callar!

Hay veces en que he deseado — así Dios no me castigue por ello — quedar de pronto sordo y ciego y dotado de una voz dominadora como el trueno, resonante por sobre la gritería de las más encrespadas muchedumbres, y hablar, hablar y hablar, reposada y fuertemente, palabra a palabra, con acento señorial, y que vayan cayendo mis dichos, mientras en medio del chillar de las gentes me envuelve y proteje el santo silencio.

Ha pasado el tiempo; se fué mi interlocutor, el que me provocó a dispararme; parece que se ha hecho dentro de mí mayor calma, y ahora, ¿qué?

¿Ahora? Que cuanto más lo considero, me parece más espesa, más bochornosa, más irrespirable la ramplonería ambiente. No ha mucho he

vuelto de un viaje a la corte, y aun me resuenan en los oídos las simplezas de siempre; ¡las mismas siempre! ¡Si fuesen otras!... A cada viaje un nuevo desengaño. Siempre esperando oír simplezas nuevas, nuevos estribillos, algún disparate no oído antes, y siempre topando con los mismos perros que, adornados por los mismos collares, ladran los mismos ladridos. Me asomo a aquel rinconcito, y no bien empujo la dócil puerta de la vidriera, oigo la misma voz doctoral que endilga las mismas cosas, tan manidas y tan hueras como la primera vez que de esa misma boca salieron.

Y ¿qué hacen esos mozos? Sí, ya sé que abuchearon a uno de los conspicuos; pero eso no basta. Hay que ahogar las voces de todos ellos. Y que vengan a vocear otros. Otros, otros, basta con que sean otros, sin que importe el si son mejores o peores; otros, y basta. Otros, aunque nos digan las mismas cosas; que por lo menos nos las digan otros. Quiéranlo o no, pondrán algún leve acento nuevo en decirlas.

La ramplonería tiene raíces demográficas; es un efecto del movimiento de población. No entra uno a hacerse oír sino cuando perdió ya su voz propia, cuando dejó su originalidad en las zarzas del camino, cuando llegó a las clases pasi-

vas. Puede asegurarse que cuando un escritor, publicista, hombre de ciencia o artista, llega al colmo de su prestigio, hace tiempo ya que pasó del apogeo de su poder y de su valía. El estado mayor de nuestra intelectualidad — de algún modo hay que llamarla para que nos entendamos — se recluta en gente de cuarenta, o más bien de cincuenta a sesenta años, más viejos de corazón que de edad. Y para llegar a ese estado mayor hay que adaptarse al gusto reinante; esto es, hay que renegar de sí mismo y aprender una retahila de tonterías y ahogar el propio espíritu para adormecer a los que no lo tienen, contándoles historias, y cómo fué éste, y el otro, y el de más allá, o lo que se dice en la Laponia, o lo que ocurre en el planeta Urano. Eso que llaman llegar, no es más que rendirse; eso que llaman vencer, no es sino ser vencido.

¡Pobrecillo! Luchó y luchó lleno de ardimiento y de confianza; saltó al campo de la liza llevando en la mano el corazón, que le cantaba de esperanza; bajó a la arena entonando rimadas canciones; se presentó poeta. Y las gentes le dijeron: «Tú, ¿y qué nos importas tú!» Y entonces el pobre, soñador de la gloria, se recomió por dentro y se encerró en su cuarto y se dió a roer librotes viejos, y con tan indigestas tomas aho-

gó sus íntimos sentires, y luego volvió contando a los viejos cosas viejas en estilo viejo, y fué admitido. ¿Era esa, dinos en puridad y sin mentira, era esa la llegada a que aspirabas a llegar? ¡De poeta a crítico! ¡Terrible hundimiento! ¿Es que no había un poeta en tí? Sí, lo había; pero te lo ahogaron. A esos bárbaros les carga la poesía.

¿No veis ese otro? Pocas veces me invade más tristeza que cuando de él me separo, cada vez en que, yendo a la corte, voy a charlar con él un rato en aquella prisión donde briza tristemente los recuerdos de sus mocedades de poeta. Allí, preso, sujeto a tarea diaria, a pensar por alquiler, a aplaudir o censurar cosas que le caen por fuera, a ensartar vulgaridades de gusto público. También hizo poesía, poesía informe, inexperta, balbuciente, pero poesía al fin. Y hoy reniega de aquellos cantos de su edad de primavera. Es una víctima más de la ramplonería ambiente. Se fué a la tierra del garbanzo turrado a cal viva, llevando en el alma el lirismo de las verdes montañas, oreadas por la brisa del mar; ¿qué le queda?

Y así, otro y otro y otro.

Y hay que luchar por libertarlos a todos ellos, y para conseguirlo no se nos presenta sino un

solo camino: luchar cada uno por libertarse a sí mismo. Y ser libre es ser admitido en la plenitud propia, es que se interesen, no por nuestras cosas, sino por nosotros mismos. Libertarse, hacerse libre, es lograr que nuestros hermanos reconozcan que valemos más que todas sus ideas y las nuestras, que un hombre cualquiera vale más que todo el universo.

Un amigo, a quien leo esto, un buen amigo, tuerce el gesto, y para distraerme del curso de mis resquemores, me dice: «¿Y por qué no publicas aquellos *Recuerdos de escuela y de bachillerato* [1], tan frescos, tan graciosos, tan para todo el mundo?» Y le contesto: por eso.

Hace años ya, en 1893, publiqué en Bilbao, en una especie de almanaque, un trabajo que se titulaba: *Un partido de pelota*. Gustó porque no tiene nada dentro, porque es una cosa meramente literaria, es decir, meramente despreciable, porque lo entretejí con una suma de menudas observaciones, al alcance de cualquiera, tomadas día a día en los frontones; porque ni inquieta ni sugiere nada; porque es pura y sencillamente un trabajo huero, y fué más de una vez reproduci-

[1] Los he publicado luego, en 1908, con el título de *Recuerdos de niñez y de mocedad*.

do. La última en cierto librejo que titulé: *De mi país*. Y no ha mucho un arcipreste de la ramplonería, un redomado retrógrado, me alababa el tal trabajillo y otros de la misma superficialísima y ñoña índole, y hacíalo no más que por echarme en cara tácitamente las únicas cosas en que he acertado a poner alguna poesía. Cierto es que lo hacía tartamudeando, porque su cabeza no estaba, como no suele estarlo, despejada; pero en casos tales habla el corazón y hay elogios que os asestan alevosamente como una puñalada trapera que se da a la puerta de una taberna.

Años más tarde, en 1901, fuí a Bilbao, mi pueblo, y leí en unos Juegos florales un discurso que alcanzó cierta resonancia. Fué lo que dicen los memos: un *acto*; pero como discurso habría mucho que hablar de él. Intenté poner en él alguna poesía; pero ésta fué ahogada, más aún que por las protestas, por los aplausos; casi nadie me ha hablado de ella, y sí tan sólo de lo que podría llamarse la política de aquel mi famoso discurso. Los que de él me hablan, no lo conocen. Y en los elogios que por aquel acto se me han prodigado, hay un fondo repugnante, hediondamente repugnante. No me alaban lo que se llama patriotismo; no el decir serena y tranquilamente la verdad,

no; les regocijó el ver que se sintió herido en vitales sentimientos un pueblo, mi pueblo vasco, al que aborrecen. Fuí, sin quererlo, un instrumento de sus mezquinas pasiones. Dije lo que creía, y sigo creyendo, ser verdad, y lo dije por cariño a mis paisanos; pero me lo aplaudieron por malquerencia hacia ellos.

Y ya no quiero sacrificar a la ramplonería ambiente; no quiero dar gusto a los menguados de espíritu; no quiero... «Pero, ¡hombre! — me interrumpirá acaso algún lector —, ¡este hombre no hace más que hablarnos de sí mismo!» Justo y cabal; es lo que debemos hacer todos, y se acabará el egoísmo brutal que nos devora. Cuéntame tus cosas cuando en los caminos de la vida nos topemos, y yo te contaré las mías.

«Pero, por Dios —me decía otro—, si sabe usted escribir de otras cosas y de otra manera, ¿por qué escribe usted de eso y así?» Por lo mismo; porque no quiero que me llame sabio la ramplonería ambiente. Lo primero que se necesita para escribir con eficacia es no tener respeto alguno al lector, que no lo merece. Porque el lector, ese que llamamos lector, el *lector benévolo,* el *paciente lector,* el que no es sino lector, el de las acotaciones, el lector X, es un ente que no debe preocuparnos.

Yo no escribo para lectores, sino para hombres; y si el hombre que hay en ti, el que ahora lees estas líneas, si ese hombre no se interesa en ellas, no se me da una higa de tu honorabilidad toda. Si me lees para aprender algo, has echado por mal camino.

Si quieres, lector X, leer cosas coherentes, y trasparentes y claras, y enlazadas lógicamente, y que tengan principio, medio y fin, y que tiren a enseñarte algo, búscalas en donde quieras, menos aquí, que sobran sabios y eruditos en esta nuestra ramplonería ambiente; sobran hasta apestar. Libros, revistas y periódicos tendrás en que se te dará cuenta de lo que se hace, se dice y se piensa por el mundo; a mí no me interesa sino lo que hagas, digas o pienses tú por ti mismo, valga ello lo que valiere, que siempre valdrá muchísimo más de lo que te figuras tú mismo. Nada te debe importar lo que yo sé, como a mí nada me debe importar lo que tú sepas. ¿Eres médico? ¿Eres jurisconsulto? ¿Eres químico? ¿Eres matemático? No te preguntaré, si te encuentro en mi camino, nada de Patología, o de Derecho, o de Química, o de Matemáticas, sino que, de poderlo, te clavaré un aguijón ardiente para oír tu quejido, para recibir tu llanto; si sé que acaba de morírsete un hijo de veinte años, al acabar su carrera y cuan-

do en él te mirabas, te hablaré de ello y hurgaré en tu pena para que me acongojes con tu congoja y en un pesar común comulguemos los dos. Me interesas tú, tú mismo, como persona; me interesarían, si las conociese, tus penas y tus alegrías, tus inquietudes, tus desalientos; pero ¿las ideas que almacenas en tu mollera?, guárdatelas, si es que te sirven de algo, que a mí ni poco ni mucho se me da de ellas, ni tengo malditas las ganas de conocerlas.

Toda esta ramplonería que nos sofoca proviene no más que de esto, de que no nos importan los hombres, de que nadie se interesa por el prójimo. En este desdichado país, que se dice neciamente corroído por el personalismo, a nadie le importan las personas. Se sigue a éste o aquél, que da destinos o nos divierte; pero ni se le conoce siquiera.

Los partidarios, al parecer voluntariamente, desprecian a sus caudillos; los alistados bajo una bandera, sienten el más profundo desdén hacia sus jefes. El nombre de un hombre sirve de banderín de enganche; al hombre mismo nadie le estima en nada. Se muere, y lo entierran; y los que más le adularon y ensalzaron en vida, no le mencionan, sino por compromiso, después de muerto.

No se pregunta de uno: ¿cómo es?, sino: ¿qué ideas tiene?

Llega un pobre, ansioso de verter sus penas, de que haya quien se las escuche, de provocar lágrimas con su relato, y, apenas ha empezado el relato de sus desventuras y desgracias, se le dice: «¡Bueno, bueno; tome una peseta y déjeme en paz!» Y no pocas veces se le da la peseta sólo por no oír el relato, sólo por no verle; se le da la peseta porque se calle. Y el pobre se va sin agradecer el don, porque no es limosna. Y hace bien en no agradecerlo, ya que se le ha robado.

¿Quién siente aquí toda la grandiosa fuerza poética de aquellos versos del gran lírico Esquilo, cuando en su drama *Prometeo encadenado,* hace decir al protagonista lo de: «¿Merece detenerse en llorar y lamentar desgracias, cuando con ello arrancamos lágrimas a los que nos las oyen?» Tampoco se siente todo el lirismo, o toda la poesía — es igual una cosa que otra —, de esos versos, como la de aquellos otros del coro de la misma tragedia, cuando dice: «A los que sufren les es dulce saber de antemano y con precisión lo que por sufrir les queda.» Pero aquí no; nadie quiere oír desgracias de hombre.

Lírico he llamado a Esquilo, y lírico fué, y su teatro, hoy irrepresentable. Y eso de que el teatro haya sido la manifestación en que, según dicen, nuestra Literatura supera a las demás euro-

peas, pudiera muy bien no ser sino una prueba más de la inferioridad de la nuestra en parangón con ellas. Superar a otro en ciertos aspectos, suele significar no pocas veces serle inferior en conjunto. Acaso tuvieron nuestros ingenios que hacerse dramaturgos por no poder ser líricos; acaso pusieron en boca de personajes de ficción, adulterándolo y estropeándolo así, lo que no osaron proclamar por cuenta propia; acaso ahogaron en la difusa y disuelta colectividad lo que de personal y propio pudo haber en ellos. Cierto es que hay en nuestro teatro elementos líricos; pero ¡de qué pobre lirismo, Dios mío!, ¡de qué lirismo tan poco lírico! ¿No es, por ventura, esa predominancia del teatro, del género que se arroja a la torpe voracidad de las muchedumbres, una manifestación más del condenado espíritu inquisitorial con que nuestro pueblo trata de ahogar siempre a toda personalidad que se revela tal?

La lírica, la verdadera lírica, la íntima y cordial, muere antes de nacer en este bochornoso ambiente en que se hiela al punto todo brote de las entrañas del espíritu. Y el español, o empieza, o, si no empieza, acaba siempre por escribir, no para revelar su corazón, sino para velarlo; no para descubrirse, sino para cubrirse. El pudor, un falso pudor y un pudor perniciosísimo, nos es-

traga. Y no es pudor que se asiente sobre respeto a sí mismo y hondo sentimiento de la propia dignidad; es vergüenza de incurrir en la burla ajena, o, aun peor que en la burla, en la desdeñosa incomprensión.

El triunfo es de los exteriores, de los que no tienen sino fachada; de los que dan, no lo suyo, sino lo que recojieron en cualquier trapería, o de los que tienen en la cara ojos con que ver, pero no en el pecho corazón para sentir. Aquí ha encantado a muchos, con sus descripciones de paisajes y sus escenas de asuntos campesinos, un hombre que no siente el paisaje ni la campiña.

En cierta ocasión, paseaba yo por un amenísimo soto, a orillas de un río, con el escritor, por cierto muy afamado, a que acabo de aludir, y, de pronto, mostrando señales de cansancio, me invitó a que nos sentáramos. «Ya sé —me dijo— que usted es de los itinerantes; yo, en cambio, soy de los quiescentes.» Y enzarzándose la conversación sobre el asunto, y manifestándome sorprendido de que un hombre que había dedicado buena parte de su labor literaria a cantar la naturaleza y la vida de montañas tuviera tan poca afición a andar, vine a espetarle a bocajarro y rudamente esta pregunta: «Pero, dígame, ¿es que no le gusta a usted el campo?» Y en un brusco arranque de

sinceridad me contestó: «Pues bien: no; no es cosa mayor lo que me gusta.» Y yo le dije: «Lo sabía.» Y al preguntarme, sorprendido, cómo o por dónde sabía ese que debía estimar su secreto, le contesté: «Por sus propios libros.» Y así es: en sus libros, tan celebrados por sus descripciones campestres; en sus libros, averigué que no amaba el campo.

Lo veía, pero no lo sentía; su privilegiada retina seguía viendo, luego de cerrados los ojos, lo que una vez hubiera visto; pero su corazón no se interesaba en ello. Si se hubiera interesado; si hubiera llegado a lo lírico del paisaje; si hubiese convertido los paisajes en propios estados de conciencia, y hecho de una salida de sol una alegría, o de una puesta una añoranza cordial, entonces sus paisajes no habrían gustado a la ramplonería ambiente. Semejante compenetración del espíritu con la naturaleza nos lleva a hondísimos sentimientos, que tienen más de musicales que de otra cosa, y el estilo y la manera del escritor de que hablo tienen de todo menos de musical. Y me refiero a la música interior, al ritmo del pensamiento, no al sonsonete y mayor o menor cadenciosidad del lenguaje. Él se puso frente a la montaña; la vió; guardó la visión; se fué a su casa, y la describió con rara habilidad técnica; pero la mon-

taña no le ganó nunca el corazón; la montaña no cantó nunca en él, y no canta tampoco en las páginas de sus libros.

La naturaleza que en ellos se nos describe es una naturaleza muerta. Sí; leyendo su descripción de una quejiga, puede un dibujante cojer el lápiz y reproducirlo por el dibujo; pero ¿y el alma del roble? Allí no hay alma.

Y he aquí el secreto de su éxito. Aquella quejiga no tiene alma, y nuestro público no quiere que le den almas, ni de quejigas ni de hombres. Las almas le molestan y le fastidian. Cada lector cree que tiene bastante con la suya; y como de ordinario la tiene paralítica o esclava, echémonos a pensar lo que ocurrirá.

Si aquel hombre, es decir, si el hombre que había debajo de aquel escritor, rompiendo la costra de las estratificaciones seculares que le tenían preso, hubiese llegado con su alma al alma de la quejiga y le hubiese hablado ésta en vez de ostentársele muda y exterior, y nos hubiese contado luego él, el escritor, lo que le dijo el árbol, ¿lo habrían recibido con tanto aplauso sus habituales admiradores, hombres con el alma también presa bajo una costra de estratificaciones seculares? Porque un arbol que habla es una cosa inquietante y desasosegadora para estos desgraciados que

temen perderse en el camino si se les apaga el candil que, mal encendido, heredaron de sus padres y abuelos, y no saben guiarse en la oscuridad por las voces de los árboles, y de las rocas, y de las estrellas, y del camino mismo. Y es lo que se dirán al leer esto, si lo leen: «¿Qué quiere decir este hombre?» ¿Decir? Como decir, ¡nada!

Ved ese otro ingenio. Por docenas se cuentan los entes de ficción que andan por las páginas de sus libros, y cada uno de ellos tiene su gesto, su muletilla, sus dichos especiales, su ademán; pero ¿le habéis oído llorar a solas a ninguno de esos personajes, y llorar de veras, y no de mentirijillas, y en tablado? ¿Hay uno solo de esos cientos de nombres que encubra a un alma que sintáis al lado vuestro en alguna de las angustias o de las satisfacciones de vuestra vida? No; allí no hay lírica casi nunca; aquellos personajes están hechos con los ojos y los oídos, no con el corazón. Estoy seguro de que su engendrador, el ingenio a que me refiero, no ha llorado al tener que matar a uno de sus engendros, no se entristeció con sus tristezas ni se alegró con sus alegrías. Y gracias a eso ha admitido sus muñecos para recreo la ramplonería ambiente. Hubiéralos amasado con lágrimas de su corazón, y las gentes, adivinándolo al través

de sus creaciones, habrían dicho: ¡Me carga el hombre!

¿Qué queréis con gente que supone se escribe para sostener tal o cual doctrina o demostrar esta o la otra tesis? El didactismo, el más hórrido y repugnante didactismo, tiene corroídas las entrañas de nuestra literatura. A cada paso, algún majadero de marca mayor se os viene mostrándoos un libro o un papel con esta estúpida ocurrencia: «¿Qué se habrá propuesto demostrar el autor aquí?...» U os espeta la imbécil salida de: «¡No estoy conforme con eso!»

—Sí, sí—me decía—, no está mal, tiene vehemencia, tiene pasión, cosquillea el espíritu; pero ¿qué quiere decir? ¿Qué cosas son éstas?

—¿No dice usted que le cosquillea el espíritu? ¿No reconoce usted que tiene pasión?

—Hombre, eso sí.

—Pues basta. A mí, cuando alguien me inquieta, o me sacude, o me irrita, o siquiera me enfada, se lo agradezco, y no le pido más.

—Es que este hombre parece no proponerse, a las veces, sino sacar a uno de sus casillas, irritarle.

—¿Le ha irritado a usted alguna vez?

—Hombre, sí.

—Pues basta. La mayor parte de las cosas que leemos, ni nos irritan. Cuando yo pongo ante mis

ojos un papel impreso, no voy a buscar en él la confirmación de mis ideas, ni que el autor me convenza de las que expone, ni, en rigor, voy buscando ideas, sino emociones y sugestiones. Me importa poco que concuerde o no con mis ideas, con lo que llamo, si bien mal llamadas, mis ideas. Para pensar como yo pienso, me basto y aun me sobro; para yo me siento demasiado yo, yo mismo. Y cuando intento salirme de mí, es para ir a buscar lo que me sea más distinto. ¿Qué importa el que estemos o no estemos conformes en ideas? No son las ideas las que unen a los hombres, ni deben serlo; odio la ideocracia. Cuando alguien me da sus ideas—las que llama sus ideas—con pasión, con ímpetu, con vehemencia, con soberbia o con desdén, me quedo con lo que pueda aprovechar de su pasión, de su ímpetu, de su vehemencia, de su soberbia o de su desdén, y le dejo las ideas. Buen provecho le hagan. Yo cada día las estimo en menos y estoy cada día más persuadido de que las ideas, como el dinero, nos valen más cuanto más las despreciamos. Un buen mendigo debe agradecer, no la perra que se le da, sino el amor con que se la den o la irritación, si es que logró molestar a alguien, y que se la diera para quitárselo de encima y que no le importune más.

Por supuesto, no pude persuadirle, porque a ramplón hay pocos que ganen a este mi interlocutor, hombre que no sabe caminar sino agarrado a la lógica. Es de los majaderos que al punto tienen en la boca lo de si esto o lo otro es extraño, o raro, o incomprensible, o extravagante; es un asombro de achatamiento espiritual el pobre señor.

Y es por dentro, como casi todos los ramplones, un aprovechado. Se harta de clamar que las cosas de éste o de aquél no son más que rarezas y paradojas y extravagancias; mas, en cuanto puede, echa mano de ellas, las embota un poco, y se calla el muy ladino la procedencia de lo que da por suyo. La ramplonería tiene un golpe maestro, y es el robo con tentativa de asesinato. De esto podría hablar mucho y con pelos y señales, y tiempo vendrá. La ramplonería cuando roba, intenta asesinar al robado.

Pero es cuando se puede asesinar arteramente, a traición. En este pueblo de mendigos el robo es un complemento de la profesión castiza. Y luego el ladrón, para cohonestar su ladronicio, os sale con aquello de «quien roba a un ladrón, cien años de perdón», o sea, os dice: si el duro este no era suyo, si él a su vez ha tenido que quitárselo a otro, no sé a quién; si es un dólar o una pieza de

cinco francos o de cinco liras o un par de marcos o chelines reacuñados; si no es posible que cuando yo, que soy, como él, de este mismo pueblo y en él me he criado, no encuentro oro en mí para acuñarlo, lo encuentre en sí él. Y si el desgraciado o el botarate que dice esto no encuentra en sí oro, no es porque no lo tenga, sino porque no se atreve a buscarlo o porque no le dejan, que si lo buscara lo encontraría y cesarían su desgracia o su botaratería.

Es muy cómodo exclamar insidiosa y neciamente: ¡traducción!; lo difícil es traer el original y decir: ¡aquí está! Y sobre todo se traducen ideas, pero no pasiones, ni inquietudes; no se traducen tonos.

Y basta por hoy. No es cosa de que intente llevarte, oh lector X, a los bajos fondos morales de la ramplonería, porque semejantes excursiones le dan a uno tristeza de haber nacido hombre y vergüenza de serlo. Basta, pues, y a luchar todos, tú y yo. A luchar por la conquista de la personalidad, a luchar por la libertad propia, que es la mejor manera de luchar por la libertad de los demás. Si tú, hombre que me lees, consigues que me interese por ti yo, ¿qué más quiero?: habré logrado que te intereses tú por mí, y seremos los dos libres, mutuamente libres, y lo seremos en un

interés común y mutuo. Pero si me lees como mero lector, como lector X, para matar el tiempo, o porque no tienes otra cosa mejor que hacer o por divertirte con cosas que te parezcan—así me han dicho muchos que les parecen—un poco extrañas, entonces, te lo he de decir claramente, no me mereces ni respeto ni consideración alguna. El que llame extrañas o extravagantes a cosas como las que suelo a las veces decirte, ése... otro día te diré lo que es ése. Aunque, en rigor, no es sino eso: ¡ése!, una especie de X.

Y ahora voy a leer el *Quijote,* pero en inglés, para ver en él cosas que en castellano me las enturbia y vela el lenguaje. Gana traducido.

Mayo de 1905.

SOLEDAD

SI huyo tanto de él, es, no lo dudes, por lo mucho que le quiero. Huyo de él, buscándole. Cuando le tengo junto a mí, y veo su mirada y oigo sus palabras, quisiera apagarle aquélla y volverle mudo para siempre; pero luego, cuando me aparto de él y me encuentro a solas conmigo mismo, veo aparecer en los abismos tenebrosos de mi conciencia, dos temblorosos lucerillos que parpadean como dos estrellas mellizas en lo insondable de la noche, y oigo en mi silencio unos rumores lejanos y apagados, que parecen venir de lo infinito y que nunca llegan del todo. Son sus ojos, son sus palabras: son sus ojos purificados por la ausencia y la distancia; son sus palabras depuradas por su mudez. Y vele aquí por qué huyo de él para buscarle, y cómo le evito, porque le quiero.

El amor, cuando es puro y noble, crece con la

distancia. Su alma está más cerca de mí cuanto más de mí se aleje su cuerpo. Me la dejó en unas palabras, en una mirada, y él vive ya, y crece, y se desarrolla en mí.

Mi amor a la muchedumbre es lo que me lleva a huir de ella. Al huirla, la voy buscando. No me llames misántropo. Los misántropos buscan la sociedad y el trato de las gentes; las necesitan para nutrir su odio o su desdén hacia ellas. El amor puede vivir de recuerdos y de esperanzas; el odio necesita realidades presentes.

Déjame, pues, que huya de la sociedad y me refugie en el sosiego del campo, buscando en medio de él y dentro de mi alma la compañía de las gentes.

Los hombres sólo se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas a través de la soledad. El ¡ay! apagado de tu pobre prójimo que te llega a través del muro que os separa, te penetra mucho más adentro de tu corazón que te penetrarían sus quejas todas si te las contara estando tú viéndole. No olvidaré en mi vida una noche que pasé en un balneario, y en que me tuvo desvelado durante toda ella un quejido periódico y debilísimo; un quejido que parecía querer ahogarse a sí mismo para no despertar a los durmientes; un quejido

discreto y dulce que me venía de la alcoba vecina. Aquel quejido, brotado no sé de quién, perdía toda personalidad; llegué a hacerme la ilusión de que brotaba del silencio mismo de la noche, que eran el silencio o la noche los que se quejaban, y hasta hubo momento en que soñé que aquella dulce quejumbre me subía a flor de alma de las hondonadas de ésta.

Al día siguiente partí de allí sin haber querido averiguar quién era el quejumbroso ni de qué padecía. Y sospecho que nunca he compadecido tanto a hombre alguno.

Sólo la soledad nos derrite esa espesa capa de pudor que nos aisla a los unos de los otros; sólo en la soledad nos encontramos; y al encontrarnos, encontramos en nosotros a todos nuestros hermanos en soledad. Créeme que la soledad nos une tanto cuanto la sociedad nos separa. Y si no sabemos querernos, es porque no sabemos estar solos.

Sólo en la soledad, rota por ella la espesa costra del pudor que nos separa a los unos de los otros y de Dios a todos, no tenemos secretos para Dios; sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al Corazón del Universo; sólo en la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema.

No hay más diálogo verdadero que el diálogo que entablas contigo mismo, y este diálogo sólo puedes entablarlo estando a solas. En la soledad, y sólo en la soledad, puedes conocerte a ti mismo como prójimo; y mientras no te conozcas a tí mismo como a prójimo, no podrás llegar a ver en tus prójimos otros yos. Si quieres aprender a amar a los otros, recójete en ti mismo.

¿Para qué dialogar con los demás? No hay verdaderos diálogos, porque las conversaciones que merecerían llamarse tales, son conversaciones de las que no merecen ser recordadas. Casi todos los que pasan por diálogos, cuando son vivos y nos dejan algún recuerdo imperecedero, no son sino monólogos entreverados; interrumpes de cuando en cuando tu monólogo para que tu interlocutor reanude el suyo; y cuando él, de vez en cuando, interrumpe el suyo, reanudas el tuyo tú. Así es y así debe ser.

Así debe ser. Lo mejor sería que no hiciéramos sino monologar, que es dialogar con Dios; hablarle a Dios; rezar día tras día y momento tras momento, cada uno nuestra oración, y que nuestras sendas oraciones fueran fundiéndose en una, según ascendían hacia Dios, y al llegar a sus oídos eternos e infinitos no fueran más que una sola oración, el eterno monólogo de la pobre Hu-

manidad dolorida. Y de allí, del seno de Dios, nos vuelve la oración humana; la voz de Dios en nuestro corazón, el eco del silencio sosegado, no es más que la voz de los siglos y de los hombres. Nuestra vida íntima, nuestra vida de soledad, es un diálogo con los hombres todos.

De la misma manera, la pobre flor que envía al cielo, evaporado, el rocío que del cielo recibiera, vuelve a recibir de nuevo gota celeste de las aguas todas que de todas las flores subieron al cielo.

Me acusas de que no me importan ni interesan los afanes de los hombres. Es todo lo contrario. Lo que hay es que estoy convencido de que no hay más que un solo afán, uno solo y el mismo para los hombres todos, y nunca lo siento ni lo comprendo más hondamente que cuando estoy más solo. Cada día creo menos en la cuestión social, y en la cuestión política, y en la cuestión estética, y en la cuestión moral, y en la cuestión religiosa, y en todas esas otras cuestiones que han inventado las gentes para no tener que afrontar resueltamente la única verdadera cuestión que existe: la cuestión humana, que es la mía, y la tuya, y la del otro, y la de todos.

Y como sé que me dirás que juego con los vocablos y me preguntarás lo que quiero decir con

eso de la cuestión humana, habré de repetírtelo una vez más: la cuestión humana es la cuestión de saber qué habrá de ser de mi conciencia, de la tuya, de la del otro y de la de todos, después de que cada uno de nosotros se muera. Todo lo que no sea encarar esto, es meter ruido para no oírnos. Y ve aquí por qué tememos tanto a la soledad y buscamos los unos la compañía de los otros.

Se busca la sociedad no más que para huirse cada cual de sí mismo, y así, huyendo cada uno de sí, no se juntan y conversan sino sombras vanas, miserables espectros de hombres. Los hombres no conversan entre sí sino en sus desmayos, vaciándose de sí mismos, y de aquí el que nunca estén más de veras solos que cuando están reunidos, ni nunca se encuentren más en compañía que cuando se separan.

¡Si supieras lo que debo a mis dulces soledades! ¡Si supieras lo que en ellas se ha acrecentado el cariño que te guardo, y cómo las palabras que viertes en mi alma, en las breves horas de nuestras raras entrevistas, se ensanchan y adulciguan luego, adulciguándose por el ensanchamiento mismo y ensanchándose por su creciente dulcedumbre!

Cuando me hablas, tu voz choca en mis oídos y

viene a romper casi siempre la monodia continua de mis propios pensamientos; tu figura se interpone entre mis ojos y las formas conocidas en que reposa mi mirada. Mas, apenas te vas, me vuelven tus palabras, pero me vuelven del fondo de mí mismo, incorporadas al canto de mi propio pensamiento, vibrando a su compás y con su ritmo, como acordes de mi propio canto, y detrás de ellas, dándolas en silencio aliento sonoro, se me aparece, esfumada en lontananzas imperecederas, tu para mí tan conocido rostro.

Ve a la soledad, te lo ruego; aíslate, por amor de Dios te lo pido; aíslate, querido amigo, aíslate, porque deseo, hace mucho tiempo ya, hablar contigo a solas.

Me interesan tanto los hombres y tan fuertemente se agita mi corazón cuando oigo sus ayes eternos, que no puedo resistir la representación de un drama. Me parece mentira pura. No puedo oír a un hombre hablando con otro, y menos aún ante una muchedumbre. Quisiera oírle a solas, cuando se habla a sí mismo.

Hay quien quisiera haber podido asistir a las conversaciones entre Caín y Abel y haber presenciado la escena que precedió a la muerte de éste por aquél. Yo no; habría apartado la vista de ello con horror y asco. Me habría parecido tan

falsa y mentirosa la envidia de Caín como mentirosa y falsa la inocencia de su hermano. Yo habría deseado oír a Caín a solas, cuando no tenía a Abel delante, u oirle después, cuando al ser maldito por Dios, le dijo, es decir, se dijo a sí mismo: «Grande es mi iniquidad para ser perdonada: he aquí me echas hoy de la haz de la tierra, y de tu presencia me esconderé: y andaré errante y extranjero en la tierra, y sucederá que, cualquiera que me hallare, me matará.» (Gén. IV, 13-14.) Y, aun para oírle esto, era preciso que él no me viera ni supiera que yo le oía, porque entonces me mentiría. Sólo me gustaría sorprender los ayes solitarios de los corazones de los demás...

Tanto como he desdeñado siempre el teatro, hasta el punto de que apenas lo piso, he deseado, a las veces, poder recibir desde un confesonario la descarga de los pecados y cuitas de un hermano. Pero tampoco esto me parece podría soportarlo; porque el confesonario se convierte en teatro, y aquello es pura comedia; y el que va allí a depositar la carga de sus pecados, miente siempre, quiéralo o no lo quiera, lo sepa o no lo sepa. Querrá decir la verdad, y creerá decirla —cuando lo quiera y lo crea—; pero no la dice. O se disculpa sin disculpa, o sin culpa se culpa. O

calla o atenúa lo que hizo, o dice lo que no hizo, o agrava lo que hiciera. No va a contar sencillamente lo que hiciera y sintiera; va a acusarse y el que se acusa miente tanto como el que se excusa.

Y ve aquí por qué, disgustado de todo teatro, y sin encontrar consuelo ni deleite en la dramática, me refugio en la lírica. Porque en la lírica no se miente nunca, aunque uno se proponga en ella mentir.

Como no puedo oír la verdad a un hombre cuando habla con otro hombre, ni se la puedo oír cuando me habla, voy a la soledad, me refugio en ella, y allí, a solas, prestando oídos a mi corazón, oigo decir la verdad a todos. Tus secretos los sé porque me los has dicho a solas, cuando ni yo te veía ni oía, ni me veías ni oías tú; me los has dicho en el eco apagado y lejano de aquellas palabras de mentira que vertiste en mi corazón. Su mentira se disipó con el grosero vibrar del aire material que me las metió en el oído de la carne; su verdad se desnudó al alejarte tú de mi presencia.

Lo más grande que hay entre los hombres es un poeta, un poeta lírico, es decir, un verdadero poeta. Un poeta es un hombre que no guarda en su corazón secretos para Dios, y que, al cantar

sus cuitas, sus temores, sus esperanzas y sus recuerdos, les monda y limpia de toda mentira. Sus cantos son tus cantos; son los míos.

¿Has oído nunca poesía más honda, más íntima, más duradera, que la de los Salmos? Y los Salmos son para cantados a solas. Ya sé que los cantan las muchedumbres, reunidas bajo un mismo techo, en oficio de culto; pero es que, al cantarlos, dejan de ser tal muchedumbre. Al cantar los Salmos, cada uno se mete en sí y se recoje, y la voz de los otros no resuena a sus oídos sino como acorde y refuerzo de su propia voz.

Y esta diferencia noto entre una muchedumbre que se junta para cantar los Salmos y una muchedumbre que se junta para ver representar un drama u oír a un orador; y es que aquélla es una verdadera sociedad, una compañía de almas vivas, que cada uno existe y subsiste por sí, y esta otra es una masa informe, y cada uno de los que la componen no más que pedazo de tropel humano.

Nunca he sentido el deseo de conmover a una muchedumbre y de influir sobre una masa de personas — que pierden su personalidad al amasarse —, y he sentido, en cambio, siempre furioso anhelo de inquietar el corazón de cada hombre y de influir sobre cada uno de mis hermanos en hu-

manidad. Cuando he hablado en público he procurado casi siempre hacer oratoria lírica, y me he esforzado por forjarme la ilusión de que hablaba a uno solo de mis oyentes, a uno cualquiera, a cualquiera de ellos, a cada uno, no a todos en conjunto.

Los grandes consoladores de la humanidad, los que nos dan el bálsamo de las dulzuras inagotables, son los grandes solitarios, son los que se retiraron al desierto a oír levantarse en sus corazones el plañido desgarrador de los pobres rebaños humanos perdidos, sin pastor ni perro, en los desolados yermos de la vida.

Durante una de esas frecuentes, y a menudo sangrientas, huelgas que ahí, en ese pueblo que habitas, ocurren a cada paso, y cuando preveas que va a haber algún choque o colisión, sube a aquella santa montaña donde tantas veces nos encontramos tú y yo cara a cara en medio de Dios, y donde más nos unimos en nuestra soledad, y desde allí contempla el revolverse de la muchedumbre enfurecida, y tal vez lleguen a ti apagados ecos de los tiros con que se trata de contenerla. Y no te quepa duda alguna sino de que es desde allí, viéndolos como a mudas hormigas, sin ver las caras que ponen, más que las que tienen, y sin oír sus voces; que es desde allí como mejor

llegarás a comprender el resorte que les mueve, y que ellos mismos no lo conocen. Si estás entre ellos y les ves y les oyes, te parecerá que les empuja el hambre, o el odio, o la envidia, o el ansia de libertad, o la sed de justicia; pero si los ves desde nuestra santa montaña, verás que los impele el eterno y único afán.

Te acuerdas, sin duda, de los comentarios que hacíamos aquella tarde en que, sentados en la cumbre de aquel monte, mirábamos a nuestros pies cómo allá, en el valle, bailaban en un corro unas cuantas parejas, sin que llegaran a nuestros oídos, debido a la adversa dirección del viento, los sones del tamboril y el pito con que se les hacía bailar. Es una observación que han hecho muchas gentes, y que es, sin embargo, nueva siempre. Para un sordo debemos aparecer como locos los que hablamos y gesticulamos al hablar y nos oímos. Es la voz la que da la racionalidad de las cosas. Y sospecho que, para un ciego, por el contrario, debe desaparecer mucho de lo que nos hace aparecer enloquecidos.

A la distancia, aparécensenos los hombres tales como son, bailando y agitándose sin sentido, pataleando sobre esta pobre tierra. Y luego, nos reímos de uno que patalea y se agita sin que nadie toque cerca de él pito alguno. ¿Sabemos aca-

so qué música es la que está oyendo en el silencio de su corazón?

Un solitario, un verdadero solitario, es el que se pone a bailar en medio de la plaza humana y a la vista de sus hermanos todos, al son de la música de las esferas celestiales, que él solo, merced a la soledad en que vive, oye. Las gentes se paran, le miran un momento, se encojen de hombros y se van diputándole por loco, o forman corro en derredor de él y se ríen o empiezan a acompañar su baile con palmadas entre algazara y regocijo.

Y ahora voy a contestarte a lo que me decías no hace mucho en una de tus cartas. «Has claudicado — me decías — y empiezas a bailar al son que te tocan; ya no eres tuyo, eres de los demás. Recoje tus palabras de antaño y aprende para en adelante a no decir nunca: de esta agua no beberé.» Pues bien: te equivocas. Yo bailaba; bailaba al son de una música que los demás no oían, y empezaron por reírse de mí los unos; por llamarme loco o extravagante, o ganoso de notoriedad, los otros; alguno me insultó; no faltó quien me apedreara, y, al cabo, se fueron marchando y no haciéndome caso, y sólo quedaron en torno mío aquellos a quienes mis brincos y piruetas les hacían gracia, les recreaban el ánimo o les movían

a bailar ellos a su vez y desentumecer así sus piernas. Y este mi cotarro ha ido, gracias a Dios, ensanchándose, y hoy bailo y brinco en medio de un regular concurso de gente que me lo jalea. Y esta gente, al verme bailar en seco y sin música, porque ellos no oyen la que rige y acompaña a mis piruetas, se han puesto a llevarme el compás con sus manos, y me aplauden y dan palmadas; y como estas palmadas van al compás de mis saltos y cabriolas, creen que salto y brinco yo al compás de ellas, y esto les mueve a aplaudirme más, y se dicen: «¡Bravo, y cómo hacemos bailar a este hombre!» Y no saben que yo no oigo siquiera sus palmadas, y que, si arrecio yo a brincar cuando ellos arrecian a aplaudir, es que ellos aplauden porque yo brinco, y no brinco yo porque ellos aplaudan. Y tal es la ventaja de bailar solo.

Los hombres somos impenetrables. Los espíritus, como los cuerpos sólidos, no pueden comunicarse sino por sus sobrehaces en toque, y no penetrando unos en otros, y menos fundiéndose.

Me has oído mil veces decir que los más de los espíritus me parecen dermatoesqueléticos, como crustáceos, con el hueso fuera y la carne dentro. Y cuando leí, no recuerdo en qué libro, lo doloroso y terrible que sería para un espíritu humano

tener que encarnar en un cangrejo y servirse de los sentidos, órganos y miembros de éste, me dije: «Así sucede en realidad; todos somos pobres cangrejos encerrados en dura costra.»

Y el poeta es aquel a quien se le sale la carne de la costra, a quien le rezuma el alma. Y todos, cuando el alma en horas de congoja o de deleite nos rezuma, somos poetas.

Y ve aquí por qué creo que es menester agitar a las masas y sacudir y zarandear a los hombres y lanzarlos a los unos contra los otros, para ver si de tal modo se les rompen las costras en el choque mutuo, y se les derraman los espíritus, y se mezclan, mejen y confunden unos con otros, y cuaja y se fragua de una vez el verdadero espíritu colectivo, el alma de la humanidad.

Pero lo triste es que, si nos atenemos a la experiencia hasta hoy en día, esos roces y choques mutuos, lejos de romper las costras, las endurecen, y engrosan, y acrecientan. Son como los callos, que con el roce se hacen mayores y más fuertes. Aunque tal vez sea que los choques no son lo bastante violentos. Y en todo caso, choque y no roce. No me gusta rozar con las gentes, sino chocar con ellas; no quiero irles de soslayo y pasarles tangencialmente, sino irles de frente, y, si es posible, partirles por el eje. Es como me-

jor se les sirve. Y, para prepararse a esta labor, no hay mejor que la soledad.

Es muy triste esto de que tengamos que comunicarnos no más que en toque, a lo sumo en roce, y a través de los duros caparazones que nos aislan a los unos de los otros. Y estoy convencido de que ese caparazón se adelgaza y debilita en la soledad, hasta convertirse en tenuísima membrana, que permite la ósmosis y exósmosis espiritual. Y por esto es por lo que creo que es la soledad la que hace a los hombres verdaderamente sociables y humanos.

Hay quien cree que el destino de los hombres no es otro que hacer la sociedad humana, la humanidad, y que todos nuestros esfuerzos y afanes no convergen sino a que un día sea el género humano un solo y verdadero organismo, una especie de inmenso animal colectivo de que cada hombre sea célula, o al modo de una madrépora espiritual. El fin del hombre sería, en tal caso, la humanidad.

Y, si eso fuese así, cuando tal fin se cumpla, reconocerá la sociedad humana que los solitarios contribuyeron más que los demás hombres a formarla, y que hizo más por ello tal anacoreta o eremita — de una o de otra clase—, retirado al yermo, que muchos pastores de hombres que han

llevado a los rebaños humanos a la victoria o a la matanza. No es menester estar en medio de los hombres para guiarlos. Tú no sabes cuál de tus prójimos es el que más influye en ti; pero puedes asegurar que no es el que tienes más cerca, y a quien ves y oyes más a menudo.

Y ya te he dicho que para que esa humanidad cuaje y se fragüe, es menester primero que se nos rompan a todos las costras o se nos adelgacen en lijerísimas membranas, y que nuestros sendos contenidos espirituales se viertan por las hendiduras de la costra rota o rezumen por la adelgazada membrana, y se mezclen y confundan los unos con los otros. Y entonces, al fundirse las ideas de los tontos con las de los sabios, y los afectos de los malvados con los de los virtuosos, y los sentimientos de todos, cree que saldrá algo grande y puro. Porque hoy apenas conocemos sino las mezclas, no las fusiones de ideas y de sentimientos. Y tú sabes muy bien, por la química que nos enseñaron, cuán grande es la diferencia que va de una mezcla a una combinación, y cómo los cuerpos que al mezclarse dan una aleación dañosa, pueden, combinándose, dar un compuesto beneficioso. Y no dudes sino que, en punto a ideas y sentimientos, lo pernicioso es la mezcla, no la confusión. Don Quijote y Sancho mar-

charon juntos y mezclados; pero si se fundieran en uno, ¡qué portentoso espíritu no surjiría de tan sublime fusión! No sería ya un hombre, sino un dios.

Pero hoy hemos de vivir separados los unos de los otros, dentro de su costra cada uno y sin poder romperla, pues es lo triste que esas costras se rompen desde fuera y no desde dentro. No somos como los pollitos, que al sentir necesidad de aire, rompen el cascarón que los encierra y salen a respirar y vivir; necesitamos más bien que venga alguien de fuera y nos liberte de nuestra prisión. Los más de los gemidos que atravesando la costra de tu prójimo y tu propia costra te llegan al oído, no son más que lamentos de tu hermano, porque se encuentra preso y no puede salirse de sí. Pero si vas a él, y, compadecido, empiezas a golpearle para romperle la costra y libertarle, como lo primero que siente es el golpe y el aturdimiento de la sacudida, arrecia a gemir y se queja más fuerte, y hasta te rechaza. No espera a su liberación. Y si por acaso le abriste una rendija, al sentir el aire frío que por ella le penetra, se queja aún más y te culpa de mal hermano, de bárbaro y de cruel. Golpéale, sin embargo.

Y es tal y tan triste el aislamiento en que vivi-

mos, que hay espíritu que ha llegado a figurarse que está solo en el mundo y que todos los demás hombres con quienes vive no son más que dermatoesqueletos vacíos, que por extraña magia se mueven, hablan, obran y viven como si estuviesen llenos de vida y de espíritu. Y este sentimiento de la más profunda soledad, de encontrarse uno solo en el mundo, de ser el único espíritu que habita en él, este sentimiento es lo que más intensa melancolía da a ciertos solitarios y a la vez más profundo sentido a cuanto dicen y hacen.

Puesto que estoy solo en el mundo—suelo decirme en los momentos en que esa extraña fantasía hace presa de mí—, puesto que estoy solo en el mundo y soy el único espíritu que en él habita, tengo que hacer todo lo que, de no existir yo, no habría quien lo hiciese.

¿Crees tú, puesto que estoy en vena de confidencias y confesiones, crees tú que cuando se me ha echado en cara lo de que soy poco español, no me he dicho muchas veces: ¡soy el único español!; yo lo soy y no lo son todos los demás nacidos y residentes en España?

Y ese sentimiento de sentirse aislado y solo en el mundo puede llegar a producir terribles estragos en el alma y aun a ponerla al borde de la locura. Recuerdo a un pobre hombre, a quien se le

tenía por medio loco, y que acabó, en efecto, en monomanía bien acusada, el cual me decía en cierta ocasión: «No sabe usted bien, don Miguel, cuánto sufro con una tontería que se me ha metido en la cabeza y que no sé desechar de ella. Es la cosa más desatinada que cabe concebir; lo reconozco; sé todo lo disparatada que es; pero no puedo con ella: me domina y me subyuga a mi pesar. Y hay días en que con tal fuerza me aprieta, que me quedo en casa y sin salir a la calle.» ¿Y qué es ello? le pregunté, alarmado por semejante preámbulo. Y me contestó: «Pues es ello que hay ocasiones en que doy en pensar que yo, visto por fuera y a los ojos de los demás, soy enteramente distinto de como me creo ser y me conozco, y de que no estoy ni haciendo ni diciendo lo que creo hacer y decir, sino otras cosas muy distintas, y de que ahora, mientras me imagino estar contándole lo que quiero contarle, le estoy insultando a usted, y de que cuando creo ir por la calle muy mesurado y correcto, voy, sin saberlo ni quererlo, dando piruetas y haciendo contorsiones y gestos ridículos, y que las gentes que pasan, y me parece no me hacen caso, están burlándose de mí». Y al oírle hablar así, le dije: «¿Y cree usted que en mayor o menor grado no nos pasa a todos lo mismo? De mí sé decirle que

he perdido alguna para mí preciosa amistad porque cuando yo estaba diciendo una cosa me estaban oyendo otra muy contraria, y que cuando noto enfriamiento para conmigo en alguien a quien tengo conciencia de no haber faltado, me digo: algo que le dije sin saber.»

Y esto tiene que suceder, por fuerza, a todo el que hable con el corazón en la mano y ponga su alma en cuanto diga; es lo que tiene que suceder al que tenga en vez de costra, membrana, o sea trasparente aquélla. Porque las más de las personas, cuando hablan de otro, tienen en cuenta que se les está oyendo, y mienten en sus juicios, y si es amigo se callan sus defectos y le ensalzan sin tasa, y si es enemigo se callan sus virtudes y le deprimen sin compasión. Pero si dices la verdad, y hablando, con cariño y respeto, de un amigo a quien quieres mientas sus defectos, sólo te recojerán esto y le irán con el cuento de que le estuviste desollando.

Y esto lo veo yo muy bien en esta ciudad en que vivo, y donde se gastan los más espesos y más duros caparazones que he conocido en mi vida. Para crustáceos espirituales, créeme, no hay como los castellanos. Le estás tratando a uno años enteros, y no sabes si ha llorado alguna vez en su vida, ni por qué lloró. Son de una pieza. Y

todo lo entienden en una pieza. No les pidas el sentimiento del matiz, de la transición, de la media tinta, ni menos la comprensión de los contrarios. Para ellos, lo que no es blanco es negro. Y ¡qué habilidad tienen para no entender cosa alguna a derechas! Y como son chismosos y cuenteros y encismadores, jamás puede estarse seguro con ellos. De mí puedo decirte que de cada veinte cosas que de mí te cuenten, si vienes acá y les oyes, las diez y ocho son mentira, y las otras dos están desfiguradas.

Algunos de ellos me echan en cara que, como me confío al primero que llega, y tengo con cualquiera confidencias, resulta que a todos los hago iguales y no distingo entre amigos y no amigos. No, todos son para mí hermanos, y creo que todo hermano es digno de nuestras confidencias. No he de ser yo quien responda del uso que de ellas haga. Pero ellos, los muy crustáceos, no se confían a nadie, y hasta he llegado a dudar si es que tienen cosa alguna que confiar. Su reserva no es más que vaciedad interior. Y así es que, ¡claro está!, cuando se juntan, tiene que ser para jugar al tresillo o para murmurar del prójimo.

Y todo esto produce un enorme sentimiento de soledad. Y sólo me apena el que mis ocupaciones y mi cargo me impidan rodear y protejer esa so-

ledad interior con soledad exterior, y aislarme de veras, retirarme a un desierto, no ya por cuarenta días, sino por cuarenta meses, y aun más, y dedicarme allí a fabricar un gran mazo, claveteado de grandes clavos, y endurecerlo al fuego y probarlo contra los peñascos y berruecos; y cuando tenga uno a prueba de las más duras rocas, volver con él a este mundo y empezar a descargar mazazos sobre todos estos pobres crustáceos, a ver si, descachadas sus costras, se les ven las carnes al descubierto.

Mas al llegar aquí me ocurre una duda, y es si las costras se rompen desde afuera o desde adentro. Afirmé antes que no se rompen sino desde fuera, que es otro el que nos las tiene que romper y quebrantar; pero me parece que lo afirmé muy de lijero, por lo muy redondamente que lo hice. Se trata nada menos que de la más grave y más honda cuestión de ética y de religión: la de si el hombre ha de redimirse a sí mismo o ser redimido por otro; la de si nuestro deber es romper nuestras cadenas o ir encadenados a romper las cadenas de los demás.

Parece ser, si se piensa en ello con el corazón, que la verdad está en la combinación de ambos puntos de vista, y que las costras se rompen desde afuera y desde adentro a la vez. Vas a libertar

a tu hermano, porque sientes que hace él esfuerzos por libertarse o porque te llegan sus quejas, y las quejas son ya deseo de verse libre, y el deseo de verse libre es principio de libertarse; y cuando él siente que empiezas a querer libertarle, redobla sus esfuerzos por hacerse libre, y redoblas tú los tuyos. Le oyes arañar el muro de su prisión, y empiezas a golpear en él desde fuera, y cuando oye tus golpes, golpea él, y tú arrecias y él arrecia, y vais, él desde adentro y tú desde fuera, trabajando en una misma obra. Y es lo más consolador que mientras golpeas en su costra, como lo haces con la tuya, tanto trabajas por romper la de él como por romper la tuya propia, y él a su vez, mientras golpea en la suya, da golpes en la tuya. Y así toda redención es mutua.

Y aquí tienes lo que significa el valor del ejemplo. Yo no me siento con fuerzas para cojer a cada uno de mis prójimos, levantarlos en vilo y arrojarlos al otro lado del río, sino que espero que al verme saltarlo se digan: «cuando él, que no es, como nosotros, más que un hombre, lo salta, bien puedo saltarlo también yo», y lo salten. Y este es el valor de los grandes solitarios: y es que enseñan a los demás hombres el valor de la soledad, y que se puede muy bien vivir en ella. Cuando aquel tu prójimo puede vivir en sí

y de sí, bien puedes también tú vivir en ti y de ti. El solitario, lejos de desdeñar a los demás hombres, parece que les está diciendo: «¡sed hombres!» El que insulta a una muchedumbre suele estar muy de ordinario rindiendo homenaje a cada uno de los que la componen.

Hace ya mucho tiempo que me está dando vueltas en la cabeza la idea de que el principio de la nueva edad, de la edad del espíritu—la primera es la de la naturaleza, y la segunda, en la que vamos entrando, la de la razón—, el principio de la edad del espíritu será la muerte del pudor y el entronizamiento de eso que llamamos hoy cinismo. La gran institución social de aquella edad será la de la confesión pública, y entonces no habrá secretos. Nadie estimará malo el abrigar tal o cuál deseo impuro, o el sentir este o el otro afecto poco caritativo, o el guardar una u otra mala intención, sino el callarlo. Y cuando eso llegue, y anden las almas desnudas, descubrirán los hombres que son mucho mejores de lo que se creían, y sentirán piedad los unos de los otros, y cada uno se perdonará a sí mismo y perdonará luego a todos los demás.

Y si desarrollas esta espléndida perspectiva de una vida nueva y de una edad gloriosa del espíritu, ten por seguro que los más de los que

te oigan se te escandalizarán diciéndote que eso sería un infierno, y temblarán al sólo pensar que pudiera vérseles el alma al desnudo. Pero es que no son capaces de imaginarse lo que sería una sociedad en que las almas todas anduvieran desnudas, y no sólo la suya, y si se escandalizan es que no consideran el profundo cambio que eso traería a la sociedad. Es indudable que nos cuesta hacernos a la idea de que saliéramos en pelota a la calle; pero si fuésemos a un país en que todo el mundo anduviese así y todos estuviesen habituados a verse así desde que nacieron, no es menos indudable que habría de hacernos ruborizar allí el andar vestidos.

Como cada uno de nosotros cree tener jorobado o con lacras y manchas el espíritu, tiembla de que se lo desnuden; pero si todos nos los desnudáramos y viésemos que los tenemos todos jorobados y con lacras y manchas, desaparecería nuestro temor.

—¿Y el pudor entonces? —se me dirá—, ¿qué sería de ese precioso y dulce sentimiento, guardián de las más preciadas virtudes?—El pudor no desaparecería, sino que cambiaría, haciéndose más elevado y más puro. El pudor entonces consistiría en no ocultar nada, en no tener secretos. Y se nos pondría el alma roja de vergüen-

za por haber callado algo a nuestros hermanos.

Ya sé que apenas lograrás convencer a nadie de esto, como apenas lo he logrado yo. Una de las mayores desgracias que pesa sobre el común de los pobres mortales, es su falta de imaginación, y carecen más de ella los que más presumen de tenerla, confundiéndola lastimosamente con cierta memoria que nos trae a las mientes las imágenes que por ahí corren y pertenecen al común acervo. Es la falta de imaginación lo que impide a las más de las gentes imaginarse lo que sería una sociedad con otra base moral o económica que la nuestra. Observa que cuando las gentes hablan de lo que sería la sociedad si desapareciese de ella la institución de la propiedad privada del suelo, pongo por caso —y esta es observación que la han hecho varios—, discurren como, si borrada tal institución, siguiese lo demás como hoy está constituído, y se dicen: «si desaparece la propiedad privada del suelo, desaparecerá la herencia; y si mis hijos no han de heredarme, ¿para qué habría de trabajar yo?», con otros razonamientos por la misma línea. Y así en todo. Que es como si al decirle a uno que le iban a dotar de alas empezase a calcular lo que él sería hoy con alas, sin advertir que dejaría entonces de ser el que hoy es para ser otro.

Fíjate y estudia a todos los sectarios, a todos los dogmáticos, a todos los que dicen y sostienen que si se borrase de la conciencia de los hombres tal o cual principio ético o religioso, que ellos creen el quicio de la vida social, la sociedad se destruiría; fíjate en ellos y estúdialos, y verás que de lo que carecen los pobrecillos es de imaginación. Un día le oí a uno de tales decir que sería imposible una sociedad bien ordenada si desapareciese por completo de todos y de cada uno de sus miembros el temor a las penas eternas del infierno y la creencia en ellas, el miedo al diablo y a la muerte. Y me dió lástima de tanta falta de imaginación y de sentido humano. El pobrecillo no se imaginaba que pudiesen obrar los demás el bien por motivos muy distintos de aquellos por lo que él cree obrarlo. Y digo *cree*, porque estoy seguro de que él mismo no se refrena de hacer el mal por los motivos por los que él cree refrenarse, sino que estos motivos los inventa *a posteriori* para explicarse a sí mismo su conducta. Porque sentimos una furiosa necesidad de explicarnos a nosotros mismos nuestra conducta y de darnos cuenta de por qué hacemos el bien o el mal.

Y de esto mismo nos cura también la soledad enseñándonos a resignarnos a nosotros mismos y

a aceptarnos tal y como somos y a perdonarnos nuestras propias faltas, sin intentar penetrar en su razón. Porque eso de tratar de explicarnos a nosotros mismos nuestra propia conducta viene de la necesidad en que a menudo nos vemos de tener que explicársela a los demás; y si nos empeñamos en buscar un fundamento a nuestras buenas acciones, es porque el prójimo desconfía de toda bondad que no se parezca a la suya, y no cree en que uno pueda ser bueno porque sí. Es también esta miserable vida social en que nos juntamos para huir cada uno de sí mismo lo que nos hace buscar fuera de nosotros mismos, en una norma social y colectiva, el fundamento de nuestras buenas acciones. Y por eso es por lo que la soledad nos enseña a ser buenos de verdad, y nos lo enseña la verdadera soledad, esa soledad que podemos conservar aun en medio del bullicio de las muchedumbres, y no recojiéndonos y encerrándonos en nosotros mismos, sino derramándonos en ellas.

Los grandes solitarios son, en efecto, los que más han derramado sus espíritus entre los hombres; los más sociables. «¿Quién describió la hermosa unión de los hombres más arrebatadoramente que quien se quedó solitario en la vida?», dice Kierkegaard, uno de los más grandes solitarios.

Y es ello natural, porque el solitario lleva una sociedad entera dentro de sí: el solitario es legión. Y de aquí deriva su sociedad. Nadie tiene más acusada personalidad que aquel que atesora más generalidad en sí, el que lleva en su interior más de los otros. El genio, se ha dicho y conviene repetirlo a menudo, es una muchedumbre; es la muchedumbre individualizada, es un pueblo hecho persona. El que tiene más de propio es, en el fondo, el que tiene más de todos; es aquel en quien mejor se une y concierta lo de los demás.

Y es que hay dos clases de uniones: una por vía de remoción, separando diferencias de los elementos que se unen, y otra por vía de fusión, concordando esas diferencias. Si quitamos de la mente de cada uno lo que ello tenga de propio, aquella manera de ver las cosas que le es peculiar, todo lo que cela con cuidado por miedo a que se le tenga por loco, y nos quedamos no más que con lo que tiene de común con los demás, esto común nos da esa miserable quisicosa que se llama el sentido común, y que no es sino el abstracto de la inteligencia práctica; pero si fundimos en uno los distintos criterios de las personas, con todo lo que guardan celosamente, y concordamos sus caprichos, rarezas y singula-

ridades, tendremos el sentido humano, que es, en los ricos de él, sentido propio.

Lo mejor que se les ocurre a los hombres es lo que se les ocurre a solas, aquello que no se atreven a confesar, no ya al prójimo, sino ni aun a sí mismos muchas veces, aquello de que huyen, aquello que encierran en sí cuando está en puro pensamiento y antes de que pueda florecer en palabras. Y el solitario suele atreverse a expresarlo, a dejar que eso florezca, y así resulta que viene a decir lo que a solas piensan todos, sin que nadie se atreva a publicarlo. El solitario lo piensa todo en voz alta, y sorprende a los demás diciéndoles lo que ellos piensan en voz baja mientras quieren engañarse los unos a los otros pretendiendo hacerse creer que piensan otra cosa, y sin lograr que nadie les crea.

Todo esto te servirá para sacar por ti mismo cómo y hasta qué punto es la soledad la gran escuela de sociabilidad, y cómo conviene a las veces alejarse de los hombres para mejor servirles.

Y como el tema es inagotable, conviene cortarlo.

Agosto de 1905.

SOBRE LA ERUDICIÓN Y LA CRÍTICA

EL ensayo que *Sobre la lectura e interpretación del Quijote* publiqué en el número de esta misma Revista [*La España Moderna*] correspondiente al mes de abril, parece ha escandalizado a ciertos señores, o han hecho, por lo menos, como que se escandalizaban. Ahí es nada el faltar al ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra. Suponiendo, por supuesto, que yo le hubiese faltado y no sea más profundo venerador de su genio—en lo que este tenga de venerable—que todos sus serviles aduladores e idólatras.

Es fuerte cosa, en verdad, eso de que personas que, si a mano viene, alardean de independencia de criterio y de hallarse libres de muchas que llaman supersticiones, pretendan erigir sobre las ruinas del respeto a las creencias religiosas generales en el país una especie de religión literaria, mil veces más odiosa que todo lo que de más

odioso pudieran tener esas creencias. La superstición literaria, que arranca acaso de cierta especie de religión de la literatura que desde el Renacimiento ha venido fraguándose, esa superstición es más despreciable que las más bajas supersticiones a la antigua usanza. No se me alcanza por qué el Dante, Shakespeare o Cervantes han de ser más intangibles que uno cualquiera de los santos que la Iglesia católica ha elevado a sus altares, y por qué los mismos que se permiten cualquier chocarrería contra éstos, se revuelven contra el que se atreva a tocar a la canonización literaria de que aquéllos gozan.

Si mi ensayo sobre la lectura y la interpretación del *Quijote* ha escandalizado a los fanáticos de esa ridícula religión literaria, también ha escandalizado a algunos de ellos mi obra *Vida de don Quijote y Sancho*, a que dicho ensayo podría servir de prólogo. Hay quien me ha reprochado las libertades que dice me tomo en ella con la obra de Cervantes—que es de cualquiera que la lea y la sienta tanto como de Cervantes—y con Cervantes mismo. Y es lo curioso del caso que, trayendo y llevando yo en mi obra a San Ignacio de Loyola, mi paisano—por el que siento más admiración que todos los jesuítas juntos—, me he encontrado con fervoroso católico, pero

más fervoroso fiel de la iglesia literaria castiza, a quien le han desagradado más los que llama mis desacatos a Cervantes que no los que tiene, sin ellos serlo, por desacatos a San Ignacio. Lo cual no me extraña, pues he conocido obispo que huía con más ahinco de caer en solecismos que de caer en herejías. Y en la herejía misma lo que más odiaba era su exotismo, el creerla poco castiza.

Todo esto es más que lamentable, y prueba cómo el espíritu ama la esclavitud, y cuando se sale de la una se va a la otra. Gentes que se imaginan haber conquistado su libertad de conciencia caen en la más vergozosa idolatría en punto a literatura. Cuando me encuentro con alguna de estas personas, al momento se me viene a las mientes el caso tan conocido de aquel literato español que, reuniendo a sus hijos en torno a su lecho de muerte, les dijo antes de irse para siempre de este mundo: «Hijos míos, no quiero morirme sin desquitarme de un grave peso que he llevado a cuestas toda mi vida... Tengo que revelaros un secreto... ¡me carga el Dante!» Aunque empleando un verbo más enérgico y más expresivo que cargar, y verbo que aquí no puede estamparse. Y no empezaremos a ver claro en literatura ni a gustar de veras de las bellezas de los clásicos, mientras todos aquellos a quienes el

Dante les carga no lo confiesen valientemente en público. A mí no me carga Cervantes, ni mucho menos, sino que lo venero más y mejor que sus ridículos idólatras; pero me carga Quevedo, pongo por caso de clásico cargante, y no puedo soportar sus chistes corticales y sus insoportables juegos de palabras. Y hay en España muchas personas que se tienen por cultas, y por tales pasan entre los demás, a quienes les carga Cervantes, aunque nunca tanto como en Portugal Camoens, que es perfectamente insoportable, y a quien, si no fuese por un mal entendido patriotismo, declararían los portugueses cultos inferior a muchos otros escritores portugueses, sobre todo contemporáneos.

No me cargan ni el Dante ni Cervantes; pero me cargan, y mucho, los dantófilos y cervantófilos y toda casta de apostilladores y monaguillos de genios pasados. Creyendo y queriendo servir a la mayor gloria de los dioses literarios a que sirven, no hacen sino trabajar por hacerlos cargantes, y hasta aborrecibles. De su labor suelen salir esos santones de la literatura tan echados a perder, como salen los santos después de haber pasado por el *Año Cristiano*.

Un buen amigo mío, y persona a quien de veras estimo, M. Camille Pitollet, joven de ingenio

despierto y vivo, al dar cuenta, en el número de la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* correspondiente al 9 de setiembre de este año, de mi *Vida de don Quijote y Sancho,* se desentiende casi por entero de esta mi obra, y la trama con mi ya citado ensayo, considerándolo como una especie de prólogo de la susodicha obra. Y este artículo de M. Pitollet ha de darme ocasión a decir unas cuantas cosas respecto a los eruditos y los críticos, y muy en particular a los que nos gastamos, o mejor dicho, se gastan ellos, por España.

Empieza M. Pitollet por hacer notar a sus lectores que no tengo nada de humorista, arrancándome con ello una de las más dulces ilusiones de mi vida y uno de los títulos que más a mi satisfacción empezaba a ganar, y me larga, en cambio, un epíteto que siempre me ha sido odioso, aunque declarando que es el que me da «*la jeunesse universitaire espagnole*»: el epíteto cargantísimo de *sabio.* Mi amigo Pitollet debe de ignorar sin duda que he protestado más de una vez, y con todas las fuerzas de mi alma, de que se me aplique ese motajo tan feo de *sabio*, y que jamás de mi vida he hecho profesión de tal. Y él, que me conoce, y ha leído el ensayo y el libro de que aquí vengo hablando, ha podido verlo. En

España, en cuanto alguien sabe alguna cosa—y yo sé varias, debo confesarlo con la modestia que me caracteriza—le cuelgan eso de sabio, y para ser tenido por poeta, pongo por otro mote, es menester no saber nada. Si en unos versos se dice algo que exige esfuerzo de atención y provoca a meditar, son versos de pensador, pero no de poeta. Los poetas no deben pensar.

Y entrando luego M. Pitollet en el contenido de mi ensayo, hace resaltar aquellas mis palabras de que la erudición suele ser—no digo que lo sea siempre—«una forma mal disfrazada de pereza espiritual», y los sabios, «una casta de hombres insoportables». Y esto me da pie para desarrollar ambas proposiciones.

Y me servirá, además, para establecer a qué especie de eruditos me refiero, porque, como diré luego, los hay muy simpáticos y muy dignos de respeto, como el propio M. Pitollet—que es más que un erudito—, y los hay perfectamente inaguantables, y son los que por aquí predominan.

Se dice, y yo no hago sino repetirlo aquí, se dice que hay momentos en la vida de la cultura de un pueblo en que éste debe detenerse a hacer un inventario de sus adquisiciones, a seleccionarlas y ordenarlas antes de proseguir su camino.

Los tales son períodos críticos, alejandrinos, vamos al decir, y ¡desgraciado del que, cuando todos se aplican a la tarea de restablecer el texto de las antiguas odas y trazar su genealogía, se sale con una nueva que no sea mero eco de las que se está estudiando!

Se dice que un caminante debe detenerse de vez en cuando en su camino para echar una mirada al ya recorrido, y contemplándolo así, desde lejos, sin divisar sus asperezas y sí sus amenidades, cobrar bríos para proseguirlo.

Se dice que de cuando en cuando conviene hacer examen de conciencia, arrepentirse de los pecados que se cometieron e indagar sus causas, corroborarse en las virtudes, y así, apurada la conciencia, volver a pecar con más tranquilidad y con menos peso a cuestas.

En torno a mi mesa de trabajo voy apilando todos los papeles, cartas, recortes de diarios, revistas, folletos y libros que recibo, y de cuando en cuando tengo que hacer una limpia, rompiendo no pocos y dejando muchos menos, para que, a menos bulto, me quede más claridad.

Y, por lo visto, Europa, y también España, están atravesando uno de esos enojosos y hórridos períodos críticos o alejandrinos, o más bien estamos empezando, no más, a salir de él, a

Dios gracias. Porque las obras de literatura refleja abundan tanto cuanto escasean las de literatura directa, contando en aquella categoría no pocas obras que parecen entrar en esta otra, así como tampoco faltan las que con apariencia de críticas son de primera materia poética.

En general, la literatura, lo técnico, lo del oficio, ahoga a la poesía, y como son literatos los que forman el ambiente literario de un pueblo, el resultado es desconsolador.

Si en la oficina en que están unos cuantos eruditos y críticos literarios trabajando sobre Homero entrase un nuevo Homero cantando nuevas y tan hermosas canciones como las que cantó el divino ciego, o quien fuera el que las cantase, o aun si resucitado el mismo Homero les viniese cantando lo que hoy pasa en el mundo, le echarían con cajas destempladas por importuno y superficial. Los que se queman las cejas sobre los textos de Calderón, no pierden su tiempo en acudir hoy al teatro, y si un nuevo Calderón surgiese al lado de ellos, no se percatarían de tal cosa. Un Calderón tiene que haber sido pasado siempre, y si hoy nace otro genio del teatro como él, no adquiere valor alguno hasta que, una vez muerto y enterrado, es pasto su espíritu de los cuervos de la erudición, que viven de los muertos.

Hablaba yo con entusiasmo de poesía y de un poeta contemporáneo, Carducci, a un joven filólogo italiano, y me replicó: «¡Oh, no!, no me interesan sino las cosas positivas». Para este desgraciado, la crítica literaria es más positiva que la literatura misma, y el mayor valor de un poeta consiste en procurar primera materia de erudición filológica y literaria a los que lo estudien.

Conozco quien cree que el principal y más noble destino de los libros es el de ser catalogados. opinión que coincide con la que los avaros profesan respecto al valor del dinero.

En otra ocasión, otro amigo mío, muy aficionado a leer historias de la filosofía y de la literatura, me decía: «¿Los poetas y los filósofos?, ¡bah!: dicen lo que les da la gana». Y replicándole yo: «¿Y los historiadores de filosofía y poesía?», me contestó: «Esos ya no, esos no dicen lo que les da la gana, sino que cuentan lo que dijeron los otros, los poetas y filósofos, y estudian por qué lo dijeron». De donde deduje que para él, uno que acierta a historiar el pensamiento de Hegel es superior a Hegel mismo. Y así sucede, sobre todo desde que se hace crítica psicológica y sociológica y no sé cuántos enredos más, que los pobres poetas y filósofos no son sino la materia prima para las lucubraciones de los críticos y eruditos que los

estudian, los cuales, a su vez, aparentan creer que por nada del mundo trocarían su papel de críticos por el de criticados. Es algo así como un zoólogo que cae en éxtasis ante un animalucho raro y le colma de estudios y monografías, pero por nada del mundo se cambiaría por el animalucho a que estudia. A nadie le gusta ser un precioso caso de estudio.

Mas en el fondo no es esto, sino que el erudito no perdona al ingenio que es objeto de su erudición el no poder ser él a su vez un ingenio a quien eruditos estudien y no eruditos admiren sencilla y sinceramente.

Claro está, y lo he advertido ya de antemano, que al hablar así de los eruditos no me refiero a todos ellos, sino a aquella variedad de la especie—variedad que, por desgracia, es la que más conozco—que se distingue por su desprecio y desdén—creo fingidos—hacia las obras de imaginación, que estiman poco positivas. Los otros, los eruditos modestos y concienzudos, que si bien penetrados del valor de su propia obra, no desconocen el valor de las obras de los demás, y hasta reconocen el mérito de las síntesis apriorísticas, fantásticas y sin base histórica, estos otros eruditos merecen el respeto y a las veces hasta la admiración de toda persona culta.

La labor paciente y abnegada de ir recojiendo datos y noticias, de aquilatarlos y apurarlos, de concordarlos y resucitar así poco a poco el pasado, es una labor que ha sido mil veces pregonada como virtud, y no es menester pregonarla como tal una vez más aquí. Es la erudición, por otra parte, un fructuosísimo ejercicio espiritual, una verdadera ascesis, por ser acaso la mejor escuela de humildad. El erudito se adiestra a respetar el hecho, el más menudo hecho, el hechillo al parecer más insignificante, y todos los que se han entregado a labores de erudición conocen los pesares amarguísimos por que pasa el ánimo cuando, en virtud de un dato minúsculo, de una fecha, de un nombre, hay que renunciar a toda una ingeniosa y acaso brillante teoría pacientemente elaborada. Aquí es donde se pone a prueba el amor propio y se mortifica el espíritu; aquí es donde se ha menester de espíritu de sacrificio. El ejercicio de la erudición enseña, más que el de otras actividades humanas, lo que vale la humildad. «La verdad puede más que la razón», decía Sófocles, y este glorioso lema es el lema de todo buen erudito.

Se comprende, por otra parte, que gustemos poco de los trabajos de erudición los que no estamos del todo bien avenidos con la realidad de las

cosas presentes y pasadas, y quisiéramos que el mundo fuese, no como es, sino como a nosotros se nos antoja que debiera ser; los que proclamamos los fueros de la imaginación frente a los de la lógica y hasta contra los de ésta; los que buscamos, en fin, en las bellas artes una liberación de los tres tiranos del espíritu: la lógica, el tiempo y el espacio.

M. Pitollet, después de decir que el método por mí preconizado no es sino un método de excepción, y que, generalizado, sería el peor de los métodos, añade refiriéndose a mí: «De ce que lui, esprit original, est capable, dans certains cas, d'en tirer de bons fruits, il n'en est pas moins évident de toute évidence que, pour la généralité, elle donnerait des résultats déplorables et justifierait le fameux mot de Cujas a propos des Bartolistes: *Verbosi in re facili, in difficili muti, in angusta diffusi*». A lo cual no tengo que contestar sino una sola cosa, y es que todos los métodos son, en rigor, de excepción, y que yo no hice en mi ensayo sino defender y proclamar mi propio método, sin pretender que otros lo adopten, pues creo que cada cual debe tener el suyo, aunque luego ocurra que los métodos de muchas personas, de la mayoría, coincidan entre sí. Cada uno tiene su método, como cada uno tiene su locura;

sólo que estimamos cuerdo a aquel cuya locura coincide con la de la mayoría.

Y añade mi buen amigo que el *Quijote* que en mi obra comento no es sino un *Quijote* de mi invención, lo cual es perfectamente cierto, agregando estas palabras: «Or, une fois ouverte à la fantaisie des glossateurs, la voie n'a plus d'issues à prévoir et nous nous lançons à corps perdu dans l'anarchisme intellectuel médiéval». Y yo digo: ¡bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval!, ¡qué falta nos estás haciendo!, ¡qué falta nos estás haciendo para reparar en lo posible los estragos de este racionalismo de monografistas, especialistas y ratones de archivos!, ¡qué falta nos estás haciendo para que volvamos a soñar la vida y este sueño nos lleve a la muerte liberadora!

Dice luego M. Pitollet que yo, que lleno de sarcasmos a los masoretas cervantistas, me he impuesto la tarea *assez factice* de comparar constantemente la vida de don Quijote con la de San Ignacio de Loyola, tal y como la ha contado Rivadeneira; «mauvais exemple—agrega—donné à ces pseudo-érudits, amoureux d'enseignements ésotériques et de comparaisons forcées». Mentira parece que un hombre tan perspicaz y tan vivo como M. Pitollet, y que por mi ensayo, mi obra

Vida de don Quijote y Sancho y mis demás trabajos conoce mi método y mi espíritu, haya llegado a sospechar siquiera que yo pretenda que el bueno de Cervantes pensara en San Ignacio al componer su *Quijote*. No; ni yo he escrito semejante cosa, ni se me ocurre pensar en si fué o no así. Constantemente, al comentar el *Quijote*, dejo a Cervantes fuera y no me interesa ni poco ni mucho lo que este buen hidalgo pensara al escribir su obra, ni lo que quiso decir en ella, si es que quiso decir algo más de lo que a las claras y a primera vista se lee allí. No, no es eso. Yo veo semejanzas entre la vida de don Quijote y la de San Ignacio, por lo menos entre la de mi don Quijote y la de mi San Ignacio; y de lo demás se me da un bledo, porque no he pretendido hacer una obra de erudición ni de exégesis esotérica, ni ese es el camino.

La nota crítica de M. Pitollet en la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature,* nota que le agradezco muy de veras, sería una nota mucho más adecuada a la índole de mi obra, creo yo, si hubiera empezado por donde concluye. Pues concluye en decir: «En somme, j'estime que le vrai titre du volume devrait être: *Vida de don Quijote y Sancho según la volvió a pensar Miguel de Unamuno*»; agregando: «c'est un livre unique

et qui ne devra pas faire école en Espagne». Pues bueno—digo yo ahora—; en efecto: es la vida del Ingenioso Hidalgo, según la he vuelto a pensar, en virtud de un perfectísimo derecho que tenemos a apoderarnos de un ente de ficción, que es ya de todos, a arrancarle de monopolios y a trasformarlo a nuestro albedrío. Así se hizo en la Edad Media con los héroes de la antigüedad helénica y romana, y así han hecho todos los místicos y teólogos con los personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y llamar a esto, como alguien le llama, platear el oro, es una ocurrencia de espíritu mezquino, incapaz de parir un solo personaje de ficción con vida, a pesar de sus esfuerzos por lograrlo.

Sí: mi obra no es sino un pretexto para ir entretejiendo mis propias ocurrencias y divagaciones, y podría haberlas enfilado todas con otro hilo cualquiera: el de *La vida es sueño,* de Calderón, pongo por caso. No la escribí con ocasión del Centenario, del ridículo Centenario; y si coincidió su publicación con la celebración de éste, fué algo a mi pesar y en virtud de flaqueza mía, de que me arrepiento. Como decía mi amigo el señor Altamira en las once líneas que dedicó a mi obra en su artículo «Los libros del Centenario», inserto en la revista *España* (23 de junio), de

Buenos Aires: «No se trata en ella de decirnos lo que es el *Quijote,* sino lo que le parece que es o debe ser al señor Unamuno; es decir, se trata del espíritu de Unamuno declarado con ocasión del *Quijote*». Esto segundo es perfectamente exacto; lo primero no lo es tanto, porque no se trata allí de lo que me parece que es o debe ser el *Quijote*, el libro, sino de las enseñanzas que saco de la contemplación de la vida de don Quijote, el hombre, considerado aparte del libro en que se nos cuenta esa vida, y hasta suponiendo que el narrador de ella no haya sido siempre fiel a la verdad ideal al contárnosla. Repito que es don Quijote mismo, el hombre, el que me atrae, y no el *Quijote*, no el libro.

Todo ello, como se ve, está a la mayor distancia posible de los trabajos de erudición, para los que me siento con poca aptitud y con menor deseo. Teniendo como tengo seres vivos en torno mío, me interesan poco los fósiles y me noto con poquísimas aficiones a la paleontología.

Y en la paleontología misma es evidente que hará mayores y más sorprendentes descubrimientos el que conozca bien la zoología, quiero decir, el modo de ser y de vivir de los *zoos*, de los vivientes, de los animales que hoy respiran y viven. Y es por esto por lo que no me explico que pue-

dan trabajar con fruto en el estudio de los poetas muertos y enterrados y reducidos a esqueleto hace siglos, los que no se interesan ni poco ni mucho en los poetas que hoy viven, y beben, y comen, y respiran, y cantan. Estos eruditos de poesía antigua—conozco algunos—a quienes les molestan los cantos vivos de los poetas vivos, son pobres desgraciados a quienes molestan que entren personas vivas, de carne y sangre, en el museo en que están clasificando sus esqueletos. No tratan sino con éstos. Y como a los vivos no les ven el esqueleto porque la tierra de los siglos no les ha comido aún la carne, no saben cómo clasificarlos y los declaran absurdos y fantásticos y muy inferiores a los pasados. Un hombre no adquiere valor a sus ojos sino cuando, muerto y enterrado, empiezan a blanquearle los huesos descarnados. Estudian esqueletos, huesos de poesía—cuando son eruditos de poesía pretérita—y no sienten la carne, el calor de humanidad que se fué para los no también poetas, con la época en que esos huesos se formaron dentro de la carne. Creyendo admirar al genio antiguo, son incapaces de ver nacer el genio de mañana. Fuera de su museo, en medio del campo, apenas ven: el recuerdo del esqueleto del mamut les impide ver un elefante vivo. ¿A qué especie pertenece esto?, se pregun-

tan ante un animal vivo. Y apenas transigen sino con algún caballejo famélico y escuálido a quien su flacura y pocas carnes hacen que se le señale a flor de pellejo la osamenta. Y de aquí el fenómeno, nada raro, de que los eruditos de literatura exalten a los escritores arcaizantes, que tejen sus escritos con reminiscencias clásicas y contrahacen la hechura y el aire y el tono de los escritores cuyos huesos blanquean.

Y luego estos eruditos paleontólogos y los críticos de su escuela y sus semejantes todos forman una especie de cofradía internacional, se comentan los unos a los otros y se celebran mutuamente sus danzas de la muerte. Constituyen una especie de orden, algo así como una masonería que tiene en los archivos sus logias.

Agréguese a todo esto esa ridícula leyenda del profesor alemán, especialista, paciente investigador, que se confina de por vida a no explorar durante toda ella sino este o el otro rincón de los conocimientos humanos, que intenta agotar una materia, y para agotarla la reduce. Claro está que esto también tiene su defensa y que cabe ver el Universo todo reflejado en una gota de agua, y estudiando un coleóptero o una sola obra de un solo autor, o un único suceso histórico, puede llegarse a una concepción total y unitaria del Uni-

verso y de la vida; pero la tal leyenda es una de las más funestas leyendas que puede darse.

Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y la poesía —hermanas gemelas—, me preparé a hacer oposiciones, y las hice primero a una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego a una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones a las lenguas, opositar a latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones a cátedras de latín, logré al cabo ganar una cátedra de lengua griega ante un tribunal presidido por mi maestro don Marcelino Menéndez y Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: don Juan Valera.

Y apenas obtuve la cátedra me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida a ser un helenista, y no sé si a desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen hay en el Monasterio del Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme: ¡de aquí no se pasa! Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho. Sé más que el suficiente griego para poner a aquellos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto a literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado a hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de filología o de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer.

En un país hecho, en que cada uno está en su puesto y la máquina social marcha a compás y en toda regla, puede un ciudadano dedicarse a esas curiosas investigaciones; pero aquí hay demasiada gente que se dedica al tresillo, para que los

que sentimos ansias de renovación espiritual vayamos a enfrascarnos en otra especie de tresillo. No; mi sueldo sale del trabajo de mis conciudadanos, es España la que por mediación del Estado me da el pan que mis hijos comen, y sé bien cuáles son mis deberes para con mi patria. Y no son precisamente los de que me esfuerce porque mi nombre sea citado en la masonería internacional de la erudición como el nombre de un sabio helenista que ha puesto en claro tal o cual punto oscuro de filología o de historia de la literatura griega, o que ha publicado esta o la otra edición crítica de este o aquel autor, o ha desenterrado un códice hasta ahora desconocido. No, no me ha dado Dios mis capacidades para eso.

Además de que el enfrascarse y engolfarse en tales estudios suele ser no pocas veces un acto de cobardía, una manera de desertar de un puesto de debida lucha, una traición a la patria. Es, a lo sumo y en el mejor caso, algo así como seguir en un laboratorio buscando el modo de hallar una sustancia que extinga momentáneamente los incendios, mientras se está quemando la casa, no ya del vecino, sino la propia, hurtándose así de llevar un balde de agua a ella.

Al terminar Fitzmaurice Kelly su excelente *Historia de la literatura española*, y después

de haber citado junto a Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal a oscuros eruditos que podrían bien figurar en una Historia de la historia de la Literatura española, pero no en una Historia de la Literatura misma, acaba diciendo: «Sería un espectáculo verdaderamente extraño si la pintoresca e imprevisora España, que sigue siendo para no pocos espíritus, más o menos críticos, la encarnación de un temerario romanticismo, fuera a producir una casta de escritores de género alemán, absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Pero como el genio de una nación no es más susceptible de transformación rápida que el temperamento de un individuo, no habría que sorprenderse si no se cumpliese esta desviación.»

No, no habrá que sorprenderse, a Dios gracias. Pidamos y esperemos que en nuestra pintoresca e imprevisora España no cunda mucho esa casta de escritores de género alemán absorbidos en los detalles complicados y la observación microscópica. Puede abrigarse ese temor leyendo la parte que Fitzmaurice Kelly dedica a la literatura española contemporánea, donde unos cuantos eruditos nada literatos y algunos escritores oscuros han echado fuera a Salvador Rueda, a Marquina, a Baroja—éste acaso tiene el pecado de ser vas-

co, pues a los vascos nos trata un tantico desdeñosamente el autor—, a Jiménez, Martínez Ruiz *(Azorín)*, Valle-Inclán, Benavente y otros así. Verdad es que de esta expulsión de literatos de verdad por eruditos, no creo haya que culpar al autor ingles, hombre de fino gusto, sino a los eruditos españoles que le han servido de guías.

Y ahora entra aquí una de mis proposiciones que más parece haber chocado a M. Pitollet, y es aquella de que la erudición suele ser en muchos casos una forma mal disfrazada de pereza espiritual, o, como he escrito en mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* un opio para adormecer inquietudes íntimas del espíritu. Conozco un erudito de los buenos, erudito en el mejor sentido de la palabra, y, sobre todo y ante todo, hombre cordial y juicioso, que en cierta ocasión me confesaba haberse entregado a la erudición para acallar desasosiegos, dudas y congojas de índole religiosa. Y es cosa que puede observar cualquiera, con cuánta frecuencia los eruditos, engolfados en averiguar lo que pensó Fulano o Zutano, o cómo expresó lo que pensara, no se cuidan del valor objetivo de ese pensamiento que investigan. Escriben una doctísima monografía sobre la doctrina acerca de la Trinidad en este o el otro oscuro teólogo, y ni por un momento les inquietan los terribles

problemas que de la consideración del dogma de la Trinidad surgen. Todo se les convierte en curiosidades paleontológicas, y no oyen, a través de los siglos, bramar de dolor o de amor al mastodonte.

Sí; la erudición suele ser con frecuencia una manera de huir de encarar la mirada de la Esfinge, poniéndose a contarle las cerdas del rabo. Se sume un hombre en la rebusca de curiosas noticias de pasados y luengos tiempos, por no encontrarse cara a cara con su conciencia que le pregunta por su propio destino y por su origen. Sé de un sujeto que, huyendo de la inquietud religiosa y temeroso de errar sin tino si se salía de la impuesta fe ortodoxa de sus padres, se dedicó a eruditísimas investigaciones sobre la liturgia. Y esto sí que es contarle las cerdas del rabo a la Esfinge.

Y ahora paso a tratar de otra cosa, y es de esa legión de hispanistas o hispanófilos extranjeros que, salvo raras y muy honrosas excepciones, no hacen sino despreciarnos a los españoles de hoy, en complicidad con algunos de nuestros paleontólogos de la literatura patria. Para la mayor parte de esos señores que en tierras de Francia, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, etc., escribe, no de nuestras cosas, sino de las cosas de

nuestros tatarabuelos, España acabó en el siglo XVII o el XVIII a lo sumo. Los vivos no existimos para ellos sino en cuanto poseedores de los cachivaches que heredamos de nuestros mayores.

Habitamos en unas interesantísimas ruinas, y se nos tilda de bárbaros cuando en una cruda noche de invierno arrancamos de ellas unas piedras para levantar una choza en que guarecernos. Debemos limitarnos a ser porteros de Museo. ¡Al cuerno con ellos!

En la cátedra de Lengua y Literatura castellanas de una Universidad extranjera se estaba leyendo, traduciendo y comentando, no hace mucho, ¿a que no lo adivina el lector?, las *Cartas marruecas,* de Cadalso, que ni tú, lector, ni yo, conocemos ni pensamos conocer; una obra perfectamente muerta del todo. Y menos mal que se corren algunas veces hasta Bécquer, Campoamor, Alarcón, Valera y aun a algún otro contemporáneo vivo, sobre todo si le asoman los huesos a flor de piel. Pero, por lo general, se atienen a la paleontología. Y para fósil ahí está Cadalso, de cuya existencia histórica no estoy, por lo demás, muy seguro ni pienso tomarme el trabajo de asegurarme de ella. Tengo en derredor muchos vivos que me interesan, para distraerme en desen-

terrar muertos que murieron del todo, y para siempre y sin remedio.

Dejemos a esos buenos señores que escriban la historia literaria de España, y, por nuestra parte, procuremos hacerla, hacer esa historia. Y dejemos nuestros huesos literarios a los eruditos de pasado mañana. Y Dios nos libre de que alguno de éstos tenga que desenterrárnoslos.

Pero aun peores que los eruditos propiamente dichos, es decir, los investigadores de primera mano, los rebuscadores, aunque sólo sea de fragmentos de muelas de fósiles, peores que ellos son los meros aficionados a la erudición, los escritores que van a citas siempre que pueden y barajan nombres, vengan o no a pelo.

Me da lástima esas personas que a cada paso se sienten obligadas a apoyar sus propias aserciones, aserciones de ordinario que no pasan de serlo de sentido común, en palabras de éste o del otro. Es un abismo de modestia que descubre otro abismo, no de modestia ya. Y es fuerte cosa eso de que las ocurrencias de un ingenio no hayan de tener importancia sino cuando son citadas por otro ingenio cualquiera. Un escritor suele no empezar a tener importancia sino cuando sus ideas, sus imágenes o sus desahogos y ocurrencias entran en los escritos de otro escritor cualquiera. Si

bien hay casos en que con el trasplante ganan.

Y esto me lleva, así como de pasada, a justificar el llamado plagio, que por lo común me parece más natural y más legítimo que no la cita. Porque así como no debe llamarse padre de un hombre al que se limitó a engendrarlo y hacerle venir al mundo, sino al que le crió, educó y puso en condiciones de que pudiese valerse por sí mismo, colocándole en el puesto que mejor le correspondía en el mundo, así no debe llamarse padre de una idea o una imagen al que primero la concibió, sino al que ha sabido colocarla en el puesto que entre las demás imágenes o ideas le corresponde, en el mundo imaginacional o ideal. A más de un sujeto se le ocurre una idea cuyo alcance y valor ignora, y otro que los comprende se la recoje, la prohija y le da lugar en un complejo de ideas, en un poema si es una imagen. Y así hay personas que con ideas propias hacen una obra vulgar, y otras que con ideas ajenas la hacen originalísima y muy propia.

Y ahora dejo a los eruditos para decir algo de otra especie afín: la de los críticos.

Un poeta insigne, un grandioso poeta, uno de los poetas más grandes que ha tenido Italia, Carducci, autor de maravillosos trabajos de erudición y de crítica, decía en el discurso que en 8 de

agosto de 1873 pronunció a la *Lega per l'istruzione del popolo,* estas palabras: «Abbiam levato la critica a un grado superiore, tra la scienza e l'arte; ne abbiam fatto quasi un'arte nuova, che sta da se e per se, la critica per la critica. Non solo siam vecchi, ma vogliam parer tali: a vent' anni cominciamo a scriver critica.»

Y siguen las cosas tan mal o peor que en 1873. Seguimos empeñados en hacer de la crítica un grado superior, entre la ciencia y el arte, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica; seguimos, no sólo siendo viejos, sino queriéndolo parecer, y comenzando por escribir a los veinte años crítica. Y desde que se puso en moda la crítica psicológica y otras garambainas, apenas se lee una crítica de un poeta hecha por otro poeta, crítica efusiva, poética, de entusiasmo o de indignación.

Cualquiera diría que cuando un poeta arranca de las entrañas de su espíritu un canto chorreando vida, no ha hecho sino dar a los críticos una pieza de estudio para que investiguen cómo se formó, cuáles son sus antecedentes, y hagan la historia clínica del poeta que la produjo. Con razón decía Kierkegaard—permítaseme hacer lo que soporto mal que otros lo hagan, en gracia a las pocas veces que lo hago—, con razón decía Kierkegaard,

después de haber comparado a los poetas con los desgraciados que se asaban a fuego lento en el toro de Falaris, y cuyos quejidos se trasformaban a los oídos del tirano en dulce música, que un crítico se parece a un poeta pelo a pelo, sólo que ni tiene tormentos en el corazón ni música en los labios.

Hay críticos verdaderamente horrendos, y el prototipo de ellos es acaso Max Nordau; el cual me hace el efecto de un ciego de nacimiento que, juzgando por el tacto, hace crítica de pintura. Cuando un cuadro le presenta una superficie lisa y fina, lo declara sano y razonable y bello; y cuando se le presenta rugoso y áspero a los dedos, lo reputa una extravagancia. Y si oye que este cuadro es alabado, declara loco de atar al que lo pintó, y no menos locos a los que lo alaban.

Y nada diré de eso de haber querido entrometer en la crítica artística y literaria esa horrible quisicosa que han dado en llamar sociología, y que, de ordinario, es el compendio más antiartístico y más iliterario de todas las patochadas que pueden ocurrírsele a un hombre cuando habla de las cosas que hacen los demás hombres.

Hay quien sostiene que un buen tabernero no debe beber vino; mas lo que parece, por lo menos, obligado en un buen tabernero, es que no se

emborrache. Y así, un buen crítico o un buen profesor de literatura no debe emborracharse tampoco con la poesía ajena que administra a sus lectores o discípulos. Si se entusiasma ante una oda, y en vez de hacer un docto análisis de ella rompiera en otra oda, como un pájaro responde con su canto al canto de otro pájaro, entonces los compañeros de oficio tendrían derecho a despreciarle. Por algo se dice que eso de la crítica es un sacerdocio, y el sacerdote no es un profeta, ni debe serlo, so pena de dejar de ser, por el hecho mismo, sacerdote. El sacerdote interpreta y aplica las profecías del profeta, pero en el fondo de su corazón le desprecia, lo mismo que un buen abogado debe sentir muy poco aprecio al legislador, que sería acaso incapaz de defender a un sujeto ante los tribunales. Dios habla por boca de un profeta como por boca de ganso, o por boca de la burra de Balaam, y es poco envidiable el ser ganso o burra. Un poeta dice lo que le da la gana, y un crítico no, pues la crítica es algo científico. Un buen crítico, un buen verdadero crítico, es decir, un crítico ungido y tonsurado como tal, y, sobre todo, un crítico que no sea más que crítico, debe sentir el más compasivo desdén hacia los infelices que le sirven de ranas o conejillos de Indias. Porque un poeta entona un canto como lo

entona un ruiseñor, pero suele ser tan incapaz de explicarse la génesis y el sentido de ese canto y su significación en la vida como el ruiseñor mismo.

Se ha hecho de la crítica, como decía Carducci, una arte nueva que se mantiene de sí y por sí, la crítica por la crítica. Lo natural sería que un hombre que se sintiese con facultades poéticas, pero sin acertar con los medios de manifestarlas, gozando con lo que otros hombres cantan y haciéndolo suyo por el goce, se dedicase a llamar la atención de los distraídos sobre esos cantos. Hay personas que son ante todo y sobre todo lectores, y su entusiasmo por lo que al leerlo se lo despierta, les lleva a escribir sobre ello, como uno que descubre una hermosa vista llama a su compañero, le tira del brazo, y mostrándosela le dice: ¡mira eso! El entusiasmo estético es comunicativo, y nuestro goce de una obra de arte se acrecienta y agranda cuando logramos compartirlo con otros. De aquí nace el buen crítico, el que es poeta a su vez, cante o no poesía. El goce de la poesía es algo activo, y el que se penetra de la hermosura de un poema puede ser por ello mismo tan poeta como el que lo compuso.

Pero hay críticos que no han ido de la poesía

así sentida y gozada a la crítica, sino que han venido de la crítica, de la crítica en sí y por sí, de la crítica por la crítica, a criticar poesía. Su vocación fué la de críticos, aun sin haber gustado poesía alguna, y lo mismo podían criticar poemas que suertes de toreo. Tienen la aptitud genérica de la crítica; nacieron con el consabido escalpelo bajo el sobaco. Su vocación ingénita es la de críticos, una vocación que sospecho debe de ser gemela de la vocación de sociólogo. El crítico y el sociólogo tienen muchos toques de hermandad.

Pero lo que debe desear todo poeta es ser respondido por otro poeta, pues al poeta sólo le siente el que lo es también. Como entender, le entiende cualquiera; pero concordar con él y al son de sus cantos sentir que vibran y cantan las cuerdas del propio corazón, esto sólo otro poeta. Y tal es el encanto que tienen las críticas que Marquina, pongo por ejemplo, suele publicar de vez en cuando; son críticas de poeta. Pues Marquina lo es, y verdadero, bastando para que así le llamemos su último ramillete de cantos, las *Elegías*, henchido de una poesía íntima, profunda, recojida y espiritual, en contraste con la elocuencia rimada que aquí pasa por poesía de ordinario.

Al concluir de leer este ensayo no faltará contador de las cerdas del rabo de la Esfinge —es alusión personal— que diga con un desdeñoso mohín descendente: ¡bah!, cosas de artículo de revista. Porque es de saber que para alguno de esos infladores de la ridícula leyenda del profesor alemán susomentada, esto de los artículos de revista, y mayormente de una revista que ni es académica ni tiene Consejo de redacción formado por doctores en Facultades, ni menos es revista de especialidad alguna, los artículos de las tales revistas son para el aludido algo perteneciente a un género inferior, algo a que no debe descender un profesor que se estime. En estos artículos dice uno lo que le da la gana.

Y aquí está el mal, en decir uno lo que le da la gana, en no apoyarlo en documentos, citas, noticias o testimonios de fuera. Esto no es más que capricho, esto no es sino aquello de

allá van versos donde va mi gusto,

esto no es sino pura arbitrariedad. Cuando se hace una de esas labores que un amigo mío llama objetivas—¡insigne pedantería!—; cuando se lleva a cabo un trabajo bien documentado, en que cada una de las aseveraciones va garantida y corro-

borada por bien establecidas pruebas objetivas —volvamos a lo objetivo—, entonces esa labor, ese trabajo, merecen la consideración de los eruditos y críticos sesudos. Pero cuando uno va dejando caer al buen tuntún y según se le ocurren, a la buena de Dios, las ocurrencias que le brotan, como maleza en el campo, en la mollera, entonces no merece se le tome en serio. Porque, ¡vamos a ver!, ¿qué valor tienen esas ocurrencias? Pues ni más ni menos que el valor que tenga el que las engendró. ¿Y vamos a reconocer valor a un hombre? ¡No y mil veces no! Los hombres no valemos nada; lo único que vale son los libros y, a lo sumo, las ideas. Los hombres no nos interesan; lo único que nos interesa es lo que dicen. Don Quijote, aquel singular hombre, aquel hombre acabado y entero, aquel hombre de fe y de esperanza, no nos interesa; lo interesante es el *Quijote*, el libro que para relatar la vida de aquel hombre escribió Cervantes, y son interesantes los giros de lenguaje con que éste la relató. Un hombre dice lo que le da la gana, y esto que dijo sólo tiene valor cuando lo repite o lo analiza otro, porque este otro ni lo repite ni lo analiza como le da la gana, sino que lo hace objetivamente—¡y dale al objetivo!—, sujetándose a lo que el otro dijo. Y si lo comenta como le da la

gana, entonces *¡vade retro!*, porque no hizo sino una sustitución personal, poniéndose él en el lugar del que primero dijo lo que le dió la gana. Al comentar yo como lo he hecho la vida de Don Quijote y Sancho, habrá quien diga: «Esto es como querer decirle a Cervantes: bueno, tú ya has dicho lo que querías decir; ahora me toca a mí».

Y así es. Y luego le toca a otro, y a otro, y a todos, y cada cual tiene tanto derecho como Cervantes o como yo a decir lo que le dé la gana; y si así se arma una algarabía en que nadie se entiende y volvemos al bendito y bienaventurado anarquismo intelectual medioeval, tanto mejor. Pues esa es la manera de empezar a entendernos de veras.

Y aquí concluyo. Concluyo con una conclusión poco consoladora, y es que en el fondo de esa actitud de los eruditos y críticos a que me he referido, no hay sino una cosa, y es un profundo embotamiento del sentido de la dignidad personal. No estiman al hombre por el hombre mismo, por lo que es en sí. Y así no aciertan a ver tras de los libros los hombres, sino que sólo ven tras de los hombres los libros. Tienen amasadas las almas con tipos de imprenta o con caracteres paleográficos.

Diciembre, 1905.

POESIA Y ORATORIA

AL final del sétimo de los veinticinco espléndidos discursos que componen la colección de los del gran poeta americano Juan Zorrilla de San Martín *(Conferencias y discursos*. Prólogo de B. Fernández y Medina, Montevideo, 1905), o sea al final del discurso que pronunció en el Teatro Real, de Madrid, en la fiesta celebrada a favor del «Dispensario de Alfonso XIII», hacia el 1892, decía el poeta así:

«Yo estoy persuadido, señores, de que así como hay estaciones del año en que los habitantes musicales del aire, aun aquellos que no abandonan nuestras regiones, desaparecen algún tiempo de entre nosotros para regresar, así desaparecen en ciertas épocas históricas los melodiosos habitantes del alma, los hijos de la vida afectiva. Hay bosques ocultos, aun en nuestros climas, aun a nuestro lado, en que se recogen los primeros, los pájaros

ahuyentados; hay pueblos encerrados en sí mismos, sustraídos a las influencias invernales, que sirven de refugio a los últimos, a los grandes ideales. Como ha habido bosques sagrados, no estercolados para la producción y habitados sólo por las visiones, también existen pueblos que conservan algo de sagrado, de no estercolado, en el fondo de su ser.»

Acabé de leer esto, y me dije: Pues nuestro pueblo debe de estar al presente muy estercolado, aunque no sé para qué clase de producción, porque los melodiosos pájaros del alma, los poetas, no hacen en él parada. Y menos que en otra cualquiera obra del espíritu se oye poesía en la oratoria. Debemos estar atravesando un invierno espiritual; los pájaros se han helado o han huído a climas mejores.

Hubo una época en que Castelar llenaba con sus cantos resonantes y melodiosos la oratoria española, y encantaba con ellos a nuestro pueblo. Pero fué pasando su primavera y la primavera de los que le escuchaban; pasó también el estío; llegó el invierno, y la voz castelarina se heló y se helaron los oídos de los que le escucharan. Y hoy es moda hablar con desdén de aquel género de oratoria, comparar a Castelar con Tamberlick o con cualquier otro cantante y preconizar yo no sé qué

oratoria que llaman severa y grave, sobria y desnuda.

Y esta tal oratoria, de que ahora se hacen tantos lenguas, es pura y sencillamente una oratoria esteparia, seca y árida, sin una flor ni una sola mata de verdura.

Castelar caía en gongorismo, es cierto, y abusaba de la imaginación con frecuencia; pero es que quien de algo abusa, es porque puede usar de ello. En cambio, los oradores que hoy se nos quiere hacer admirar como tales, no abusan de la imaginación, también es cierto; pero tengo para mí que es por carecer de ella. Cuando se les oye, el gesto, el timbre de voz, la entonación, la gallardía de la postura, podrán deslumbrar a los espíritus poco dueños de sí mismos; pero sus discursos son insoportables para ser leídos. No hay quien aguante su lectura. Yo, al menos, no la soporto.

Recuerdo una vez en que intenté leer cierto famoso discurso de cierto famoso orador parlamentario que había producido gran sensación con él. No pude acabarlo. No es que no lo digiriera, es que no lo pude tragar; me resultó indeglutible, no ya indigesto. Lo tuve que arrojar no bien encentado, pues era como si mascase serrín. Y es porque en aquel escueto y estéril sahara oratorio, en aquel

páramo pelado, no había ni una sola flor de imaginación. Ni una metáfora, ni una parábola, ni una sola gota de poesía. Y entonces pensé en cómo la más grande y la más duradera oratoria que conocemos, la del Evangelio, es enteramente poética. Los sermones de Jesús están divinamente tejidos con metáforas, parábolas y paradojas. La metáfora, la parábola y la paradoja son los elementos didácticos de las enseñanzas orales del divino Maestro.

Pero lo que sucede es que cuantos pasan hoy entre nosotros por grandes oradores son abogados, y no creo que haya, para secar las aguas de poesía que atesore uno en su espíritu, profesión más a propósito que la abogacía. Por donde pase el soplo de los autos, la imaginación se seca; no hay metáfora o paradoja naciente que no se ahogue bajo el peso del papel sellado. Y recuerdo que Guerra Junqueiro, el gran poeta portugués, pocas palabras pronuncia con más desdén que esta de: ¡abogacía! Y, es claro, estos abogados oradores, como abogados que son, abogan por su oratoria, y han pretendido erigir en preeminencia y superioridad de su escuela, sobre la escuela de la oratoria poética, lo que es un defecto de aquélla, de la abogacía: la falta de imaginación.

Zorrilla de San Martín es un poeta, un verda-

dero poeta, un gran poeta, un hombre que posee una imaginación riquísima al servicio de un sentimiento no menos rico que ella. Su poema *Tabaré* es uno de los pocos, poquísimos poemas escritos en lengua castellana cuya lectura he podido repetir, y en algunas de sus partes más de una y de dos veces. Zorrilla de San Martín es un gran poeta, o dicho sencillamente: es un poeta. Y basta. Porque de muy pocos puede decirse que lo sean de verdad.

Siendo Zorrilla de San Martín un poeta, su oratoria tiene que ser poética. Y en efecto lo es. Y así se explica que habiendo pronunciado seis de estos discursos en España —cinco en Madrid y uno en la Rábida— durante los años 1892 cuatro, uno en 1893, y en 1894 el otro, el nombre del gran poeta uruguayo no se hubiera hecho popular en nuestra patria. Llegó tarde; llegó cuando el verbo castelarino había tenido que emigrar a otros climas; llegó en invierno espiritual; llegó cuando ya empezaban a reinar los abogados de la oratoria, o mejor dicho, los oradores de la abogacía. Era un rezagado, uno que llegaba tarde, y como todos los rezagados, como todos los que llegan tarde, era un prematuro, uno que llegaba antes de tiempo. Y no digas, lector, que esto es paradoja. No, no lo es. El trasnochador de hoy

es el madrugador de mañana, porque el hoy y el mañana se juntan, y el que hoy llega el último, no tiene sino quedarse, y será el primero mañana. Las modas vuelven. Y lo que sobre todo vuelve es la poesía. El pájaro cantor que al acercarse el invierno no emprendió su vuelo unido a la bandada de sus compañeros, no tiene sino esperar en cualquier rincón, abrigado del frio, invernando como Dios le dé a entender, callándose, no sea que alguien le oiga y, prevaliéndose del frío, le cace a mano, y esperar a que sus hermanos vuelvan. Él les recibirá.

Por entonces apenas si oí hablar de Zorrilla de San Martín como de un orador, de modo que al leer estos discursos me he encontrado con que descubro un mediterráneo. Así lo creerán los que, habiendo oído por aquel año de 1892 a Zorrilla, lean ahora esta nota. Es fácil que para la necia superficialidad de nuestros auditorios—incluyendo los que pasan por más cultos—le perjudicara el acento americano; es más fácil que le perjudicase la estúpida prevención que en Madrid domina contra lo que de América viene. Que ésta es la pura verdad. Sea de ello lo que fuere, el caso es que después de leídos los discursos que Zorrilla de San Martín pronunció en Madrid en 1892, me sorprende que no llegara entonces a mis oídos su

nombre rodeado del prestigio de un verdadero orador, de un gran orador, de un orador poeta.

Zorrilla San Martín es católico y tal se confiesa; ha sido diputado católico en su patria. Uno de los discursos de esta colección lo pronunció en el tercer Congreso Católico Uruguayo, celebrado en Montevideo en noviembre de 1900; otro en la celebración de las bodas (¿con quién?) de plata del Club Católico de Montevideo; otro en la velada que en el Colegio Seminario de dicha misma ciudad se celebró en honor de León XIII, en junio de 1902, y otros en ocasiones análogas. En todos ellos, en el primero de los aquí citados sobre todo, tienen mucho que aprender nuestros católicos, y en especial esos que andan haciendo y deshaciendo de continuo esa quisicosa que llaman la unión católica.

Zorrilla de San Martín es católico. Y es, ante todo y sobre todo cristiano. Y nadie tome esto a redundancia, porque si hay muchos, muchísimos cristianos que no son católicos, hay también muchos, muchísimos católicos que nada tienen de cristianos. Hay muchos que del catolicismo se han quedado con lo que le es privativo y específico, con lo que le diferencia de las demás iglesias y confesiones cristianas; no pocos con su lastre pagano, arrojando por la borda o dejando de lado lo

que le es común con todas ellas; es decir, lo esencial. Y no faltan quienes pongan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia por encima de los de la Ley de Dios, pues conozco yo aquí un desgraciado fanático que dice a su criada que el dejar de oír misa un domingo es pecado más grave que robar siete mil *(sic)* duros. Merece que se los robe, porque la pobre mujer no deducirá de ahí lo grave que es dejar de oír misa en domingo, sino lo leve que es robar siete mil duros.

Digo, pues—y vuelvo a tomar el hilo—, que Zorrilla de San Martín es un cristiano, es un orador poeta y cristiano. Lo cual quiere decir que es un orador sagrado. Sí, lo es. Muchos de sus discursos me saben a sermones, pero a verdaderos sermones. Y cuando la oratoria profana, la abogacía, la hedionda abogacía, invade, como invade hoy, el púlpito, es un consuelo que la oratoria sagrada, que la unción, invada la tribuna civil.

Una de las cosas que echo de menos en los discursos abogadescos que por ahí se oye, es, aparte de la falta de imaginación que en ellos se observa, su falta de unción. Ninguno parece brotar del corazón; rara vez se llega a la comunión espiritual entre orador y oyentes. Todo aquello suena a hueco. Y por esto admiro yo las palabras que Zorrilla de San Martín pronunció en el atrio de la

catedral de Montevideo, sobre el cadáver de don Jacinto Vera, primer obispo de Uruguay. En esas palabras, como en otras pronunciadas por Zorrilla en otras ocasiones, hay unción.

Y es natural, el hombre que tan hondamente siente la religión y que ha sabido hundirse en las entrañas de su propia fe religiosa, y llegar en ellas a lo que esa fe tiene de común con las de todas las demás confesiones cristianas—y aun no cristianas—; el hombre que ha sabido eso por ser un poeta, un verdadero poeta, ese hombre tiene que sentir la patria religiosa y poéticamente, que es sentirla sobrepoéticamente, con una poesía sublimada a lo eterno. Y basta leer el discurso que este poeta religioso pronunció en la inauguración de la estatua de Lavalleja, el reconquistador. Este maravilloso discurso me recuerda otro discurso americano, maravilloso también: el que el gran Sarmiento—el escritor en lengua castellana que prefiero a todos los demás del siglo pasado—pronunció en la inauguración de la estatua al general Belgrano, primer caudillo de la independencia argentina. En el de Sarmiento hay más robustez y más doctrina política; en el de Zorrilla más visión poética y más entusiasmo; en ambos hay imaginación, que es lo que, ante todo y sobre todo, debe haber en todo discurso. Y eso que en

ambos se introduce algo, arteramente, la abogacía. Porque abogacía es el empeño de Zorrilla de convencernos de que la independencia del Uruguay es hija de una ley providencial, que la República del Uruguay tiene que ser por razones geográficas independiente, una nación subtropical y a la vez atlántica. Aquello de: «seríamos independientes con nuestra voluntad, sin nuestra voluntad y aun contra nuestra voluntad», es un buen arranque oratorio, pero de oratoria abogadesca. A sus oyentes, a los orientales que le oían, no necesitaba demostrarles la necesidad de la independencia patria.

Lo de aducir pruebas en favor de algo que el corazón demanda, puede provocar a comentarios como aquel de cierto sujeto que, al oír a un predicador jesuíta—orador abogadesco, por lo tanto— acumular pruebas de la existencia de Dios, decía: —¡Hum! Pone demasiado empeño en probárnosla, como si no estuviera muy seguro de ella—. Y también me recuerda ese empeño en dar a la patria uruguaya un fundamento geográfico e independiente de la voluntad histórica de los hombres, el empeño de un portugués, amigo mío, en demostrar que ya desde la época prehistórica, Portugal formaba, en cuanto a la raza que lo poblaba, algo distinto y aparte del resto de España.

O lo de aquellos catalanes que pretenden diferenciarse del resto de las demás castas españolas más que éstas entre sí, pretensión que de puro gratuita recae en lo ridículo.

Mas dejando todos estos tiquismiquis puramente digresivos, el caso es que el discurso de Zorrilla ante la estatua de Lavalleja es un modelo de discurso patriótico.

Un motivo especial hay para que nosotros los españoles nos sintamos agradecidos a Zorrilla, y es la elocuente simpatía con que se ha expresado siempre que ha tenido que hablar de la que llamamos madre patria, de España. Pocas veces se habrá expresado con más elocuencia que nuestro poeta orador lo hizo en la explanada del Monasterio de la Rábida el día 12 de octubre de 1892, cuarto aniversario de la partida de Colón para América, lo que es la nación hispánica, la *Hispania Maior,* «la persona Hispania», como el poeta decía. Aquella visión de la gran entidad humana, a modo de gigantesca nube que recorre los siglos, recuerda algunas de las imágenes oratorias de que gustaba otro orador católico: Donoso Cortés.

Refiriéndose a nuestra España, decía en aquella ocasión memorable Zorrilla de San Martín: «Hoy es su cumplesiglos; ella la descubridora, ella la conquistadora, ella la colonizadora, la grande.

Ella existía en la raza, cuando nosotros no habíamos nacido; ella es, pues, la madre, no la madre anciana, pues los pueblos no tienen edad mientras viven, sino la madre eternamente núbil. La América nació de una herida de gloria que esa España se hizo en el corazón. Sí, señores, hoy es día de justicias seculares. El descubrimiento de América, su conquista, su colonización, fueron un desgarrón de las entrañas de España; por esa enorme herida se derramó su sangre sobre el otro mundo, se fueron con ella muchas energías, que si hubieran quedado aquí, en este hermoso territorio, aquí hubieran dado sus frutos, engrandeciendo a esta nación, dándola prosperidad, como prosperan materialmente los hombres infecundos, los que no parten su pan con sus hijos no nacidos. Hoy hace cuatro siglos, señores, ganó la raza hispánica, pero perdió la nación española; y lo que ella perdió fué nuestra vida, fué nuestra herencia.»

Y seguía diciendo el poeta: «No seremos nosotros los americanos, señores, los que le reprochemos la genial locura que nos engendró: la decadencia es gloria en estos casos, como lo es la sangre perdida en la batalla gloriosa, como lo son las grandes cicatrices en el pecho, como lo es la santa palidez de la mujer convaleciente, después

de haber sido madre dolorosa de un hombre, que es también un mundo.»

No sigo copiando—y lo que sigue es no menos elocuente—porque presumo que no faltará lector que al leer lo trascrito se diga: ¡Sí, bien, retórica, retórica... lindas palabras! Y le salgo al paso y le digo: Pero ¿es que crees, lector avisado, que tan sobrados andamos de retórica, de buena retórica, quiero decir? ¿Es que tanto nos sobran las lindas palabras? Pues yo creo que no, y que todo eso que por ahí se dice de abuso de la elocuencia es una mentira más que hay que agregar a las muchas que circulan.

Yo os invito a que leáis las *Conferencias y discursos* de Juan Zorrilla de San Martín y me digáis después si habéis oído muchas veces una palabra más sostenidamente elocuente y en que hasta los lugares comunes oratorios, los tópicos retóricos más venerables por su antigüedad, hagan más el efecto de ser recién nacidos. Porque ésta es una de las grandes ventajas del poeta orador, y es que hasta las metáforas seculares se rejuvenecen en sus labios y parecen dichas por la vez primera. La originalidad no estriba en ser el primero en haber inventado esta o la otra metáfora, paradoja o parábola, este o el otro concepto: la originalidad estriba principalmente en el modo de

emplearlas, en la manera como las tramamos unas con otras.

Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que Zorrilla de San Martín no haya parido metáforas nuevas y metáforas hondamente poéticas, esplendorosas y musicales a la vez. Lo que eso quiere decir que es más padre de un pensamiento el que lo cría y lo pone en el lugar que en el mundo de los pensamientos mejor le corresponde, para que él luego se valga por sí y por sí viva, que no el que lo engendra o lo pare. Y así un orador, un verdadero orador, es aquel que con expresarse en la lengua misma en que hablan todos sus vecinos, sirviéndose de las mismas palabras de que ellos se sirven y construídas según la misma sintaxis con que ellos las construyen, parece, sin embargo, que va creando su lengua según habla, que las palabras florecen virginales en sus labios.

Y esto solo puede hacerlo el poeta; sólo el poeta es gran orador. Porque las palabras no son sagradas, no son puras, no son melodiosas, mientras no hayan pasado por el ritmo; palabra que no haya sido engarzada alguna vez con otras, en poesía, no es palabra de ley, de unción. Y es que así como el bieldo aventando la parva hace que el aire del cielo depure el grano, llevándose el tamo, y cae el dorado trigo que ha de hacerse pan,

así el verso, aventando el lenguaje, hace que se vaya el tamo de la palabra, que no resiste al ritmo, y quede el trigo dorado de ella.

Zorrilla de San Martín es un gran poeta, «el más grande poeta de la América Española» le llama el señor Fernández y Medina, prologuista de este libro, y por ser un gran poeta es un gran orador. Todo gran orador es, ante todo y sobre todo, un poeta, y todo poeta es orador, aunque sea orador mudo. En *Tabaré*, en este hermosísimo poema de Zorrilla San Martín, hay mucha elocuencia, elocuencia soberana.

No es cosa de entrar aquí en el examen de cada uno de los discursos y conferencias de que se compone la colección que motiva esta nota; eso sería prolijo e inútil. Además, eso sería crítica, en el sentido estricto de esta palabra, y la crítica es, principalmente, abogacía. Dejémosla.

Diciembre, 1905.

LA CRISIS ACTUAL DEL PATRIOTISMO ESPAÑOL

«A lo cual replicó el vizcaíno: ¿yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra cosa dices.»

(Del cap. VIII de la parte I del *Quijote*.)

EL motín de parte de la oficialidad de guarnición en Barcelona provocó en nuestra Prensa de cobardía y de mentira un estallido de antipatriótica patriotería, que no ha sido, en su fondo, sino un acto de adulación al incipiente dogma de la infalibilidad del sable.

Si la guarnición de Barcelona, toda ella, hubiera adoptado una actitud francamente revolucionaria; si, armados de todas armas y como en los antiguos y famosos pronunciamientos, hubieran amenazado con ocupar militarmente a Barcelona, y gobernarla ellos si el Gobierno no la gobernaba como creen que debe ser gobernada, en tal caso la protesta habría sido genuinamente

militar; pero tal como se ha llevado a cabo, aunque ejecutada por militares, no ha sido protesta militar, sino meramente un motín de oficiales.

Es fundamento de las sociedades civilizadas que nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano, y menos que otros cualesquiera aquellos a quienes se supone encargados de hacer cumplir, en última instancia, por la fuerza, los fallos de la llamada justicia. El sable, o se saca para dar con él de filo, o se le tiene envainado; para lo que no debe nunca desenvainarse es para dar con él de plano.

De todos modos, es uno de los más tristes síntomas de la anarquía que parece estar devorando a España, de esta anarquía desde arriba —y desde muy arriba— a que parece ha venido a parar aquella revolución, también desde arriba, que, como necesaria, proclamaba Maura.

Conviene ponerse en guardia, desde luego, contra la especie de que los militares sientan el patriotismo más vivamente que los demás ciudadanos, lo cual es tan falso como suponer que los sacerdotes sean más religiosos que los demás hombres, o que los profesores tengamos más amor a la cultura que los que no lo son. Hay que reaccionar contra la tendencia a que eso que se llama la religión del patriotismo asuma formas militares.

La cuestión de las formas de gobierno, y si es preferible la Monarquía o la República, es una cuestión casi escolástica y que no tiene sentido fuera de lugar y tiempo determinados. Una y otra forma, tienen, como enseñaba muy sabiamente Pero Grullo, sus ventajas y sus inconvenientes; pero entre los inconvenientes de la Monarquía es uno de los mayores el de que el jefe del Estado propenda a aparecer ante los súbditos, y a sentirse él en sí mismo, no ya como el primer ciudadano, puesto sobre todas las diferencias de clases, condiciones y profesiones, mas ni aun como el Sumo Sacerdote—cual sucedía en la antigüedad—, ni como el primer magistrado, sino como el jefe del Ejército. Aparece más como militar que como paisano, y su pueblo se compone más de paisanos que de militares; pertenece a una casta, en vez de estar sobre ellas. Su educación predominante, si es que no en el fondo exclusivamente militar, le hace un Soberano poco apto para el estado de paz, que debe ser el estado normal de las sociedades cultas.

Civilización se deriva de civil, y el lenguaje encierra muy hondas enseñanzas.

Otras muchas falacias pueden citarse al respecto, y entre ellas lo de reservar la frase de «dió su vida por la patria» para aquel a quien se

la arrebataron violentamente mientras sostenía, con las armas en la mano, el partido que el Gobierno de su patria le mandó sostener, como si no diera también su vida por la patria aquel que la consume día a día en servicio de su cultura y su prosperidad.

Si el sentimiento patriótico ha de sostenerse y perdurar teniendo por base capital la forma militarista de él, hay que confesar que al sentimiento patriótico le quedan ya pocas raíces en España y que acabará por borrarse.

Acaso en el fondo del choque habido en Barcelona no hay sino dos maneras de concebir, y más que de concebir de sentir la patria, y es una precipitación de juicio, y no otra cosa, el afirmar, desde luego, que los unos representaban el patriotismo, y el antipatriotismo español los otros.

Así como los teólogos acostumbran decir que niega un misterio quien niega la explicación que ellos dan del tal misterio, así es muy frecuente que en todos los órdenes, pues en todos domina aquí la especial manera de discurrir que llamaré teológica, se afirme que niega un hecho, un sentimiento o una idea el que niega la base que a ese hecho, sentimiento o idea le presta quien tal afirmación hace. El que para explicarse el orden moral necesita, o cree necesitar, recurrir a la doc-

trina del libre albedrío, acusa a quien niega que tal libre albedrío exista de que quita todo fundamento al orden moral y suprime, por lo tanto, el orden moral mismo.

Y así, tal vez ocurre que a quienes buscan asentar el sentimiento de la patria española sobre otras bases que las proclamadas por tradición, se les acusa de negar esa patria.

Se dirá que en ciertas regiones de España hay personas—muchas más de lo que se cree—que en su fuero interno reniegan de ser españoles. Yo conozco a muchos que se encuentran en este caso; pero sostengo que esos mismos, mientras creen renegar de ser españoles, reniegan, en realidad, de muy otra cosa, y añado que es en tales espíritus en los que están cuajando las más fuertes raíces del futuro patriotismo español, sin que ellos se percaten de semejante cosa.

Y que tal creencia no es en mí sino ya antigua, espero haber de probarlo con citas de escritos míos, y muy en especial con palabras del discurso que leí en Bilbao, mi pueblo en agosto de 1901.

Es indudable que el patriotismo tiene dos raíces: una sentimental y otra intelectiva. Hay la patria sensitiva, la que podemos abarcar con la

mirada, y que no se extiende en su origen más allá de nuestro horizonte sensible, y hay la patria intelectiva o histórica, la que se nos enseña a querer en la escuela, con relatos más o menos verdaderos. Son los dos polos del complejo sentimiento patriótico. Y como tengo escrito hace ya más de nueve años[1], se observa un fenómeno de polarización, «consistente en que van creciendo paralelos el sentimiento cosmopolita de humanidad y el apego a la pequeña región nativa. El regionalismo se acrecienta de par con el cosmopolitismo, a expensas del sentimiento patriótico nacional, mal forjado por la literatura erudita y la historia externa. A medida que se ensancha la gran Patria Humana, se reconcentra lo que aquí se llama patria chica o de campanario. Parece como que se busca en el apego al terruño natal un contrapeso a la difusión excesiva del sentimiento de solidaridad humana... Se concen-

[1] En el artículo *La crisis del patriotismo,* publicado en el núm. 6, correspondiente a marzo de 1896, de *Ciencia Social,* revista de sociología, artes y letras, que se publicaba en Barcelona, y de la que sólo aparecieron al público ocho números, pues del noveno se recojieron los ejemplares todos durante el vergonzoso período de las atrocidades de Montjuich y de los más disparatados procedimientos a que el miedo y la ignorancia pueden conducir a los hombres que tienen el ejercicio de la autoridad, sin ser capaces de ejercerla debidamente.

tra la *intuición* sensible de patria a medida que se abstrae el *concepto* de ella, lo cual quiere decir que no están en perfecta compenetración y armonía. Y no lo están, seguramente, por culpa de la presión coercitiva y bárbara que se ha empeñado en casarlas en la historia según intereses de clases.»

Desde que escribí esto, hace ya cerca de diez años, se me ha corroborado el sentimiento patriótico español por haber casado mucho más mi *intuición* patriótica, mi sentimiento primitivo y sensible de patria, es decir, el de mi patria chica, Bilbao, con el *concepto* patriótico deducido de mi consideración de la Historia de España. Y esto se ha cumplido merced a una noción de lo que el espíritu de mi pueblo nativo y el de mi casta vascongada pueden ser y significar en el concierto y el porvenir del espíritu nacional. Mas cuando escribí los citados párrafos, lo que todavía predominaba en mi espíritu era la conciencia de las profundas diferencias espirituales que separan a mi pueblo, al pueblo que me ha dado mi modo de ser, del pueblo entre que vivo y que ha dado hasta hoy tono y carácter a la cultura española.

Los ensayos que constituyen mi libro *En torno al casticismo*[1], publicados un año antes que el

[1] Publicado en el tomo I de esta colección.

citado artículo sobre *La crisis del patriotismo*, ensayos que son un ensayo de estudio del alma castellana, me fueron dictados por la honda disparidad que sentía entre mi espíritu y el espíritu castellano. Y esta disparidad es la que media entre el espíritu del pueblo vasco, del que nací y en el que me crié, y el espíritu del pueblo castellano, en el que, a partir de mis veintiséis años, ha madurado mi espíritu. Entonces creía, como creen hoy no pocos paisanos míos y muchos catalanes, que tales disparidades son inconciliables e irreductibles; hoy no creo lo mismo.

En el fondo del catalanismo, de lo que en mi país vasco se llama bizkaitarrismo, y del regionalismo gallego, no hay sino anticastellanismo, una profunda aversión al espíritu castellano y a sus manifestaciones. Esta es la verdad, y es menester decirla. Por lo demás, la aversión es, dígase lo que se quiera, mutua.

Castilla ha sido durante siglos, y sobre todo desde los Reyes Católicos, el eje histórico de la nacionalidad española; Castilla ha impreso su sello a las letras, a las artes, a la filosofía, a la pseudo-religión, a la política española. Aunque todos hayan podido participar legalmente de la gobernación del Estado, todo se ha hecho a la castella-

na—y entiéndase de ahora para en adelante que llamo castellanos a aragoneses y andaluces—, y por culpa principalmente de los no castellanos, que, presos de otras preocupaciones, descuidaban la de hacerse sentir en la marcha política y en la cultural.

Y de tal modo es así, que cuantas descripciones—algunas ya clásicas—del español corren por Europa, apenas pueden aplicarse sino al castellano. No ha mucho leía yo en un libro interesante de Frank Wadleigh Chandler, norteamericano, sobre la novela picaresca *(Romances of roguery; an episode in the history of the novel*, by Frank Wadleigh Chandler, New-York, 1899) este tremendo pasaje: «El español obra, pero rara vez siente; pasa y repasa por la escena, pero apenas quiere. Hay en él todavía algo del muñeco mecánico movido por un principio automático», y ello me pareció no muy lejos de la verdad si en vez de español dijera castellano. Porque, en efecto, si alguna impresión deja la genuina literatura castellana—y tomo la literatura como el más genuino espejo del espíritu—, es una impresión de sequedad, de falta de jugo afectivo, de escasez de sentimientos, y hasta es frecuente que al confesarlo quieran cohonestar tales deficiencias llamando sentimentalismo a eso que les falta, o bur-

lándose como de algo indigno de los nietos de aquellos duros conquistadores e insensibles tercios, de los suspirillos germánicos o de otras manifestaciones análogas.

La verdad debe decirse siempre, y en especial cuando más inoportuna parece a los prudentes mundanos, y la verdad es que la actitud de esos catalanes y vascos culpados de separatistas, no procede tan sólo de hostilidad o aversión a los Gobiernos y a los políticos. Se dice, y muchos de ellos lo dicen, que no es contra la nación española contra lo que protestan, sino contra el Estado, contra la actual organización política de éste. Y la verdad es que se sienten inadaptados e inadaptables, no sólo a la organización política española, sino a su sociabilidad, a su manera de ser, manera de ser fuertemente influída por la predominancia hasta hoy de una de las castas que hacen la nación.

Sienten aversión, y la siento también yo, hacia casi todo lo que pasa por castizo y genuino: los modales, los chistes—esos horribles chistes del repertorio de los géneros chico e ínfimo—, la literatura, el arte—sobre todo la odiosa música que se aplaude en los teatros por horas—, la navaja, los bailes, la cocina con sus picantes, sus callos y caracoles y otras porquerías; los toros, espec-

táculo entontecedor por el que siento más repugnancia desde que se ha declarado cursi el pronunciarse contra él, etc., etc. Es una oposición íntima y de orden social.

¿Puede desaparecer? No: no puede desaparecer tan aínas. Ni puede ni debe, porque esa íntima oposición, de orden cultural, es conveniente para los unos y para los otros.

Las únicas uniones fecundas son las que se hacen sobre un fondo, no ya de diferencia, sino de oposición. Un Parlamento sólo es fecundo cuando luchan de veras entre sí los partidos que lo componen, y el nuestro es infecundo porque en él no hay semejante lucha, sino que todos se entienden entre bastidores y salen a las tablas a representar la ridícula comedia de la oposición.

Hay que luchar, y luchar de veras, y buscar sobre la lucha, y merced a ella, la solidaridad que a los combatientes une. Se entienden mucho mejor las personas y los pueblos, y están más cerca de llegar a un cordial acuerdo, cuando luchan leal y sinceramente entre sí. Y es indudable que harían un grandísimo servicio a la causa del progreso de España, a la de su cultura, y se lo harían muy grande a sí mismos, si, tanto catalanes como castellanos, vascos, gallegos, etc., mostrasen su oposición a todo lo que les repugna en el

modo de ser de los otros y procurara cada una de las castas imponer a las demás su concepción y su sentimiento de la vida.

Y aquí entra el examinar lo que, tanto el catalanismo como el bizkaitarrismo, tienen de censurable.

Lo malo de ellos es su carácter de egoísmo y de cobardía. En vez de ser defensivos debían hacerse ofensivos.

«España se hunde—me decía un catalán catalanista—, y nosotros no queremos hundirnos con ella, y como no queremos hundirnos, hemos de vernos precisados a cortar la amarra.» Y le contesté: «No; el deber es tirar de ella y salvar a España, quiera o no ser salvada. El deber patriótico de los catalanes, como españoles, consiste en catalanizar a España, en imponer a los demás españoles su concepto y su sentimiento de la patria común y de lo que debe ser ésta; su deber consiste en luchar sin tregua ni descanso contra todo aquello que, siendo debido a la influencia de otra casta, impide, a su convicción, el que España entre de lleno en la vida de la civilización y la cultura.»

Entre Castilla y Cataluña ha habido un lamentabilísimo y vergonzoso pacto tácito. La primera ha sido tributaria económica de la segunda, a

cambio de que ésta sea tributaria política de ella, y siempre que los Gobiernos, radicantes en Castilla e influídos por el ambiente castellano, han cedido a las exigencias económicas de Cataluña, o más bien de Barcelona, los catalanes, distraídos en su negocio, no se han cuidado de imponer en otros órdenes de la vida su manera de sentir ésta. Han vendido su alma por un arancel.

Cada hermano tiene el deber fraternal de imponerse a sus hermanos, y cuando se siente superior a ellos, no debe decir: «¡ea!, yo no puedo vivir con vosotros y me voy de casa», sino que debe decir: «¡se acabó!, aquí voy a mandar yo», y tratar de imponer su autoridad, aunque por tratar de imponerla le echen de casa.

Cada una de las castas que forman la nación española debe esforzarse porque predomine en ésta y le dé tono, carácter y dirección el espíritu específico que le anima, y sólo así, del esfuerzo de imposición mutua, puede brotar la conciencia colectiva nacional.

Tal fué el sentido de mi discurso de los Juegos Florales de Bilbao, en agosto de 1901, y entonces resultó que disgusté con él a aquellos mis más próximos hermanos, a quienes les dije: ¡imponeos!, y me fué aplaudido por aquellos otros cuya

manera de sentir y hacer la vida nacional quisiera que desapareciese de España.

Entonces dije a mis paisanos:

«Si queremos hacer valer nuestra personalidad, derramémosla, estampando su sello en cuanto nos rodea. Hagamos como aquel a quien le sobra... Tengamos también los vascos nuestro imperialismo, un imperialismo sin emperador, difusivo y pacífico. Revasemos de la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la única, a la gran Patria humana... Las murallas chinescas, materiales o espirituales, totales o parciales, son de pueblos que han perdido la fe en sí mismos.»

Era condenar el separatismo, total o parcial; pero era predicar la necesidad de imponernos.

Y más adelante:

«La historia española se ha desquiciado, o trasquiciado más bien; ha de cambiar de goznes. Ha sido durante siglos centrífuga, tiene que ser ahora centrípeta; al tipo motor ha de sustituir el sensible.»

Hay que sacar, en efecto, la vida política española del gozne castellano, del espíritu que obra, pero rara vez siente, del que pasa y repasa por el escenario movido de resorte automático, y hay que darle otros.

Y luego añadí unos párrafos en que hablaba de lo maltrecho que quedó don Quijote de su encontronazo con Robinsón y de la necesidad de curarle, encerrándole en el centro, apretando a éste con la periferia. Hoy me siento obligado a rectificar esto, pues una mayor familiaridad con don Quijote me ha enseñado que su espíritu emigró de Castilla, de la España Central, y si en alguna parte está en la Península—fuera de ella alienta en buena parte de América—, es en mi país vasco. Así lo he visto al componer mi *Vida de don Quijote y Sancho*, en la que se trasparenta cómo la meditación de la vida del Caballero de la Fe me ha dado conciencia de lo que ha de esperarse de mi raza vasca.

Lo que en aquel mi discurso sublevó a mis paisanos fué el proclamar lo que todos ellos saben y reconocen: que el vascuence se muere sin remedio. Se muere y se debe morir, porque su muerte y la adopción por mi pueblo de un idioma de cultura es el único medio para llevar a la cultura común nuestro espíritu y perpetuarlo en ella. Necesitamos hablar castellano, ante todo y sobre todo, para imponer nuestro sentido a los demás pueblos de lengua castellana primero, y a través de ellos, a la vida toda histórica de la Humanidad.

Frente a todos los que en mi país se pronun-

cian contra la invasión de los *maquetos*, de los castellanos, decía:

«¿Qué es eso de invasores? ¿No lo somos nosotros? Si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que os absorban, absorbed; todo menos cerrar las válvulas y permanecer aislados. No guardéis una absurda virginidad de raza que nos prive de la maternidad, de la paternidad más bien. Padres, sí; que en este inevitable y fecundo encuentro de pueblos, seamos el varón, no la hembra. Tened, además, en cuenta que hay que acabar y completar la obra de la reconquista española, desarraigando las taifas que aun nos quedan, extirpando el beduinismo.»

La cobardía del bizkaitarrismo, egoísta y defensivo, no oyó sino que se tocaba a un ídolo, y a un ídolo en que no se cree ya, y protestó ruidosa de quien les decía: «¡Id y conquistadlos!» Y al ver que ellos protestaban, los otros, los maquetos, aplaudieron, y no por patriotismo español, sino para desahogar su sorda inquina a Bilbao. Esta es la pura verdad.

Y más tarde, cuando he recordado la frase de un catalán de que el vasco es el alcaloide del castellano, no ha faltado quien creyese que hablaba yo humorísticamente, y no es así. No es así, sino que creo de verdad que al protestar no pocos en

mi país contra lo que llaman el españolismo, protestan contra la íntima desespañolización de España; creo que es el espíritu de don Quijote, desterrado de la tierra en que nació su cuerpo, el que refugiado en las montañas de mi tierra protesta de los bachilleres, los curas y los barberos que se han hecho dueños de la suya.

¡Extirpar el beduinismo! ¡Desarraigar las taifas! He aquí la grande, la noble, la patriótica tarea de todos los que, o en público o en privado, hablan de cortar las amarras. Si quieren salvarse cortando éstas, se perderán; si en vez de esforzarse por tirar de la cuerda y arrastrar tras de sí a los otros, se ocupan en cortarla, como el impulso está dado, se irán, con la cuerda cortada, a hundirse donde se hunda el que con ella les tiraba.

«El que quiera salvar su alma, la perderá», dice paradójicamente el Evangelio. Y sólo salvará su alma el que se cuide de salvar la de los demás. El que trate de defenderse de otro y de evitar ser por él manejado y regido, será regido y manejado por él. Para evitarlo, no tiene sino un camino, y es tratar de manejar y de regir al que con él quiere hacerlo.

Si, como se dice en España, los vascos, por una u otra razón, mostramos mayor capacidad para la administración pública que los demás pueblos de

la nación, no debemos contentarnos con el especial régimen administrativo-autonómico, sino que debemos tender a apoderarnos de las riendas administrativas españolas y administrar a los demás, ya que ellos no saben hacerlo, y enseñarles cómo se administra.

Si, como yo creo, el pueblo vasco es en España el pueblo más capacitado hoy para la íntima vida de la cultura espiritual, no gozará de ésta mientras no trate de adquirirla, esforzándose por imponérsela a los demás pueblos que con él conviven la vida española.

Sean cuales fueren las deficiencias que para la vida de la cultura moderna tenga el pueblo castellano, es preciso confesar que a su generosidad, a su sentido impositivo, a su empeño por imponer a otros sus creencias, debió su predominancia. Lo dije en Bilbao, en la ocasión citada: «Cuando tenía España vastos dominios allende los mares, predominó y debió predominar Castilla, el pueblo central, el más unitario y más impositivo, sí, pero el menos egoísta... Gran generosidad implica el ir a salvar almas, aunque sea a tizonazos.»

Por de pronto podré irritarme contra el que me viene con la pretensión de salvarme, aun a mi pesar; pero luego que reflexione, habré de agradecérselo, viendo que me considera como a herma-

no, y en cambio, jamás cobraré afecto al mercader que me deja ser como yo sea y respeta hasta lo que en mí cree más pernicioso para mí mismo, con tal de explotarme y tenerme de cliente.

Hay que tener, además, en cuenta que, hasta vista la cosa egoístamente, formamos todos parte de un mismo organismo nacional, y los males de un extremo obran sobre los bienes del extremo opuesto. La mala administración, o la incultura, o el caciquismo, o la ramplonería, o la idolatría de una región, llevan su estrago a otras regiones. Y cuando en una región anida la peste, de nada sirve acordonarse contra ella; es menester ir allá y acabar, de un modo o de otro, con la peste ésa. Aunque se muera de ella.

O salvarse todos o hundirse todos. Tal es la única divisa que puede llevarnos a la salvación común. El que quiera salvarse dejando que su hermano se hunda, se hundirá también con él.

A la voz inhumana e impía de «¡sálvese quien pueda!» hay que sustituir la de «¡salvémonos todos!» Y para ello imponerle al prójimo su propia salvación cuando él por sí no la conozca o la equivoque.

Y no sirve sutilizar sobre la hermandad. Son hermanos los que han nacido bajo un mismo techo, y viven en una misma casa, aunque no sean hijos

naturales del mismo padre. Y la nación española es una casa que nos ha cobijado a todos y a cuyo amparo nos hemos hecho lo que somos cuantos pueblos hoy la constituímos.

Por dos veces en el pasado siglo fueron la región vasco-navarra y la levantina (Cataluña y Valencia) los focos de un espíritu que, armado, trataba de imponerse a casi todo el resto de España. Algo debe enseñarnos el hecho de que en las dos guerras carlistas fueran sus hogares los hogares hoy del movimiento regionalista.

El alma del carlismo está, creo, por estudiar; las pasiones de un bando y del otro impiden que se haga ese estudio serenamente. Cuando en mi novela *Paz en la guerra* intenté escudriñar algo del alma del carlismo, no faltó quien me dijo que simpatizaba con éste.

Se acaba siempre por simpatizar con todo aquello que se estudia serenamente y sin prejuicios.

Me parece difícil, dificilísimo, que se forme claro concepto del fondo del carlismo aquí, en el fondo de España, en las mesetas, donde no lo ven sino por su aspecto más externo y pegadizo, por el aspecto que se llama, sin serlo, religioso. El sentido ultramontano, neo, clerical o como quiera

llamársele, se lo dió al carlismo la influencia histórica castellana. Y ese sentido es el que le impidió vencer.

El carlismo fué, en lo que le dió honda vitalidad, una protesta contra el liberalismo absolutista y huero, contra el estado de cosas que surgió del predominio de la burguesía creada por la desamortización—y no porque los bienes desamortizados lo fueran de la Iglesia, sino porque con ellos se corroboró y fomentó el odioso régimen económico actual—contra el leguleyismo, contra la manía uniformadora y centralista, contra todo lo que fué hacer una nación categórica y a la francesa.

También en el país vasco hubo liberales, y muchos y buenos; pero, si bien se mira, aquellos liberales estaban, en general, más lejos de los liberales del interior que de los carlistas contra quienes combatían.

Al tradicionalismo vasco y al catalán le perdió, aparte del íntimo egoísmo, de su timidez defensiva, el haber confundido su causa con la causa de los apostólicos esteparios, de los inquisidores del interior. La vieja fórmula unitaria castellana, la de la alianza del altar y el trono, de la cruz y la espada, fué la que mató todo lo que de hondamente democrático, de radicalmente liberal había en el fondo del carlismo vascongado. De aquel le-

ma «Dios, Patria y Rey» se encontraron con que en vez de Dios le daban un ídolo y con que el Rey era el Rey que atentó siempre contra las libertades por que peleaban. Han quitado el Rey y han puesto Dios y fueros *(Jaungoikoa eta legezarrak);* pero aun no han cobrado conciencia ni de su Dios ni de sus fueros, y disponen de un Dios prestado, que monopoliza una clase, y no saben sus fueros.

La grave dolencia del carlismo fué eso que se ha llamado integrismo, ese tumor escolástico, esa miseria de bachilleres, canónigos, curas y barberos ergotistas y raciocinadores, todo lo que halló un verbo en el gran retórico y no menor charlatán Marqués de Valdegamas, el apocalíptico.

Hoy el carlismo no es, en mi país por lo menos, ni sombra de lo que fué. No creen en él ni los mismos que dicen profesarlo. Ha perdido su fuerza: su fe. Su alma de vida, su sustancia vivífica, se fué al bizkaitarrismo.

Y este mismo padece, como padece el catalanismo su hermano, de eso que llamamos espíritu reaccionario, y que sería mucho más sencillo llamar espíritu católico. Lo que llaman por ahí clericalismo, el ultramontanismo, lo que los jesuítas llaman el reinado social de Jesucristo—y que es todo lo contrario de ello—,el sentido político católico, en

fin, se ha apoderado del movimiento regionalista catalán y vascongado. Y es hasta ahora en vano cuanto por libertarlo de eso ha hecho lo que en Barcelona llaman la izquierda del catalanismo.

Y ha sido en vano, porque esa izquierda, a su vez, carece hasta ahora de ideal y de sentimiento religioso con el que infundir vida al movimiento que trata de encauzar. Las hondas tendencias del espíritu vasco y del espíritu catalán buscaron apoyo, luz y calor en el sentimiento religioso, y tuvieron que apoyarse en el sentimiento religioso de la religión tradicional. Así se fraguó el carlismo.

Mas no por ello creo se deba afirmar que el carlismo es esencialmente católico. No; ni es esencialmente católico, ni es tampoco *carlista,* en la restringida significación de este término. Lo cual quiere decir que el *alma mater*, que el íntimo resorte de vida, que la sustancia perdurable y esencial, no era ni su ortodoxia ni su monarquismo. Todo lo que justificaba al tradicionalismo—vale más llamarle así que con ese mezquino nombre de carlismo, derivado del nombre propio de un Pretendiente de alma extranjera y nada carlista—quedaría en pie, y por quedar más libre quedaría más fuerte, más puro, más fecundo, desligándole de su falsa alianza con el altar y el tro-

no de los destronados. Tal alianza le perdió, y alianzas análogas perderán a sus herederos: el nacionalismo catalán y el vasco.

Si el catalanismo y el bizkaitarrismo no se limpian de su conservatorismo y su eclesiasticismo fracasarán en su inconciente intento de reconstruir la patria española sobre otras bases, o, mejor dicho, sobre las viejas bases, sobre sus primitivos cimientos históricos: los anteriores a los Reyes Católicos y a las Casas de Austria y de Borbón. Y le llamo a ese intento *inconciente*, porque, tanto catalanistas como bizkaitarras creen —aunque no siempre lo confiesen en público— que no conspiran a reconstruir, sino a destruir la nación española. Mas les sucede lo que a Mefistófeles, que queriendo hacer el mal producía el bien. Así ellos.

El sentido católico-conservador busca aislar a los pueblos, separarlos, levantar murallas entre ellos. La Iglesia no ha visto nunca con buenos ojos las grandes nacionalidades, y recuerda con melancólica añoranza aquella edad media en que, disgregados y divididos los pueblos en pequeños Estados, era ella el único poder que los unía y resolvía sus diferencias. La Iglesia fué siempre enemiga del Imperio; lo es de todo Imperio.

«No enseñéis a vuestros hijos castellano—decía

un cura en mi país—, porque el castellano es el vehículo del liberalismo.» Y por razón análoga he oído condenar los ferrocarriles y entonar himnos a la santa ignorancia y a la primitiva sencillez paradisíaca.

Y a esto se une la parte de la burguesía adinerada que ve más claro su propio interés, y fomenta en el límite en que le conviene todas las tendencias al exclusivismo y al aislamiento.

Y no hay pueblo que conserve su personalidad aislándose. El modo de robustecer y acrecentar la propia personalidad, es derramarla, tratar de imponérsela a los demás. El que se está a la defensiva perece al cabo.

Se habla mucho de la religión del patriotismo; pero esa religión está, en España por lo menos, por hacer. El patriotismo español no tiene aún carácter religioso, y no lo tiene, entre otras razones, por una, la más poderosa de todas ellas, y es que le falta base de sinceridad religiosa. Nada puede sustentarse sobre la mentira.

Es la raíz de las raíces de la triste crisis por que está pasando España, nuestra patria. Todo se quiere cimentar sobre la mentira; una cosa se dice entre bastidores y otra en el escenario. Concretándonos a un orden, al orden político, acaso es-

tábamos respecto a él en vías de salud, con sólo que se dijese en el Salón de Sesiones todo lo que en los pasillos se dice; absolutamente todo. Y lo mismo pasa en los demás órdenes.

Cuéntase que el apóstol Juan el Evangelista, siendo ya viejo, no hacía sino repetir a sus discípulos, a modo de estribillo, estas palabras: amaos los unos a los otros. Aquí se hace preciso ir por campos y plazas, por montes y valles, por hogares y sitios públicos, repitiendo esto: «decid siempre en voz alta lo que penséis en silencio.»

El encono entre los combatientes cesa así que pueden verse los unos a los otros desnudas las almas; siguen combatiendo entonces, pero combaten con amor. Pues cabe amor entre los adversarios, y el amor los junta muchas veces en la pelea. Por amor hacia mi prójimo trato de hacerlo a mi imagen y semejanza; por amor a mí, trata mi prójimo de hacerme a su imagen y semejanza.

Hay en el fondo del catalanismo y del bizkaitarrismo mucho de noble, de puro, de elevado, y tratando de descubrirlo y ponerlo a luz es como se combate mejor contra todo lo que de innoble, de impuro y de bajo tengan, como toda clase humana tiene. Y ellos, a su vez, esos dos movimientos, no darán lo que deben dar sino rompiendo la mezquindad del egoísmo defensivo.

Castilla ha cumplido su deber para con la patria común castellanizándola todo lo que ha podido, imponiéndole su lengua e imponiéndosela a otras naciones, y ello es ya una adquisición definitiva. El deber de Cataluña para con España es tratar de catalanizarla, y el deber para con España de parte de Vasconia, es el de tratar de vasconizarla.

Sería la ruina más completa de la patria el que continuaran apareciendo como los heraldos del patriotismo, los que quieren hacer españoles a palos o los políticos traviesos que han usado del poder para corroborar el beduinismo, cuya fórmula es: «soy amigo de mis amigos.»

Cuando se ve que nuestros fraguadores de opinión no aprenden; que, fieles a la cuarteta de

Procure siempre acertarla
el honrado y principal;
pero si la acierta mal,
defenderla y no enmendarla,

se disponen acaso a repetir los procedimientos que nos llevaron a nuevas mutilaciones de la nación; cuando se ve que no se quiere llegar a la raíz del mal, entonces, frente a los que movidos por resorte automático, obrando, pero no sintiendo, repiten: ¡palo! ¡palo! ¡palo!, hay que decir la verdad y repetirla siempre, repetirla sobre

todo ante el palo, antes que nos peguen, cuando nos peguen, después que nos hayan pegado: ¡Verdad! ¡Verdad! ¡Verdad!

La verdad puede más que el palo. Antes romperá la verdad al palo que el palo a la verdad. Y la verdad es lo que se siente. El que lleno de fe en un principio lo proclama, dice la verdad, aunque su verdad no lo sea para los demás; el que sin creer en un teorema matemático lo repite, miente.

Yo he dicho mi verdad, y no es ya cosa mía si es o si llega a ser la verdad de otros.

Diciembre, 1905.

SOBRE EL RANGO Y EL MÉRITO

DIVAGACIONES

ME ha llamado muchas veces la atención el oír exaltar las prerrogativas de la autoridad y del orden y maldecir de la anarquía a personas no nada ordenadas y sí muy anárquicas, aunque no anarquistas. Y he dado en inquirir si por debajo de ese miedo a la anarquía no hay alguna otra cosa, y si no es algo distinto de la anarquía misma lo que más se teme por ellos. Y creo haber llegado a una solución.

Me parece, en efecto, que no es la anarquía misma, sino el nuevo orden y la nueva autoridad que de sus entrañas surgieran, lo que más se teme. No es de una revolución francesa, con su reinado del terror y su guillotina, de lo que se huye y lo que se trata de evitar: es del imperio napoleónico que tras ella viene.

—¿Y por qué este imperio?—se dirá. Orden por orden y autoridad por autoridad, poco se va

de la de Luis XVI a la de Napoleón Bonaparte. Pero es menester no perder de vista que Luis XVI debía su realeza al azar del nacimiento, mejor dicho, a la sociedad francesa toda, y que su autoridad y rango eran completamente independientes de sus prendas personales y de su mayor o menor capacidad para ser rey, mientras que Napoleón debía su imperio, ante todo y sobre todo, a sí mismo, a su propio genio. Y es de lo que se huye, de que vaya a recaer la autoridad y el rango en los más capaces.

Lo que tiene de más terrible una revolución para muchas gentes—aunque estas mismas gentes no sepan darse clara cuenta de por qué les aterra la revolución tanto—es que trae consigo el que escalen los puestos y cargos los más audaces, los más vivos, los más astutos, los más inteligentes, los más resueltos, todos aquellos, en fin, que se encuentran mejor dotados naturalmente para prevalecer en la lucha. En período revolucionario, y tanto más cuanto más anárquico sea éste, hay menos probabilidades que en el curso de nuestro orden ordinario de que un insignificante ocupe un cargo o ejerza autoridad precisamente en virtud de su insignificancia misma.

Y obsérvese de paso lo de *orden ordinario,*

que parece una redundancia, algo así como sistema sistemático, y sin embargo no lo es, pues hay orden extraordinario, y hasta orden inordinario.

No quiero decir que las cualidades que le lleven a un hombre al mando en efervescencia anárquica, sean cualidades moralmente buenas ni convenientes para el bien de la sociedad; lo que quiero decir es que cuantos se sienten insignificantes y borrosos, ven que se les desvanecen las probabilidades de que sean premiadas su insignificancia y borrosidad, y tiemblan, además, de que un hombre que se siente rey por dentro, rey por verdadero derecho divino, llegue a sentarse en el trono. Porque es lo que se dicen: si a su fuerza natural une el mando que la sociedad le da, ¿a qué no ha de atreverse?

Apenas hay quien no reconozca las desigualdades sociales, y cómo la sociedad eleva a los ineptos y deprime a los aptos. El tema de las injusticias sociales es inagotable; es una canción que se está recomenzando a diario. Pero en el fondo, la mayoría de los hombres, unos con entera conciencia de ello y otros sin tal conciencia, sienten que las desigualdades sociales son a modo de una compensación de las desigualdades naturales. Cierto es que si un pobre obrero tiene un

hijo fuerte, robusto, inteligente y decidido, este muchacho podrá no hacer carrera, y hasta morirse de hambre o poco menos, mientras vive y triunfa el hijo de un millonario, aunque haya nacido débil, tonto e irresoluto. Pero es lo que las gentes piensan: ¿y qué culpa tiene éste de haber nacido débil, tonto e irresoluto, y qué mérito aquél en nacer robusto, inteligente y decidido? Cierto es que si a un cabrero le nace un hijo genio, podrá éste morir guardando cabras y sin haber dado a la sociedad los frutos que de él podían haberse esperado, y en tanto, dirija a los espíritus una discreta medianía, porque su padre le puso en las mejores condiciones para ello; pero esto no es más que una compensación a la arbitrariedad de la naturaleza, que hizo nacer genio al hijo del cabrero y medianía al hijo del personaje.

Debo, antes de pasar adelante, advertir al lector que si aquí hablo de oposiciones entre la sociedad y la naturaleza, no es porque estime que sea aquélla algo que se da fuera de ésta. La sociedad es también naturaleza, sin duda alguna, y tan natural como la que llamamos así por antonomasia. La plaza de una ciudad, formada por soberbios edificios levantados por mano de hombre, es tan natural como la selva primitiva a que

jamás pisó planta humana. El oponer la sociedad a la naturaleza, discurriendo como si aquélla fuese algo distinto de ésta, que se rige por otras leyes—hay quien las cree opuestas a las otras—y conspira a otros fines, es, sin duda, uno de los errores más fecundos. Es el error que palpita en el fondo de las concepciones anarquistas y de los ataques a la autoridad. La autoridad podrá suprimirse cuando los lobos dejen de comer ovejas. Y si se me dijera que puede acabarse con los lobos en bien de las ovejas, y que puede llegarse a la visión de Isaías de un siglo de oro en que el león coma, como el buey, paja, entonces llegará la vez de quejarse en nombre de la paja, de las humildes yerbas y plantas que los herbívoros comen, y habrá que suprimir también a éstos.

Las desigualdades sociales son, en el fondo, tan naturales como las que llamamos naturales, y en la mayoría de los casos provienen éstas, en el hombre se entiende, de causas sociales. Si nació genio aquel hijo de cabrero de que hablaba, fué acaso precisamente por ser cabrero su padre; y si el personaje engendró una medianía, la engendró tal en virtud de su personajería misma. Querer separar lo natural de lo social en las cosas humanas es la empresa más absurda y más disparatada que se puede concebir, y todo el que

ha pretendido llegar al hombre enteramente natural, al hombre no pervertido—es la palabra que usan—por la sociedad, no ha llegado sino al contratante social de Juan Jacobo, a un hombre algébrico o geométrico, a un hombre por definición, que ni es hombre ni cosa que lo valga. Ese es el hombre que dijo lo de «pienso, luego soy»; es decir, no ha habido hombre alguno que haya dicho semejante cosa.

Mas hechas estas prevenciones, que podrían extenderse y desarrollarse indefinidamente, y puesto que al hablar de sociedad como algo opuesto a la naturaleza queremos decir algo, aunque la sociedad sea naturaleza y parte de ella, y la naturaleza a su vez sea, en cierto sentido, sociedad, proseguiré, rogando tan sólo al lector que corrija con las advertencias que acabo de hacer lo que de cortante, parcial y crudo pudiera haber en lo que por decir me resta.

Sea ello como fuese, lo cierto es que distinguimos todos entre lo social y lo natural, y atribuimos a mérito individual ciertas ventajas que un individuo logra, y otras se las atribuimos a gracia social. Si ahondáramos, descubriríamos que tal sujeto, a quien por su talento le confió un pueblo este o el otro puesto representativo, debe al pueblo tanto su talento como su puesto;

pero las gentes temen de meterse en tales honduras, porque sospechan que en ellas todo es uno y lo mismo, y todo es verdad y es mentira todo, y se pierde allí el criterio que nos sirve para guiarnos en la vida cotidiana, que es a flor de vida.

Todos distinguimos entre el valor individual y el valor social de una persona, aunque el individuo mismo, repito, sea a su vez un producto social, y pueda repetirse con Natorp lo de que el individuo es, como el átomo, una ficción. Con igual lógica puede decirse que la sociedad es una ficción, y que no existen, en realidad, sino individuos. Lo cual sería renovar la vieja cuestión del nominalismo y del realismo, que es la cuestión de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre; es decir, que no es tal cuestión. Quedamos, pues, en que es ficción todo.

Pero sea lo que fuere de nominalismo y realismo y de sociedad e individuo, en la vida no se discurre metafísicamente, y cuando las gentes se ponen a comer jamás piensan si los manjares que toman tienen o no realidad objetiva. Y del mismo modo decimos todos de uno que se lo debe todo a su propio mérito, a sus esfuerzos o a su talento u osadía, y de otro decimos que todo se lo debe al azar, a la sociedad o a tal o cual sujeto que lo

ha protegido. Y conviene atenernos ahora al común decir y al común sentir, sin buscar esas otras sutilezas con que procuran consolarse los derrotados de la vida. Porque la metafísica y todas las disciplinas análogas se han hecho muy principalmente para consuelo de los que fracasan. Y de los que vencen, los cuales necesitan consolarse de haber vencido a otros.

Y así debe ser. El pensamiento es un derivativo de la acción y de la pasión; toda idea es, o un embrión abortado o un cadáver de un acto. Es, pues, natural que el vencido urda la filosofía del vencimiento, y el vencedor la de la victoria. Y es una crueldad pretender que el vencido acepte la filosofía del vencedor, o el vencedor acepte la del vencido. Mil veces se ha dicho, pero hay que repetirlo aún otras mil veces mil, que nuestras doctrinas no son sino la justificación *a posteriori* de nuestra conducta. Y no digresiono más, por ahora al menos, aunque la vida misma no sea sino una larga y de ordinario muy lamentable digresión.

Quedamos, pues, en que todos distinguimos de ordinario en la vida vulgar y corriente, y cuando nuestras desgracias o nuestros triunfos no nos llevan a ser filósofos, entre el valor individual y el social de una persona. Aunque de or-

dinario también solemos equivocarnos, y con equivocación no filosófica y trascendente, sino corriente y vulgar, atribuyendo valor individual a lo que en el sentido más ordinario del concepto no tiene sino valor social, y viceversa.

El valor de la autoridad para las más de las personas, es un valor social, y no es raro oír que para mandar no hace falta gran talento, y hasta hay quien añade que estorba éste. «Para ser presidente del Consejo de Ministros no es menester ser un genio.» He aquí una proposición que cualquiera de mis lectores habrá oído muchas veces durante su vida. Y puesto que la ha oído, le invito a que medite en ella, y en por qué se teme tanto las iniciativas de los hombres geniales.

Por mi parte, una de las mayores ventajas que veo en las revoluciones es que, elevando a los puestos públicos a hombres de acometividad e iniciativas, hay probabilidades de cambios en el régimen. Y todo cambio me parece socialmente provechoso, no más que por ser cambio, en sí y por sí. Cada día me corroboro más en la convicción de que el progreso consiste en el cambio, en la riqueza de sucesos nuevos, y que todo eso de ir a mejor o ir a peor no pasa de ser una estimación falta de piedra de toque social.

El progreso es un resultado de la selección, y

la selección se cumple mejor cuanto mayor es el número de términos entre que puede elegirse. Se ha dicho ya, y Guillermo James es uno de los que mejor lo han dicho, que los hombres de grandes aciertos, los que producen ideas luminosas o sugestivas, son los que tienen la mente en continua ebullición, y a quienes más conceptos y más diversos entre sí—disparatados muchos de ellos—se les ocurren. El modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura.

Ya sé que a esto se dirá que vale más hacer poco y hacerlo bien que mucho y mal; pero creo que los que hacen poco no hacen bien, y que es mucho mayor el bien que hace un hombre fecundo en acciones, por muchas malas que lleve a cabo, que no el de un hombre parco en el obrar.

Y lo que digo del hombre en la esfera del pensamiento lo digo en la de su acción social como gobernante. No soy de los que tienen miedo a los que se empeñan en gobernar mucho e innovar mucho y ensayar nuevas cosas. Spencer escribió un ensayo sobre el exceso de legislación; pero merece la pena de investigar si los males de la legislación no se corrigen o, por lo menos, se atenúan legislando mucho.

Los que más temen a los innovadores, a los que

modifican leyes e implantan otras nuevas, son los que tienen que aplicarlas. Les sacude la pereza mental y les quebranta la rutina. En el orden de la enseñanza pública, que es el que por razón de mi cargo mejor conozco, estoy harto de oír que no nos hacen falta ministros de Instrucción pública innovadores, sino que deben limitarse a hacer cumplir la ley de 1857 y a administrar y llevar al día los asuntos de su departamento. Y añaden que el mayor mal es ese tejer y destejer de leyes y esa multiplicidad de planes de enseñanza, que se siguen unos a otros, sin tiempo a que madure ninguno de ellos.

Confieso que yo mismo he dicho esto muchas veces, y que veo tan bien como cualquiera los males que semejante curso de cosas puede producir; pero cuando me pongo a pensar en ello más detenidamente, llego a creer que el mal estriba, no en los que ordenan las innovaciones, sino en los que las tenemos que aplicar. Y declaro también que, en España por lo menos, es convenientísimo que no sepan las gentes lo que han de tener que hacer mañana.

Se dice y se repite que nada hay aquí estable, que todo es interino y mudadizo, que nada se asienta, y el caso es que toda esa mudanza e inestabilidad no es más que aparente, y en el fon-

do es difícil que las cosas permanezcan más estacionarias de lo que hoy aquí están.

Y vuelvo a decir que la verdadera base del progreso es el cambio, sea cual fuere el sentido en que se cambie. La sociedad no sigue una línea marcada de antemano, ni hay un camino trazado previamente y por el cual haya de marchar; ella misma va haciéndose su camino según marcha. Tan absurdo es imaginarse una línea, a la que llamaremos progreso, y por la cual la sociedad discurre, como sería imaginarse que hay en los espacios celestes una inmensa elipse por la cual circula la tierra, que la órbita de ésta es algo que subsiste independientemente de ella. La sociedad se hace su camino según marcha, como se lo haría un hombre que entrase, destral en mano, por un bosque virgen, talando árboles y derribando maleza a su paso. Y este hombre no iría a tal o cuál punto determinado, pues que no conoce el bosque.

Llamamos orden al estado general de cosas que hoy existe, y decimos que son ordenados todos los actos que encajan con el complejo mayor y dominante de las costumbres actuales; todo lo que marcha por la corriente central. Y es fuera del orden o contra el orden todo lo que se aparta de esa corriente central o la contraría. Y así como hay este orden, podría haber otro orden

cualquiera. La cuestión está en que concuerden entre sí y se apoyen y corroboren el mayor número posible de hechos y de sucesos sociales. La cuestión está en que los sillares todos del edificio se apoyen los unos en los otros y contribuyan a la solidez de la fábrica total, aunque con esas mismas piedras se podría hacer otro edificio totalmente distinto; en vez de una catedral, pongo por caso, un puente.

Y en esta marcha de la sociedad, lo que importa es que se marche, que se dé un nuevo paso, sea en el sentido que fuere, pues tal es el modo de hacerse camino. Si circulan en nuestra sociedad 300.000 conceptos, v. gr., el que fragua uno nuevo y lo pone en circulación acrecienta nuestra cultura, sea cual fuere la calidad de ese nuevo concepto, no más sino porque con 300.001 conceptos se puede hacer algunas más combinaciones qne con 300.000, y de aquí la ventaja. Estoy persuadido de que si el número de los cuerpos simples es de 80, v. gr., y toda la labor del género humano se redujera a fraguar un nuevo cuerpo simple, no sería perdida la obra toda de la humanidad, aunque la tierra se deshiciese al cabo en polvo cósmico; porque con esos 81 elementos o cuerpos simples se formaría un mundo más complejo, es decir, más perfecto

que el nuestro, compuesto no más que de 80.

Por esto creo, y lo he dicho antes de ahora, que la muerte es el verdadero motor del progreso, porque hace que sustituyan unos hombres a otros; y todo hombre nuevo es elemento progresivo, no más sino porque es nuevo, porque es otro. Cada hombre es único e insustituíble, distinto de los demás, y cuanto más distinto más activo elemento de progreso.

Y como progreso quiere decir marcha, y para que haya marcha es menester algo que marche, eso que marcha es lo inerte. El elemento conservador es lo igual, lo permanente, lo no distinto, y el elemento progresivo es lo diferente, lo mudable.

Con todo lo cual quiero decir que todo innovador es un elemento activo y progresivo, innove como innovare. Y lo malo que tienen esos a quienes se llama reaccionarios o retrógrados no es que marchen o pretendan hacernos marchar hacia atrás, sino que no marchan ni pretenden marchar, sino tenernos parados. Como el tiempo es una línea irrevertible y es absolutamente imposible volver de hoy para ayer, los que hacen esfuerzos por restablecer lo pasado nos están empujando al porvenir. El que piensa no es nunca reaccionario, piense como pensare. El verdadero reaccionario

o retrógrado es el que no quiere pensar ni cambiar ni dar un paso, sino dejar que le lleven las cosas en vez de llevarlas él. Y éste es para muchos el ideal del buen gobernante, éste el hombre que llena bien su cargo y a quien cae bien la autoridad.

Todo ello proviene, bien se ve, de nuestro horror a que nos hagan andar.

En mil formas se revela la animosidad que sienten las gentes contra el mérito individual y la importancia que al prestigio social conceden. Considérase como un acto de soberbia el de rechazar honores y distinciones, cuando con tal rechazo quiere dar a entender el rehusante que su valor individual está sobre el que le concedan los demás.

Me contaba un amigo que, estando a la mesa de una señora, empezó ésta a criticar a cuantos hablan mal de las condecoraciones, tachándoles de cursis. Y añadía la señora: «Si no fuera por la condecoración, ¿en qué se distinguiría usted del criado que nos sirve, y que viste, como usted, de frac?» Mi amigo no supo qué hacer ni qué contestar; si quitarse entonces y allí mismo la cintita que llevaba al ojal de la solapa, o si contestar: «Pues, señora, en que él me sirve y yo soy el

servido». O bien: «En nada, ni falta que hace». Y yo intenté persuadir a mi amigo de que la observación de la señora no había estado tan destituída de fundamento, y que lo de no diferenciarnos de nuestros criados más que en una cintita de seda puesta al ojal de la solapa del frac, es un acto de profunda humildad.

Y si bien se mira, la aceptación de honores, distinciones, tratamientos y títulos implica una profunda humildad, aunque sea una humildad profundamente falsa y profundamente fingida. Porque está visto que el hombre se enorgullece más de lo que le dan que de lo que de suyo tiene, y ostenta con más altanería lo que representa que no lo que es. Apenas hay quien a solas consigo mismo no se conozca y no sepa mejor que nadie de qué pie cojea y cuáles son sus flaquezas y debilidades. De donde se sigue que todo eso de la soberbia de los que se creen superiores a los demás no es más que una apariencia, y de ordinario no suele haber tal soberbia y sí sólo poca paciencia para aguantar las tonterías de los prójimos. Mas, en cambio, el que se encuentra con honores y preeminencias de que en el fondo de su conciencia no se siente merecedor, se ensoberbece por ello.

Porque es lo que se dice a solas un majadero

cuando se ve prestigiado por las gentes y colmado por ellas de honores: «¿Qué es esto? Cuando tanto me ensalzan y me honran, debo valer mucho, mucho más de lo que yo me imaginaba». Y perdido el criterio de su propia estimación, puede llegar a los mayores desvaríos.

El mérito de ciertas distinciones estriba precisamente en su falta de mérito, en que son gratuitas o debidas al azar.

Cuéntase de un hombre, que, nacido en humildísima cuna, había amasado unos cuantos millones, que buscaba un título nobiliario y frecuentaba cuanto podía el trato de los condes, marqueses y duques. Y cuando al fin logró su propósito, cazando un marquesado, un marqués, llamémosle el marqués de Peñahorcada, le dijo con cierta sorna, dándole un golpecito en la espalda: «¡Hola, compañero, ya somos iguales!» Y nuestro nuevo marqués le replicó al punto: «¿Iguales? Igual a usted, no; si es acaso, al primer marqués de Peñahorcada.» Y el marqués de Peñahorcada, más ducho en estas cosas, debió de sonreírse de la fatuidad y poco juicio del nuevo marqués su compañero.

Porque los títulos, dicen, son como el vino, que ganan cuanto más tiempo pasa y por mayor número de generaciones trascurren, y el mérito mayor no es adquirirlos, sino heredarlos. Así como

hay ricos que se sienten satisfechos de su riqueza y procuran emplearla en buenos fines, reconociendo, sin embargo, que deben su fortuna a los pocos escrúpulos y acaso a la carencia de sentido moral de su padre o de su abuelo, así hay duques que confiesan que el primer duque de su título, el antepasado a quien el rey se lo concedió, fué un bárbaro que debió a sus barbaridades mismas semejante distinción. Y luego se ha ido ésta depurando con los años. Fué acaso un soldadote rudo e inculto, de cabeza dura y corazón aun más duro que ella, que sirviendo a su rey con lealtad de perro dogo y ganándole batallas, mereció se le hiciese duque. Pero una vez hecho tal, hizo educar para duque a su hijo, y cuidó muy mucho de que éste heredara su título, pero no sus maneras. Su hijo nació ya duque.

He conocido un bonapartista que decía horrores de Napoleón el Grande y sostenía que era preferible Napoleón el Chico, añadiendo que Waterloo era mucho más vergonzoso que Sedán. Sin duda creía que el primer Bonaparte estaba obligado a vencer, y no lo estaba el tercero.

Y aun hay a quien le he oído sostener otra doctrina, cual es la de que el honrar con títulos y preeminencias a los hijos de los que llevaron a cabo hazañosas empresas, es una compensación

social a una bárbara ley de la Naturaleza: la ley de que cuando uno agota sus energías en cumplir hazañas, se queda sin las suficientes para criar bien a sus hijos. O ya la vida de continuo esfuerzo y de agitación le mengua la salud, y esta mengua refluye en el organismo corporal de sus hijos, o bien el tráfago en que se ve metido y el atender a los negocios públicos le priva de atender a la educación de ellos. Y así me decía el sustentador de la dicha doctrina, que un hombre, por haberse quebrado la cabeza y quemado las cejas en estudiar reformas útiles a sus conciudadanos, se puso en disposición de engendrar un hijo imbécil, y tal otro, embebido durante la mayor parte de su vida en campañas patrióticas, no tuvo ni tiempo ni atención que dedicar a la crianza de sus hijos. Justo es, pues, añadía, que la sociedad compense a éstos.

No voy a meterme a discutir esta teoría, ni mucho menos a desarrollar mi convicción de que el ejercicio del bien público, lejos de amenguar las fuerzas de un hombre, las acrecienta, y que es un error lo de creer que la imbecilidad de un niño pueda provenir de que su padre abusó del estudio. Esto me llevaría muy lejos.

Y si de los títulos nobiliarios pasamos a los académicos, nos encontramos con una cosa muy

parecida, ya que el poseer un título académico se estima por muchos como una especie de nobleza inferior. Tener un título académico, aunque sea el de bachiller, se estima en muchos casos, no ya una ventaja, sino hasta una preeminencia de dignidad.

Mas es sabido también aquel caso, del que tanto se ha dicho y tanto queda aún por decir, de cierto sujeto, al que se le denunció por dedicarse, como curandero, al ejercicio ilegal de la medicina; y al comparecer ante la autoridad que había de juzgarle, exhibió su título de médico, debidamente y en toda forma extendido, diciendo: «Con esto me han perjudicado ustedes. Yo me hice médico; y apenas obtuve mi título oficial, el título en que el Estado me declaraba apto para curar a mis conciudadanos, fuí al barrio Norte a ejercer mi profesión. Y me encontré con que no podía hacer competencia a los curanderos, que se llevaban tras de sí a casi todos los dolientes. Y entonces decidí trasladarme a este otro barrio Sur, donde nadie me conocía, guardar mi título profesional bajo siete llaves y anunciarme como curandero para poder así competir ventajosamente con los médicos. Y con esta denuncia me han partido por el eje. Pues los que tenían fe en mi curandería—y he logrado hacerme una buena

parroquia—la perderán al saber que soy un médico cualquiera salido de las aulas oficiales; y los que hubieran acudido al médico, no lo harán ya al saber que se ha rebajado—pues creen es rebajamiento—hasta hacerse pasar por curandero ocultando su título.»

La historieta es muy conocida y sirve a maravilla para ilustrar un sentimiento muy arraigado en todo género de personas, incluso muchas que pasan por cultas y lo son acaso. El tal sentimiento es la admiración y el respeto a la ignorancia, o, si se quiere, a la ciencia infusa de inspiración misteriosa. Lo que lleva a muchos a ponerse en manos del curandero es la consideración de que cura sin haber hecho estudios del arte de curar, y cura, por lo tanto—cuando cura—por arte de birlibirloque, por arte mágica, por misteriosas vías. Su prestigio se funda en su ignorancia. Un hombre que cura enfermedades del hígado sin saber qué sea el hígado ni para qué sirva, y acaso ignorando su existencia, es un ser excepcional, que recibe sus facultades curanderas de una fuente misteriosa. Y de este mismo prestigio de la ignorancia gozan todos esos zaragozanos que huelen la lluvia a quince, veinte, treinta días o un año de plazo.

Me acuerdo que en cierta ocasión dió un sujeto

en mi pueblo una conferencia sobre astronomía, y los oyentes estaban suspensos y embobados al oírle el número de leguas que hay de la Tierra a Sirio. Porque es lo que se decían: «¿y quién lo ha medido?; ¿cómo ha podido tenderse un cordel de aquí allá?» Y como, por otra parte, no se permitían dudar de lo que afirman tan redonda y tan seriamente hombres graves y sesudos, encanecidos en el estudio, sospechaban que la Ciencia—la pensaban así, con letra mayúscula—es algo augusto y misterioso, algo que se mete al espíritu por caminos muy otros que los del conocimiento vulgar y el sentido común. Mas sucedió que al siguiente día intentó un sujeto hacer comprender a una parte de aquellos maravillados oyentes de la víspera cómo podía llegarse a medir la distancia de la Tierra a Sirio; y así que vislumbraron que era por un procedimiento más complicado, sí, pero el mismo que usan los topógrafos para medir distancias en el campo, sintieron el más profundo desprecio hacia la ciencia, rebajándola a pensarla con letra minúscula. Y es lo que se dirían: «¡Bah! eso también yo lo habría hecho si me hubiera dedicado a ello!...» Y es claro: lo que también uno podría hacer, maldito si tiene valor alguno.

He aquí por qué digo que la ignorancia goza

de gran predicamento y de no poco prestigio, y como es justo que en medio de los muchos males que la acompañan goce, a guisa de compensación y de consuelo, de algún bien, no sé hasta qué punto sea conveniente arrebatárselo mientras no acabemos con la ignorancia misma, que no acabaremos nunca. A nadie se perjudicaría más que a los curanderos con decretar la libertad de la profesión médica y que cada cual pueda dedicarse a intentar curar sin haber antes demostrado su suficiencia para ello, y en general sería la insipiencia la que recibiera más rudo golpe en sus justas prerrogativas si se suprimiese toda garantía oficial de saber. Son tantas las familias que viven del contrabando, que hay que meditar mucho antes de suprimir las aduanas, decretando el libre cambio.

El rango de los bachilleres, licenciados, doctores y titulados de toda especie se funda y apoya en el rango opuesto de los que carecen de toda especie de título profesional. Porque conviene no perder de vista que los rangos son de dos clases: positivos y negativos. Y no doy a estas expresiones de positivo y negativo otro valor que el que tienen en matemáticas, ni quiero decir con rango positivo o negativo cosa muy distinta de lo que se quería decir en un tiempo al hablar de

electricidad positiva o negativa. En una línea se supone un punto medio, al que llamamos cero, y en un sentido, hacia la derecha o hacia la izquierda, contamos por cantidades positivas, y al otro lado, hacia la izquierda o hacia la derecha, por cantidades negativas. En el mismo sentido hablo de rango positivo y de rango negativo, siendo indiferente a cuál de las dos especies se le aplique uno u otro signo.

Con no menos cuidado ni menos orgullo que los aristócratas su aristocracia, guardan los plebeyos su plebeyería, y si las gentes que llamamos altas desdeñan alternar con las bajas, las llamadas bajas no menos desdeñan alternar con las altas. El desprecio es mutuo, sin que sea fáci. poner en claro de qué parte sea más profundol Y que ese orgullo de clase es igual del lado positivo que del negativo, lo prueba, entre otras cosas, el que, llegando a sus extremos el orgullo, une a los que parecían más separados, cumpliéndose aquéllo de que los extremos se tocan. Todos sabemos con cuánta más facilidad que con honrados y modestos burgueses alternan e intiman los grandes señorones con golfos, matarifes, histriones y parásitos de toda laya, y cómo se explotan mutuamente. Es el rango lo que los une, pues están tan hondamente separados que salta a

la vista la diferencia, y nadie puede pensar que se unen por semejantes, aunque en el fondo lo sean. Es un caso de la ley hegeliana, de la síntesis de lo antitético. Los extremos de la línea se unen, no sé si en el infinito, como si se tratara de una línea circular de infinito radio.

El caso es distinguirse, sea individualmente, sea como miembro de una clase o colectividad, y el que no se distinga por algo bueno se distinguirá por lo malo, y dirá como el otro: a mí, a bruto nadie me gana. Y en último caso estribará su distinción en no distinguirse por nada, en ser uno de tantos, en pasar inadvertido, en no desentonar ni llamar la atención nunca, en llenar dignamente su propia insignificancia.

Dicen que esto de no distinguirse por cosa alguna es una de las cosas más distinguidas, y conozco, en efecto, algunos caballeros o, digámoslo en inglés, *gentlemen*, que ponen el más exquisito cuidado en no alardear de ninguna aptitud o habilidad o preeminencia especial, por la sencilla razón de que no la tienen. Y los tales, aunque huyen de distinguirse para así distinguirse más, se distinguen sobre todo por ser su buena educación y sus finos modales el más claro cendal del más grosero egoísmo y del desdén más repugnante hacia sus prójimos. Las personas aten-

tas, correctas, bien educadas, producen con su trato el efecto que nos produce un sapo o una serpiente cuando por casualidad los tocamos: una especial sensación de frío. Debajo de ciertas llamadas groserías, debajo de la descortesía, suele encontrarse una encendida cordialidad mucho más a menudo que debajo de la cortesía del caballero. Y por mi parte prefiero que me peguen por amor o por odio a no que no me molesten por indiferencia. Hay quien cree que es menester llegar a que los hombres no puedan hacerse mal, aunque sientan mal unos de otros y se aborrezcan; mas yo prefiero que lleguemos a amarnos y a compadecernos — amarse es compadecerse—, aunque nos hagamos daño y andemos de continuo a la greña.

Amarse es compadecerse, he dicho. En efecto: el amor, el verdadero amor, surge de la compasión, de la conciencia de nuestra común miseria. Llamamos amor a mucho que no es sino enamoramiento o voluptuosidad, como la que acerca y une a dos enamorados ansiosos de poseerse mutuamente. Cada cual de ellos no busca sino su propio goce, y el otro no es sino un instrumento de él. Acaso empiezan a amarse cuando la compasión mutua une sus almas, que por la unión de sus cuerpos estaban separadas; su amor nace tal

vez del dolor que los embarga y junta sobre la cuna de muerte del fruto de su enamoramiento y de su unión carnal.

Y así las diferencias de rango y de mérito sólo pueden perder su malicia, sin desaparecer por ello, de la conciencia que cobremos todos de su común miseria. El que manda, compadezca al que obedece, porque tiene que obedecer, y compadézcase a sí mismo, porque tiene que mandar; y el que obedece, compadézcase a sí y compadezca a su jefe, por tener éste que mandarle y él tener que obedecer. Compadezcamos a todo el que se distingue, por aquella su distinción de que es esclavo, y al que no se distingue, por la esclavitud de no distinguirse; y así todos nos amaremos en la común miseria.

Enero, 1906.

LA PATRIA Y EL EJÉRCITO

EN estos días—primeros de año—andan por ahí en los periódicos con eso del fuero de guerra y la justicia militar y el art 7.° del Código de ésta. No he querido enterarme de la discusión que traen. Es cosa de militares y abogados, y me siento, gracias a Dios, tan poco abogado como poco militar. No me gusta emplear ni la fuerza ni eso que llaman dialéctica y no es sino abogacía.

Una sola vez he echado un vistazo a uno de los artículos en que se debate el tal tema, y me encontré con esta proposición: «el Ejército, que tan popular es en España»... No seguí leyendo, porque esto no es verdad, y el que lo ha escrito debe saberlo. El Ejército, con razón o sin ella—que en eso no me meto ahora—, no es popular ni mucho menos en España. El Ejército no despierta ningún entusiasmo espontáneo y sincero en el pueblo español. Y el Ejército mismo, por lo menos su parte más conciente y más observadora e ilus-

trada, lo sabe bien. Como que de la conciencia de no ser popular es de donde acaso procede, más que de otra causa, la actitud que parece va adoptando.

Las gentes hablan mal de los políticos—es un tópico de las conversaciones de café—; pero no hablan mejor de la milicia, aunque se recaten más para murmurar de ella. Si el Ejército se impone, no es porque despierte entusiasmo ni cariño alguno en el pueblo.

El Ejército no es popular. En el campo, en los pequeños lugares, entre la población rural, conspiran contra esa popularidad, según he podido observar más de una vez, los que han servido en filas, los que han vuelto del servicio. En las ciudades se une a esto la profunda antipatía con que aquí, y en todas partes, miran a los institutos armados los obreros de fábricas y talleres. Sobre todo si alguna vez intervinieron tales institutos en disturbios por huelgas. El pueblo no mira nunca con buenos ojos al instrumento del poder, al que hace fuego sobre aquellos a quienes le mandan disparar sin preguntarse de qué parte está la justicia, si del que manda o del que se subleva. El pueblo ni siente ni entiende el concepto abstracto y huero de orden, de un orden en que no hay cosa alguna ordenada.

Y después de asentar como punto de hecho, y sin meterme a buscar sus causas ni a reprobarlo ni prestigiarlo, que el Ejército no es popular, paso a eso de la justicia.

Se trata, al parecer, de que los Tribunales militares juzguen de los llamados delitos contra la Patria y de los delitos contra el Ejército. En este último respecto hay quienes hacen notar que eso vale tanto como constituirlos en juez y en parte. Y cuantos se oponen a esta extensión del fuero de guerra estiman que, si se le hace al Ejército mismo fiscal y juez de los delitos que contra él puedan cometerse, jamás sabremos qué es un delito contra el Ejército, y habrá que concluir por no hablar ni escribir de él, ni para mal ni para bien. Podría suceder que a algún fiscal militar se le antojase que era un delito de leso Ejército español sostener la tesis histórica de que fué vencido en Santiago de Cuba por los norteamericanos. Más de una vez se ha visto pretender rectificar la historia mediante Tribunales de justicia.

Como la ley ni define ni puede definir lo que sea ofensa, dejándolo a la estimación de la conciencia pública, podría muy bien ocurrir que la especial susceptibilidad de la conciencia militar estimara ofensa aquello mismo que la conciencia general no estima así. Recuerdo a este propósito

que a cierto médico militar que se metió en una polémica literaria, le exigieron los oficiales del regimiento en que servía que pidiese explicaciones a su antagonista por expresiones que son corrientes en tales polémicas y que no hay escritor alguno que las estime ofensivas. No se debe sustituir a la conciencia general con una conciencia especial, de excepción, y que no responde, ni mucho menos, al proceso normal de aquélla.

Mas, aparte de esto, hay para que todos los amantes de la cultura y de su progreso se opongan a toda extensión del fuero militar y pidan el que se le restrinja más aún, hasta hacerlo desaparecer por completo, una razón suprema, y es que la función militar y la función judicial son antitéticas entre sí y se dañan y perjudican. La educación que se da y debe darse a un militar para que sea tal cual se requiere, es la menos a propósito para hacer un juez. La disciplina, que acaso robustece y encauza la voluntad, atrofia y estropea aquella especie de inteligencia necesaria para bien juzgar. El bien juzgar exige, ante todo y sobre todo, independencia de criterio, y la disciplina jerárquica, así como el detestable y dañosísimo espíritu de cuerpo, ahogan toda independencia de él. Hasta me parece haber oído que un juez militar llega a ser castigado si no falla

conforme al criterio de sus superiores jerárquicos.

El notable periodista portugués Juan Chagas, en un artículo titulado *Justiça militar*, nos decía que los militares juzgan, no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. En cierto Consejo de Guerra que se celebró en Portugal, un soldado, que actuaba como testigo, declaró que sus jefes les daban malos tratos, cosa que no se atrevieron a declarar los demás testigos soldados, y por haber tenido el valor de declarar a conciencia, el fiscal le acusó y fué luego objeto de malos tratamientos. Y es que, como observaba muy bien Juan Chagas, los soldados no deponían como testigos, sino como soldados. A los Consejos de Guerra—dice Chagas—les anima el espíritu de clase, no el amor a la justicia y menos a la verdad. «En rigor—añade—, en el régimen militar la palabra justicia es una palabra excesiva; los crímenes militares no se juzgan, se castigan. Están acostumbrados a ir a pelear donde el Gobierno les manda, sin preguntar si con razón o sin ella. Su educación es para obrar fuera de la justicia. Juzgar a uno militarmente, es declararle de antemano enemigo de guerra. Justicia implica libertad, y el régimen militar es un régimen de servidumbre.» Hasta aquí Juan Chagas, y no cabe expresarse con más precisión.

Tan absurdo me parece que los militares constituyan Tribunales y se metan a juzgar, como que los magistrados, jueces y fiscales civiles se organicen en milicia para ir a la guerra. Pues si la función de guerrear exige una preparación técnica, no menor la exige la función de juzgar, con el agravante de que ambas preparaciones se excluyen, como llevo dicho.

Pero hay algo más grave todavía, y es aquello que dice Juan Chagas de que a los Consejos de Guerra suele animarles el espíritu de clase, no el amor a la justicia, y menos a la verdad. Lo primero, en efecto, de que ha menester todo el que a juzgar se ponga, es de un amor desenfrenado a la verdad; la verdad debe estar para él ante todo y sobre todo. Los más santos intereses, la salud de la Patria inclusive, deben subordinarse al amor a la verdad. Y el proceso de Dreyfus arrojó una siniestra luz sobre esto. Entonces se vió a generales encanecidos en la milicia levantar la cruz de la espada, jurar por ella, y jurar en falso. Y no hay derecho a mentir, ni aun cuando se crea que mintiendo se salva a la Patria. Lo cual es siempre un profundo error.

Hay, además, algo acaso más delicado que juzgar, y es enjuiciar. Para enjuiciar hace falta más práctica, más tino, más inteligencia especial, más

tradición técnica, que para juzgar. Lo difícil no es fallar un proceso, sino llevarlo a cabo.

Y es muy fácil, facilísimo, que quien está educado para mandar y obedecer como en la milicia se manda y se obedece, se vea inducido, por la fuerza del hábito, a aplicar al enjuiciamiento de supuestos delitos procederes y métodos que no son los más adecuados para obtener la verdad de los hechos. Al decir lo cual se nos viene a los puntos de la pluma el nombre, tristemente famoso en Europa, de la fortaleza de Montjuich.

Mucho he oído hablar acerca del proceso de Montjuich, y he oído hablar de ello a personas que lo vieron, y hasta sufrieron, muy de cerca; pero sea de ello lo que fuere, la verdad es que no se ha conseguido, ni mucho menos, disipar la densísima niebla que sobre ese proceso pesa. Y es cosa sabida que los relatos que acerca de él han circulado por toda Europa, crearon, entre mucha gente de otras naciones, donde a fuerza de luz se disipa a las nieblas, un concepto tal de España, que ha sido una de las principales causas, tal vez la principal, de la indiferencia con que se vió nuestra derrota en Cuba y en Filipinas. El nombre de la Inquisición fué muchas veces estampado junto al de España en diarios de todas las naciones cultas.

Se ha dicho y se ha repetido, incluso en el Parlamento, que todos esos relatos referentes al proceso de Montjuich que han circulado por Europa, no son más que una leyenda, epitetizada de infame; pero es el caso que nada se ha hecho para desvanecer la tal leyenda por los medios por que se desvanecen las leyendas y no con epítetos. Lo que sí recuerdo, es que cuando en un principio se empezó a hablar de tormentos y otras atrocidades parecidas, oí a muchas personas—algunas de ellas diputados a Cortes—no negar que tal cosa pudiese haber sucedido, sino expresar que, si así era, estaba bien; que a los anarquistas había que cazarlos como a bestias feroces, descuartizarlos y hacerlos picadillo, y otros tristísimos desvaríos por el estilo. Y tal atmósfera se formó entonces y tal fué el concepto que las gentes, con razón o sin ella, se hicieron de la policía, que al ocurrir ahora, hace poco, la muerte en la prisión del autor del atentado contra el cardenal Casañas, se ha fraguado y ha corrido de boca en oído y de oído en boca, sin llegar a la Prensa, el rumor de que el desdichado ése había muerto de una paliza policíaca. Y recuerdo que al oír yo el rumor, estaba conmigo un sujeto que exclamó al punto: ¡claro está!; ¡y que no se me hubiese ocurrido antes!....

Todo lo cual demuestra lo delicadísimo que es el oficio de enjuiciar, y cómo es peligroso para el prestigio de cualquiera que no tenga ni educación ni hábito de hacerlo, el que le obliguen a meterse en ello. Porque no basta ser juicioso, sino que es menester parecerlo.

Por otra parte, ciertos procedimientos no creo que arguyan mala índole, ni mucho menos, sino más bien que, conforme al viejo aforismo de más vale maña que fuerza, cuando se carece de aquélla se abusa de ésta. El obtener la verdad con astucia y paciencia, mediante hábiles rodeos, interrogatorios sagaces y triquiñuelas psicológicas, supone una resistencia psíquica y un temple de que no todos disponen; y cuando no se ha suplido esta carencia con una especial educación técnica y el hábito de enjuiciar, se la suple con procedimientos contundentes o conminatorios, de ordinario contraproducentes.

Es cosa terrible cuando en un proceso se trata, no de buscar al delincuente, sino de que el delito no quede impune, pues llega a darse el caso de que se invente aquél. La cuestión es que haya castigo ejemplar. Y como el castigo se endereza, más que a otra cosa, a aterrorizar a los que pudieran sentirse movidos a cometer el mismo delito, lo esencial es que le haya. Es decir, que en

vez de llegarse a fallar el proceso para castigar al delincuente, se busca un delincuente sobre quien recaiga el castigo. Es lo que dice a otro respecto Juan Chagas: se va a castigar, no a juzgar.

Y volviendo a lo de la justicia militar, si es peligroso para el progreso de la cultura social el que los supuestos delitos contra el Ejército vayan al fuero militar, más peligroso aun es que vayan a él los supuestos delitos contra la Patria.

Es, desde luego, peligrosísimo para la Patria el que se llame delitos contra ella a lo que se llama así, y no concibo que llegue el patriotismo a tener raíces hondas y sanas si se prohibe discutir la Patria misma. Acaso se deba a la Inquisición—a la externa y a la interna, a la del Santo Oficio y a la de las costumbres—el que el catolicismo haya venido a ser en España una pura mentira; y si se estableciere ahora una nueva Inquisición y un nuevo Santo Oficio, con éstos o los otros procedimientos, para velar por la integridad moral del patriotismo, llegaríamos con el tiempo a que el patriotismo fuese en España una mentira no menor que es hoy la religión católica. Todos harían protestas de españolismo, y los más se sentirían tan poco españoles, como poco católicos son los más de los que pasan por tales.

El día en que se quiera hacer un patriotismo dogmático y se persiga al que niegue o combata sus dogmas y no comulgue en el especial sentimiento patriótico de los definidores, se habrá, si no cerrado, por lo menos obstruído considerablemente el camino de la regeneración espiritual de España.

No hay torpeza mayor que la de pretender arrancar protestas de españolismo de todos aquellos que no las hacen espontáneamente. Si hay españoles que no se sienten tales, lo que procede es estudiar serena y tranquilamente cuáles sean las causas de no sentirse españoles esos sujetos. y, ante todo y sobre todo, qué es eso de español y qué deba entenderse por tal.

Al llegar a esto ya estoy oyendo a más de un lector aquello de «esas cosas no se razonan, se sienten...», y sacar a colación al punto todos los resobados tópicos del amor a la madre, y «si a mi madre le faltan», y demás lugares comunes, tan deplorablemente frecuentes en España, en que entra la madre como elemento metafórico. El abuso que aquí se hace de la madre es inaudito. Cuando a un español de esos que dicen sentir, pero que ciertamente no razonan—y yo creo menos en los sentimientos irracionales que en las razones sentimentales—se le acaban los argu-

mentos, y suelen acabársele muy pronto, acude a la tan socorrida metáfora de la madre. Y hasta he oído disculpar grandes barbaridades con esta peregrina ocurrencia: «Es natural; le mentaron la madre...» Y es muy probable que este sensible hijo, que así salió a la supuesta defensa de supuestas ofensas a su madre—acaso también supuesta—, la estuviese matando a disgustos.

Los que de veras queremos a la Patria fuerte, y próspera, y noble, queremos que pueda ser discutida y que la discutan cuantos no la sienten.

Hay un aforismo terrible, y es aquel que dice: «Contra un padre no hay razón.» Sí; puede haber razón contra un padre. Contra lo que no hay razón es contra la verdad. La verdad está por encima de los padres y por encima de la Patria.

El Ejército es un instrumento de la Patria, y cuando los que se supone representan a la Patria, los que pasan por su conciencia, le mandan ir a batirse, el Ejército jamás se propone la cuestión de si se le manda con razón o sin ella. Nada hay más opuesto al espíritu militar que el principio del libre examen.

Y, sin embargo, sin el libre examen patriótico, jamás llegará a arraigarse de veras el patriotismo.

Lo primero que es menester para hacer patrio-

tismo reflexivo y conciente, único duradero y fecundo, es que nos formemos idea de lo que España es y significa y lo que puede llegar a ser y significar en la historia del mundo, y esa idea no nos la formaremos sino dejando que se discuta libremente la Patria.

Aterra el oír a ciertas personas cuando hablan de eso que se llama separatismo. En los Estados Unidos de la América del Norte hubo una cruentísima y muy empeñada guerra civil, la guerra de secesión, entre separatistas y unionistas; pero no sé que se prohibiera el discutir el asunto, ni que se contestara con improperios a los argumentos, buenos o malos, de los adversarios. Me explico que si en Cataluña o en el país vasco se levantasen partidas armadas proclamando la independencia de cualquiera de esas regiones y negando obediencia a las autoridades allí constituídas por el Estado español, se mandase fuerzas del Ejército a reducir tales partidas y se castigase a los partidarios; pero me parece funestísimo para el porvenir de España el que se pretenda hacer, de un modo o de otro, indiscutible la Patria.

No hay ni debe haber ideas legales ni ilegales; no hay más que ideas verdaderas e ideas falsas, y de otra parte ideas en que se cree e ideas que se mienten.

La religión debe ser algo común a los hombres todos, algo de que todos ellos participan y cuya recta interpretación no puede ser monopolio de una clase.

Hay quienes la sienten con más intensidad y más sinceridad que otros; hay espíritus más profundamente religiosos; pero éstos no son necesariamente, ni mucho menos, los dedicados al sacerdocio.

No suelen ser los sacerdotes los que más hondamente sienten la religión, y esto se comprende considerando cómo y por qué se dedican al sacerdocio, y a qué se reduce la llamada vocación religiosa. Vocación que suele ser más de la madre, o de un tío, o de una beca, o de una manda *piadosa,* que no del joven levita.

El que haya sido una clase, la clase sacerdotal, la encargada de velar por la ortodoxia y definirla, y juzgar de la herejía y condenar a éste por impío, ha sido, sin duda, la principal causa del embotamiento del espíritu religioso. Llega un momento en que la conciencia general religiosa de un pueblo está en desacuerdo con la conciencia eclesiástica de la clase sacerdotal. La Iglesia, que empezó siendo la congregación de los fieles cristianos todos, eclesiásticos y laicos, acaba por no ser sino la clerecía, el cuerpo de los tonsura-

dos. Y desde este momento el espíritu cristiano está en peligro.

Hay los llamados santos, varones que han experimentado más profundamente que los demás el sentido religioso de la vida, y que han acomodado a él su conducta moral; pero los santos no han sido especialmente sacerdotes, y los más gloriosos tienen muy poco de tales. Y eso que como es la Iglesia chica, la de los eclesiásticos, la que se ha arrogado la facultad de canonizar a esos píos varones y declararlos santos, propende a barrer hacia dentro de ella misma y poblar los altares con santos de tonsura.

En cuanto se han hecho especialistas en religión—los sacerdotes, —en religión, en lo que debe ser más general y más común, el sentimiento religioso se ha falseado y se ha debilitado. Los dogmas han matado a la fe, los misterios han sido ahogados por las explicaciones que de ellos se han dado.

Y del patriotismo quiere hacerse algo así como una nueva religión—más bien renovada, pues la hubo en la antigüedad—y de la milicia su sacerdocio.

Y así como dentro de la gran Iglesia se formó la Iglesia chica, así dentro de la gran Patria se tira a formar la Patria chica, la realmente chica.

El patriotismo español debe ser algo común a los españoles todos, algo de que todos ellos participen y cuya recta interpretación no pueda ser monopolio de una clase o de un cuerpo. Hay quienes lo sienten con más intensidad y más sinceridad que otros, hay españoles más profundamente patriotas; pero éstos no son necesariamente, ni mucho menos, los dedicados a la milicia, aunque en ella los haya.

No puede decirse que sean los militares los que más hondamente sienten la Patria, aunque sientan la milicia, y hay que tener en cuenta qué móviles les llevan a ingresar en ésta. Muchos son hijos de militares, a otros les llevan a adoptar la profesión de las armas razones muy atendibles y justas, pero que nada tienen que ver con el patriotismo. No sé que se emprenda la carrera militar por el ansia de derramar la sangre por la Patria, como no sé que el ansia del martirio lleve a muchos a emprender la carrera eclesiástica; ni siquiera el ansia de salvar las almas de los prójimos. Más sueñan en una canonjía o en un obispado, que no en figurar en los altares, los seminaristas.

El que llegue a ser una clase, la clase militar, la encargada de velar por la ortodoxia patriótica y definirla, y juzgar de los delitos contra la Patria, y condenar a uno por antipatriota, llegaría a

ser, sin duda, causa de embotamiento del patriotismo. Podrá venir momento en que la conciencia general patriótica de España esté en desacuerdo con la conciencia militar del Ejército, como, verbigracia, si el pueblo todo estima injusta o improcedente una guerra a que quiera el Ejército lanzarse.

La Patria, que debe ser la congregación de los españoles todos, paisanos y militares—éstos son junto a aquéllos una insignificante minoría—, podría acabar en no ser sino el Ejército, el cuerpo de los armados. Y desde este momento el patriotismo estaría en peligro, en vía de muerte.

Hay los llamados héroes de la Patria, varones que han experimentado más profundamente que los demás el sentido patriótico de la vida nacional, y que han acomodado a él su vida cívica; pero los tales héroes no han sido especialmente militares y los más gloriosos tienen muy poco de tales. Y eso que, como se ha hecho la Historia bajo la fascinación funesta de la gloria militar, se propende a declarar héroes a personajes que, como el tercer Duque de Alba, más denigran que enaltecen con su memoria a la Patria, y hasta se han levantado estatuas a oficiales perfectamente oscuros y sin relieve ni recuerdo, no más que por satisfacer a un arma de la milicia

que necesitaba su representante entre los de otra arma.

En cuanto se haga a los militares especialistas en patriotismo, en patriotismo, que debe ser lo más general y más común en la Nación, el sentimiento patriótico empezará a falsearse y a debilitarse, haciéndose patriotería.

Y poniendo así en peligro al patriotismo, se pondrá en peligro también el Ejército, que reducido a su esfera y contenido en sus límites, puede y debe ser para muchos una escuela de aquél.

Y ocurre con el Ejército una cosa que no ocurre, por lo menos en igual grado, en la Iglesia, y es que aquél se compone de la clase de tropa, de los paisanos que sirven en armas, y de la oficialidad, de los que mandan aquélla, y hacen de por vida profesión de las armas. Y siempre que se habla del Ejército se quiere decir la oficialidad, pues se supone que los soldados carecen de toda conciencia colectiva. Y así es, de hecho, debido acaso a que el servicio militar no es obligatorio para todos.

En los antiguos Ejércitos de mercenarios, donde los soldados lo eran de oficio y a la milicia se dedicaban de por vida, podía hablarse del espíritu del Ejército, y acaso volverá a poder

hablarse de él cuando el Ejército sea la nación de armas y sirvan en filas todos los ciudadanos capaces de llevar un fusil y manejarlo. Pero hoy puede decirse que en rigor no existe Ejército en naciones como España, sino tan sólo oficialidad. El antiguo Ejército, el de los tercios de Flandes o el del saco de Roma, no existe ya, y el del porvenir, la nación en armas, no existe aún. En el siglo pasado no tuvimos sino unas masas, mejor o peor organizadas, de pobres muchachos, campesinos pobres en su mayoría, a los que lo mismo llevaban sus jefes a pelear contra los carlistas o los cubanos o los tagalos, como alguna vez a pronunciarse contra un régimen político, de que ellos no tenían la más lijera noción. Los hacían proclamarse contra los Borbones en Alcolea o por los Borbones en Sagunto.

Si al fin el Ejército fuese lo que debería ser, en caso de existir Ejército—y ha de durar, como todos los males necesarios a un Estado social, lo que este Estado dure—; si fuese la nación en armas y pasasen por él todos los ciudadanos capaces de llevarlas, aun se comprendería que hubiese quien propusiera que juzgase los delitos contra la Patria ante un Jurado de soldados a quienes se les garantizase perfecta independencia de juicio. Y aunque esto nos pareciera a muchos

absurdo, aun lo sería menos que lo de que entienda de tales supuestos delitos el Cuerpo de oficiales que manda al Ejército, no el Ejército mismo.

Más de una vez he oído estos días un razonamiento como éste: «Pero ¿qué les importa cuál haya de ser el fuero que entienda en los delitos contra la Patria, a los que no se proponen delinquir contra ella?» Pocas veces he oído ocurrencia más peregrina y más desatinada. En mi vida se me ha ocurrido robar, ni pienso ser ladrón, y Dios me libre de que me vea tentado a serlo; pero si se dijera que para entrar en el Jurado que entienda de delitos contra la propiedad, hay que acreditar poseer una renta de tanto o cuánto, excluyendo a los pobres, protestaría. Somos muchos los que sin haber atacado nunca a la Patria, ni pensar atacarla, y hasta creyéndonos muy patriotas, estimamos, o ya, como yo creo, que el discutir la Patria y negarla no es delito, o que, aun creyéndolo tal, nos parece que no merece, ni mucho menos, el rigor que tememos desplegara contra ello la jurisdicción militar de lo criminal.

Ese argumento, permítaseme que lo diga, es un argumento grotesco. Hay sincerísimos católicos, que ni han incurrido ni piensan incurrir en

herejía, y que, sin embargo, protestarían si se tratase de restablecer el Santo Oficio. Y yo, que no blasfemo ni pienso blasfemar, protestaría si se tratase de que fuesen los Tribunales eclesiásticos los que hubiesen de entender en casos de blasfemia, entregando luego el reo al brazo secular. Porque a mí, que me repugna la blasfemia, me repugna tanto o más el sentimiento que respecto a ella abrigan, o aparentan abrigar, los más de los sacerdotes.

Todos mis lectores han oído y leído aquella atroz y repulsiva proposición de que el ser liberal es peor que ser ladrón, asesino o adúltero, y todos ellos conocen, como yo, sujetos que ponen los Mandamientos de la Iglesia por encima, ni siquiera al lado—lo cual es también ya un desatino,—de los Mandamientos de la Ley de Dios, y estiman tan sagrada la obligación de oír misa los domingos, como la de no mentir o no robar. Y si el patriotismo tomara los rumbos que la religión tomó, nos encontraríamos a su respecto con cosas por el estilo de éstas. Habría unos mandamientos del Ejército por encima de los mandamientos de la Patria, no siquiera al lado de ellos.

En resolución, no volvamos a las andadas y se repita con la Patria lo que con la Iglesia ocurrió. No sirva la Patria, como la religión sirvió, de pretexto para ahogar la libertad de conciencia. Porque tanto ahoga la conciencia el que impide que se discuta públicamente a Dios y se le niegue, como el que impide que se discuta y se niegue públicamente a la Patria.

La supremacía del Poder civil, que debe ser absoluta, completa y soberana, es garantía de que el patriotismo ha de seguir su proceso normal. Todos los militares son ciudadanos; no todos los ciudadanos, sí una muy pequeña minoría de ellos, son militares.

A nada se parece el Ejército más que a la Iglesia. Cuando se temían las penas espirituales y hasta los espíritus de más recio temple temblaban ante las consecuencias de una excomunión, el anticlericalismo era una cosa secreta. Hoy abundan los que ocultan con el más exquisito cuidado su antimilitarismo.

He oído a más de uno declarar que era católico, acataba la autoridad de la Iglesia y confesaba y creía cuanto ella cree y confiesa, pero que era anticlerical. Pero aun no he encontrado quien diga que es español y patriota, que cree

necesario el Ejército y estima se le debe rodear de toda clase de prestigios, pero que es antimilitarista.

Una cobardía vilísima incuba la mentira—sea de comisión, sea de omisión—en casi todos los espíritus. Parece se trata de obtener por el amedrentamiento lo que por serena y libre discusión no se lograría. Susúrrase yo no sé qué amenazas y se le advierte al Parlamento, en tono veladamente conminatorio, yo no sé de qué peligros. Se habla de lo más triste, de lo más funesto, de lo más degradante para la Patria: de pretorianismo. Y aquí parece no hay aquel nobilísimo y ardiente valor cívico que hizo en Francia, cuando el proceso Dreyfus, que los combatientes de pluma desbarataran las intrigas de los combatientes de espada.

Por mi parte declaro que el concepto de la Patria que se mantiene y fomenta en el Ejército, no puede ni debe declararse que sea el concepto normal y el que haya de servir de tipo al de los ciudadanos todos. Un Ejército, para marchar en orden de batalla, necesita, dicen, de la enseña de la Patria, de la bandera; pero no todos los ciudadanos necesitamos, para cumplir nuestros deberes patrióticos, de ese especial culto que se simboliza en la bandera. Ni es posible ni conviene

que el sentimiento patriótico asuma las mismas formas en todos.

Ya que haya de existir y subsistir un Ejército, y mientras exista y subsista, necesita una organización especial y una especial disciplina, y así como no tendría él eficacia a falta de esa su disciplina, así también si el espíritu de ésta se derramase por la sociedad civil, sería la muerte moral de ella. La jerarquía civil ni puede ni debe estar calcada en el tipo de la jerarquía militar. Ni el convento ni el cuartel, que tantas analogías tienen entre sí, nos ofrecen modelos de sociedad humana normal, progresiva, duradera y libre.

¡Dios nos libre de un nuevo Santo Oficio, aunque con el cambio de procedimientos que exige el cambio de jurisdicciones, la diferencia de herejías, y sobre todo, el cambio de los tiempos, que a todos se nos impone! Pensemos que no estamos solos en el mundo.

Cuando las tropas de Napoleón invadieron la Patria, el pueblo todo se alzó en armas, y el pueblo todo peleó, cada uno a su manera, contra los invasores. Fué la nación toda en armas. El espíritu que animaba a los héroes del Bruch y a los gerundenses no se ha extinguido; pero si se hace del Ejército el dictador del sentimiento patrio, el que le dé dirección y sentido e imponga sus dog-

mas intangibles, podríamos llegar a un estado tal de pseudopatriotismo de coacción, que ante una invasión análoga a la de entonces, se cruzase el pueblo de brazos diciendo: ¡Vosotros sois la Patria; defendeos!

Febrero, 1906.

¿QUÉ ES VERDAD?

CUENTA el cuarto Evangelio, en su capítulo XVIII, que cuando llevaron a Jesús preso, al pretorio, llamándole aparte Pilato, el intelectual pretor romano, le preguntó si era el rey de los judíos; y al contestarle Jesús que su reino no era de este mundo y que había nacido para dar testimonio de la verdad, le volvió a preguntar Pilato diciendo: «¿Qué es la verdad?»; y sin esperar respuesta se salió a decir a los judíos que no hallaba culpa en aquel hombre.

Ya antes de nacer el Cristo preguntaban los intelectuales que gobiernan o quieren gobernar a los pueblos qué es la verdad, y sin esperar respuesta, se volvían a resolver en mentira los asuntos que les estaban encomendados; y después de haber muerto el Cristo, en testimonio de la verdad, siguen los Pilatos preguntando, de pasada, qué es la verdad, y volviéndose a lavarse las manos en aguas consagradas a la mentira.

¿Qué es la verdad? Tomo el tratado de filoso-

fía que encuentro más a mano, el que llevábamos de texto en la Universidad cuando seguí mis dos cursos de metafísica, y que tiene la inapreciable ventaja, para este caso, de ser un libro larga, ancha y profundamente ramplón, falto de toda originalidad, fidelísimo espejo del abismo de vulgaridad, de ñoñez, de tontería, a que ha venido a caer entre nosotros eso que llaman el tomismo. Es la *Filosofía elemental escrita por el excelentísimo señor don Fray Zeferino González, obispo de Córdoba*—así reza la portada de la segunda edición—, uno de los hombres que más tonterías han escrito en España. Abro este libro detestable con que me entelarañaron la inteligencia a mis diez y seis años, y en el artículo 1.º del capítulo II de la sección segunda de su libro primero, leo que la verdad se divide en *metafísica, lógica* y *moral.*

Ya nos están dividiendo a la verdad, es decir, enturbiándonosla. Pero sigamos y veamos lo que de ella nos dice este libro típico, escrito por uno de nuestros hombres más representativos.

«Verdad metafísica *es la realidad objetiva de las cosas en cuanto éstas, por medio de su esencia, corresponden a la idea típica de las mismas, preexistente* «ab æterno» *en el entendimiento divino.*» Dejemos este lío, sin me-

ternos a indagar si las cosas no son ya, ellas mismas, esas ideas típicas preexistentes en el entendimiento divino.

Y no nos metamos a averiguar qué es eso de que las cosas correspondan con su idea divina *por medio de su esencia*, y qué mediación es ésta de la esencia y en qué la esencia se distingue de las cosas mismas, a que sirve de medianera. Esta bazofia intelectual se nos servía en nuestra juventud.

«La verdad *lógica*... puede definirse: *la conformidad o ecuación del entendimiento como cognoscente con la cosa conocida.*» Esto no es sino una paráfrasis, en torpe y desmañado castellano, de la conocida definición de Santo Tomás: *adœquatio intellectus et rei.* Dejémosla, pues; ha sido mil veces criticada.

«La verdad *moral es la conformidad o ecuación del lenguaje externo con el juicio interno del sujeto.*»

Dejando ahora a Fray Zeferino, digamos que la verdadera verdad, la verdad radical es esta última, la que llama moral. De ella arranca la otra, la lógica.

A lo contrario de la verdad lógica se llama error, y a lo contrario de la verdad moral se llama mentira. Y es claro que uno puede ser veraz, de-

cir lo que piensa, estando en error, y puede decir algo que sea verdad lógica mintiendo.

Y ahora digo que el error nace de la mentira.

Más de una vez, antes de ahora, he dicho una cosa que pienso volver a repetir muchas veces más: y es que vale más el error en que se cree, que no la realidad en que no se cree; que no es el error, sino la mentira, lo que mata al alma.

El hombre miente y aprende de otros hombres la mentira. En el trato social hemos aprendido la mentira, y como el hombre lo ve todo con ojos humanos, todo lo humaniza. Humaniza el hombre a la naturaleza, atribuyéndole cualidades e intenciones humanas; y como el hombre dice una cosa y piensa o siente otra, suponemos que también la naturaleza suele pensar o sentir de un modo y presentársenos de otro; suponemos que la naturaleza nos miente. Y de aquí nuestros errores, errores que proceden de suponer a la naturaleza, a la realidad, una intención oculta de que carece.

¿Qué quiere decir la nieve, el rayo, la cristalización, la partenogénesis, el atavismo?, nos preguntamos. Y no quieren decir más que lo que dicen, porque la naturaleza no miente.

Si los hombres fuésemos verídicos siempre, si

nunca mintiéramos ni por comisión ni por omisión, ni falseando la verdad ni callándola, a nadie se le ocurriría hablar de conformidad entre el lenguaje externo y el juicio interno, porque el lenguaje y el juicio serían una misma y sola cosa. Si no mintiéramos, ni de palabra ni de silencio, no habría distinción entre fondo y forma de nuestro pensamiento, ni la palabra sería vestidura de la idea, sino la idea misma exteriorizada. Hablar no sería sino pensar en voz alta, pensar para los demás. Y entonces, trasladando esto a la naturaleza, comprenderíamos y sentiríamos—sentir es algo más íntimo que comprender—que no hay distinción alguna entre la realidad y lo que como tal se nos aparece, que la naturaleza nos habla pensando, o piensa hablándonos.

Mas el hecho es que por sutil magia, por misterioso proceder, la naturaleza miente a los mentirosos.

Estoy persuadido de que si la absoluta veracidad se hiciese dueña de los hombres y rigiese sus relaciones todas, si acabase la mentira, los errores desaparecerían y la verdad se nos iría revelando poco a poco.

El único culto perfecto que puede rendirse a Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden a diario maquinalmente

millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad.

Dejad la reforma de todo vicio, de toda flaqueza; humillaos al azote de la soberbia, de la ira, de la envidia, de la gula, de la lujuria, de la avaricia: pero proponeos no mentir nunca ni por comisión ni por omisión; proponeos, no sólo no decir mentiras, sino tampoco callar verdades; proponeos decir la verdad siempre y en cada caso, pero, sobre todo, cuando más os perjudique y cuando más inoportuno lo crean los prudentes, según el mundo: hacedlo así y estaréis salvos, y todo esos pecados capitales no podrán hacer mella en vuestras almas.

¿Te domina la soberbia, o la envidia, o la lujuria, o la avaricia? Pues no lo ocultes. No seas hipócrita, ni con la hipocresía del que llamamos así, hipócrita, ni con la hipocresía del cínico, que nos quiere engañar con la verdad, mentirnos diciendo lo que es real.

Dicen que en la confesión de culpas lo esencial para obtener el perdón de ellas es la contrición, o siquiera, a falta de ella, la atrición. No; lo esencial es confesarlas, hacerlas públicas, decir la verdad. No resulta muy claro del relato evangélico (vid. Luc., XXIII, 39-41) si el malhechor que, estando crucificado junto a Jesús, reprendió

al otro y confesó su culpa, por lo cual el Cristo le prometió el paraíso, estaba o no contrito. Declaró, es cierto, que merecía aquel castigo; pero puede un criminal declarar justo el castigo que se le inflige sin sentirse por ello arrepentido de su culpa; le habló a su compañero del temor de Dios, pero lo esencial es que confesó su culpa en voz alta. No mintió, ni de palabra ni de silencio.

Hay gentes que se escandalizan cuando se les habla del reinado de la absoluta verdad, de la verdad oportuna o inoportuna, y que se imaginan que entonces no se podría vivir en el mundo. Hablaba yo de esto con una dama muy inteligente, y le decía que así como el paganismo culminó en el desnudo del cuerpo, así el cristianismo debe culminar en el desnudo del alma, y me replicó: «¡Qué horror, Dios mío! Si no fuese por el traje, ¿cómo vivirían los jorobados, los lisiados, los estropeados, los desgalichados, todos los que tienen algo que ocultar?» Y yo le repliqué: «¡Mucho mejor que ahora, señora! El jorobado está peor vestido que desnudo; el traje no hace sino atormentarle la joroba, y hacernos suponer que es mayor de lo que en realidad es. Así que nuestros ojos se acostumbrasen al desnudo, comprenderíamos las deformidades corporales. Estoy seguro de que entre los salvajes que andan no más que con

taparrabos pasan los jorobados más inadvertidos que entre nosotros.» «Es que entre ellos apenas los hay», me contestó. Y yo: «No los hay porque andan desnudos.» Y ella: «Porque los matan apenas nacen con joroba.» Y aunque así sea, vale más.

Oigo con frecuencia glosar el *words, words, words* shakespeariano, y decir que no nos hacen falta palabras, sino obras. Y esto lo dicen gentes que se llaman cristianas, y que debían saber que, según el cuarto Evangelio, en el principio era la palabra, y la palabra era hacia Dios, y Dios era la palabra, y que todas las cosas fueron hechas por la palabra, y sin ella no se hizo nada de lo que hecho está, y en ella, en la palabra, estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (Juan, I, 1-5). Y eso lo dicen gentes que se dicen cristianas y que debían saber que cuando Jesús, en casa de Simón el Fariseo, perdonó a la pecadora, no ejecutó *acción* alguna, ni simbólica ni no simbólica; no hizo gesto alguno con la mano en el aire, ni le tocó siquiera con la mano como tocó al leproso al decirle: «quiero, sé limpio» (Mat., VIII, 2-4), sino que le dijo sencillamente: «los pecados te son perdonados, tu fe te ha salvado, ve en paz» (Luc., VII, 36-50). Le limpió de su

pecado con su palabra, no más que con su palabra. Y dicen también los Evangelios que echaba los demonios de los hombres con la palabra (Mat., VIII, 16). Y es la palabra que nos hace falta: la que eche a los demonios.

Jesús no bautizó, no confirmó, no celebró misa, no casó, no ungió moribundos, sino que administró siempre el santo sacramento de la palabra. Y es que la palabra, cuando es palabra verdadera, cuando es palabra de verdad, y la suya, la de Jesús, era la palabra de verdad absoluta, hasta el punto de que era él la encarnación de su palabra; la palabra, cuando es palabra de verdad, es la fuerza creadora que eleva al hombre sobre la naturaleza inhumana y bruta. El hombre es hombre por la palabra.

«Nada de palabras; hechos ¡hechos!»—gritan los esclavos de la mentira, sin advertir que eso que llaman hechos no suelen ser sino palabras, y que la palabra es el hecho más fecundo. Llaman un hecho a una ley gacetada; y ¿qué es una ley gacetada sino una palabra escrita?

Hay otro pasaje evangélico de que resalta todo el poder cristiano de la palabra. Y es que cuando iba Jesús a curar al siervo del centurión le envió éste recado diciéndole que no se incomodase, pues no era digno de recibirle bajo el techo de su casa,

sino que dijera una palabra y el siervo quedaría sano, porque él, el centurión, hombre de autoridad, decía a un soldado ¡ven!, y el soldado venía; decíale ¡vete!, y se iba. Oyendo Jesús lo cual se maravilló, y volviéndose a los que le seguían les dijo: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Luc., VII, 1-9). Y la fe del centurión, la fe por la cual consiguió la cura de su siervo, era la fe en la palabra, esta fe que está casi extinguida en Israel.

¡Palabras!, ¡palabras!, ¡palabras! Y ¿qué más quisiéramos que palabras, si fuesen palabras de verdad, de verdad oportuna o inoportuna? ¿Qué más quisiéramos que palabras, si esas palabras fuesen el pensamiento mismo del que las pronuncia, sea o no conforme a realidad ese pensamiento?

Más de una vez ha resonado en el salón de sesiones de nuestro Parlamento, en esa catedral de la Mentira, esta apestosa blasfemia: «¡Eso no puede decirse aquí!», o esta otra: «¡Eso no puede oírse con calma!» Y lo único que no debe decirse, ni allí ni en ninguna parte, es la mentira, y es la mentira lo único que no debe oírse con calma. Todo lo demás hay que decirlo allí y en todas partes, y allí y en todas partes oírlo con calma, y cuando es un error, una equivocación, replicarlo y rectificarlo también con calma.

Hoy mismo, 16 de diciembre, acabo de leer en la reseña que un diario hace de la sesión del Congreso, de anteayer, que al decir un diputado republicano que él y sus compañeros no eran católicos, se oyeron rumores, esos estúpidos rumores inarticulados que son la manera de expresarse las muchedumbres inconcientes. Y los más de los rumoreantes o rumorosos tampoco eran católicos, por la sencilla razón de que no lo son los más de nuestros diputados, incluyendo a los profesionales del catolicismo. Porque éstos podrán aparecer católicos en cuanto diputados, mas siempre cabe dudar de que lo sean en cuanto hombres. Hay muchos que no lo son sino en cuanto empleados, o periodistas, o criados, o hijos, o maridos, o padres. Periódico hay que se dice católico cuando le aprietan, y en que no hay un solo redactor que lo sea.

Aunque en rigor en España ser católico apenas quiere decir hoy otra cosa, para la gran mayoría, sino simplemente el no ser otra cosa. Es católico el que, habiendo sido bautizado, no abjura públicamente del que se supone, por ficción social, ser su credo, y no piensa en él ni poco ni mucho, ni para profesarlo ni para desecharlo y cobrar otro, o por lo menos buscarlo.

Y en este horrible fangal de mentira y de co-

bardía se oye de vez en cuando: «¡Hechos! ¡Hechos! ¡Hechos! ¡Nada de palabras!» Y el hecho supremo, el gran hecho, el hecho fecundo, el hecho redentor, sería que cada cual dijese su verdad. Sin más que eso, estábamos al otro lado de la sima que se nos abre ante los pies.

Y todavía hay miserables que, no atreviéndose a defender la mentira, la hedionda mentira, tratan de hacerla pasar por ilusión y nos hablan del poder de ésta y del alivio que se procura uno tratando de engañarse a sabiendas.

No: el arte es lo que más lejos está de la mentira, y la mentira es lo más profundamente antiestético que existe. No: la mentira no es consuelo nunca, y la ilusión consoladora no es mentira.

Hay una frase horrible que se atribuye a Voltaire, y es aquella de que «si Dios no existiera, habría que inventarlo.» Ese Dios así inventado, para engañarse o engañar a las gentes, no sería, no ya un No-Dios, sino un Anti-Dios, un demonio absoluto. Ese es el único demonio que existe, el Dios inventado por los que en lo íntimo de su corazón no creen en Él.

Y ¿qué es creer en Dios?—preguntarán aquí los Pilatos. Y dejándome de la fe lógica, paralela

a la verdad llamada lógica, y ateniéndome a la fe moral correspondiente a la verdad moral, les diré que creer en Dios es querer que Dios exista, anhelarlo con toda el alma. El que no pudiendo concebir con la inteligencia la esencia de Dios, considerando su idea una hipótesis que nada explica, y puros sofismas los que llaman pruebas de su existencia, desea, sin embargo, en su corazón que Dios exista y se acomoda a una conducta para con Él, dando personalidad al Ideal Supremo, cree en Dios mucho más que aquel otro que está convencido lógicamente de que existe un Dios, pero para nada lo tiene en cuenta, o sólo para justificar su culto a la mentira.

Un día me reprendía un celoso católico lo que él llamaba mi subjetivismo, y me decía que confundo a la fe con la imaginación. Y se empeñaba en hacerme comprender—repitiéndome argumentos de la más crasa vulgaridad, y que estoy harto de sabérmelos de memoria—, la diferencia que hay entre eso que él llamaba—apartándose en tal nomenclatura de los cánones de su escuela—fe subjetiva y la fe objetiva.

Y yo le dije con calma:

— No se canse usted, amigo, en repetirme todas esas cosas; sé muy bien lo que usted quiere

decirme. Y no se canse en argumentarme con silogismos y raciocinios formales. La fe de ustedes está muriendo ahogada en silogismo. El cáncer de su Iglesia de usted es el racionalismo, ese racionalismo contra el que no cesan ustedes de clamar. Han querido hacer de la religión una filosofía. Cada uno de esos hórridos y áridos sermones en que un jesuíta la emprende con los corifeos de la impiedad moderna, empedrando su conferencia de «es así ques» y «luegos», y «queda, pues, evidentemente demostrado» y otras figuras lógicas por el estilo, cada uno de esos desdichados sermones es un nuevo golpe asestado a la verdadera fe. Y en ellas, en esas antirreligiosas conferencias, acostumbran a mentir descaradamente, atribuyendo a esos que llaman impíos cosas que nunca sostuvieron, o hablando de sus doctrinas, teniendo conciencia de no conocerlas sino por vagas referencias. Y esto último es mentir.

Ya sé—continué diciéndole—que usted en el fondo, y aunque ni siquiera lo sepa, es materialista, no porque usted crea que no hay sino materia, sino porque usted necesita que le prueben las cosas materialmente; necesita, como los judíos, señales para creer; necesita cojer la verdad con las dos manos, y con los pies y con la

boca. Ya sé que usted se cree perdido si esas pruebas que de la existencia de Dios traen sus textos, resulta que no prueban nada de lo que tratan de probar. Y, sin embargo, amigo mío, yo no he leído en el Evangelio semejantes pruebas, ni he encontrado allí nada de esos horribles «es así ques» y «luegos» aristotélicos. Y en cuanto alguno de ustedes se encuentra con la mirada de la Esfinge y el taladro de la duda, de la santa duda, madre de la fe verdadera, empieza a labrarle el corazón, se vuelve de espaldas a la Esfinge, se sacude por procedimientos de mecánica espiritual la duda, y diciéndose: «ea, ¡más vale no pensar en ello!», se entrega a la mentira. Porque eso no es sino entregarse a la mentira.

Hay, amigo mío—seguí diciéndole—, quien estima que el suicidio es un crimen no tan grande, sino mucho mayor que el asesinato; que es más culpable ante Dios el que se mata a sí mismo que no el que mata a un prójimo. Hay quien sostiene, y no por ingeniosidad, aunque así lo parezca, que en el suicidio concurren todas las circunstancias agravantes del homicidio. No lo sé, ni me parece posible saberlo con certeza; pero sí creo que el mentirse a sí mismo es peor aún que mentir a los demás. Y hay gentes que viven en perpetua mentira íntima, tratando de acallar la

verdad que del fondo del corazón les brota.

Un pobre amígo mío que pasó por una intensa crisis religiosa, fué una vez a confesarse, creyendo que hallaría, si no curación, alivio. Y me vino diciendo que el bueno del padre confesor le había dicho: «¿Te crees tú que a los demás no se nos ocurren esas dudas? ¡Deséchalas, no pienses en ellas!» Y yo le dije: «¡Acójelas, no pienses en otra cosa!» Y siguió contándome que el confesor le había dicho también que procurara distraerse, que se cuidase, que comiera bien, que durmiese mucho, y que si le apretaban mucho aquellas congojas espirituales, volviese a él, pero no olvidase tampoco consultar con el médico. Y yo le dije: «Ese horrible confesor no es más que un empedernido materialista.» Mi amigo me hizo caso, y hoy halla más íntima paz, y más consuelo, y más fe en medio de sus congojas, inquietudes y desasosiegos, que las hallan otros en una abdicación de la verdad.

Me preguntó: «¿Cómo hallar la verdad?» Y le contesté: «¡Diciéndola siempre!» Y volvió a preguntarme: «¿Pero la verdad de fuera, la verdad objetiva, la verdad lógica, lo que es verdad?» Y le contesté: «¡Diciendo siempre y en cada caso, oportuna o inoportunamente, la verdad de den-

tro, la verdad subjetiva, la verdad moral, lo que crees ser verdad!»

Eso que llamamos realidad, verdad objetiva o lógica, no es sino el premio concedido a la sinceridad, a la veracidad. Para quien fuese absolutamente y siempre veraz y sincero, la Naturaleza no tendría secreto alguno. ¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! Y la limpieza de corazón es la veracidad, y la verdad es Dios.

Se ha dicho miles de miles de veces que la mayor parte de las discusiones son discusiones por palabras, y que a las veces combaten los hombres por una misma causa, a la que dan diferentes nombres los diferentes luchadores. Y el hecho es más bien que las discusiones suelen ser discusiones de mentiras, y que por ellas combaten los hombres. En vez de decir: «Yo quiero esto, y lo quiero porque lo quiero, sin saber por qué lo quiero», o si lo sabe, decir con verdad por qué lo quiere, inventa el hombre una mentira para justificar su deseo, y pelea por su mentira. Y en los más de los casos no habría pelea si hubiera verdad.

Hay gentes que dicen pelear no por el hecho, sino por el derecho; no por el huevo, sino por el

fuero. Si quedara el huevo del hecho escueto y claro, no haría falta el fuero de derecho. Si uno me dice: «Te quito esto porque me pertenece a mí en virtud de que me lo diste o me lo prometiste o me lo quitaste», defenderé lo que creo mío, y llegaré a luchar con mi adversario, gritando: «¡No te lo di!», o «¡no te lo prometí!», o «¡no te lo quité!»; pero si me dice pura y sencillamente: «Te quito esto porque lo quiero para mí y tengo más fuerza que tú», me volveré a los demás, y diciéndoles: «Este hombre puede más que yo, y porque puede más que yo me quita esto que es mío», le dejaré que me lo quite.

Y no sirve decir que el hombre es torpemente egoísta y que defiende lo suyo con justicia o sin ella. No; el sentimiento de la justicia y el de la verdad tienen más hondas raíces que el del interés y el de la mentira.

Abrigo la fe de que todos, absolutamente todos los males que creemos son la causa de nuestras miserias, el egoísmo, el deseo de prepotencia, el ansia de gloria, el desprecio hacia los demás, todos desaparecerían si fuéramos veraces. Si el que parece despreciar a sus prójimos no recelara su desprecio y lo envolviera y lo falsificara, acabaríamos por ver todos, y entre todos él mismo, que era un contrasentido tal desprecio y

que al despreciar a los demás se despreciaba a sí mismo.

Considero que entre los ciudadanos más útiles a su patria y a sus semejantes todos, entre los más fecundos en bienes, están esos a los que se llama soberbios, que no ocultan la creencia en su propia superioridad y a quienes se les oye quejarse, en una u otra forma, cuando sus compatriotas no hacen de ellos el aprecio que ellos creen merecer. Una cosa es si un hombre cualquiera merece ese aprecio distintivo de que estos sujetos a que aludo se creen merecedores y si hay nunca tales superiores, y otra muy distinta el que haya quienes se encuentren en ese caso y no lo oculten hipócritamente. Podrán estar equivocados, pero no mienten.

Cuando, siendo yo congregante de la Congregación de San Luis Gonzaga, a mis catorce años, oí leer una vez, en la vida del santo, que éste, por haber sustraído un poquito de pólvora a los soldados de su padre para cargar con ella un cañoncito de juguete que tenía y por haber repetido, sin entenderla, cierta blasfemia que oyó a esos mismos soldados, se creía el más pecador de los hombres, este rasgo, lejos de edificarme, lo recuerdo bien, me desedificó; porque no pudiendo yo creer que hubiese quien por eso se creyera el

más pecador, me pareció todo ello mentirse a sí mismo por darse importancia de pecador. Cierto es que nunca logró conmoverme, ni en los días de mi más fervoroso catolicismo juvenil, ese jesuíta santo profesional, que parece, tal como nos le presentan—me complazco en creer que sería muy de otro modo—, un muñeco construído sobre los planos del perfecto modelo de la juventud jesuítica, del Grandison de la gazmoñería. Y no me extraña que un hombre tan serio, de espíritu tan sincero y tan hondamente religioso como Guillermo James, después de haber tratado de San Luis Gonzaga en su libro sobre las variedades de la experiencia religiosa *(The varieties of religious experience...* by William James, 1902), agregue que cuando la inteligencia, como en Luis, no es originalmente más grande que la cabeza de un alfiler *(no larger than a pin's head)* y abriga ideas de Dios de una pequeñez correspondiente, el resultado, no obstante el heroísmo ejercitado, es en conjunto repulsivo.

Y ya me parece estar oyendo a algún devoto del santo: «¡Eso no puede decirse! ¡Eso no puede oírse con calma!» Y, sin embargo, eso, cuando se dice, como lo dice James y lo digo yo, sin ánimo de ofender a nadie, sino con ánimo de decir la verdad, debe decirse y deben oírlo con calma

cuantos aman la verdad, créanlo o no exacto.

Es realmente repugnante eso que se oye a menudo cuando alguien serenamente, sin querer molestar ni herir a ninguno de sus prójimos, enuncia un parecer suyo que está en desacuerdo con el parecer del que le oye, y éste exclama: «¡Está usted hiriendo mis sentimientos!» En cambio ocurre a otros, a mí por lo menos, que quien hiere mi sentimiento de amor a la verdad es el que viene a querer corroborarme en lo que pienso sin pensar él como yo.

Ahí tenéis un sacerdote de la Iglesia que se dice única depositaria de la verdad cristiana: no tolera que delante de él se enuncien ciertas proposiciones heréticas; y si es en público, exclama que se está hiriendo sus sentimientos religiosos. Y a este mismo sacerdote le llaman a confesar a un incrédulo moribundo, y cuando él llega, el incrédulo ni ve, ni oye, ni entiende, o si ve, oye y entiende rehusa confesarse, o si se confiesa, declara sus pecados, los que él tuvo por tales, pero no dice nada de su credo y su fe o declara que no son ni el credo ni la fe de la Iglesia; y el sacerdote, cuyos sentimientos religiosos se sienten heridos, diciendo serenamente la verdad, le absuelve, y luego se le hace un funeral y se le entierra en sagrado y se dice que murió en el seno

de la Iglesia, añadiendo: «Si a última hora estos impíos, cuando ven la mala...» Y esta horrenda mentira de las conversiones de última hora, medra y se propaga que es una maldición.

Si sólo se dijese la verdad, no se podría vivir. ¿Quién ha dicho esta blasfemia? ¿Quién es el menguado que sostiene y propala que quien se proponga ser verídico siempre se estrellará? ¿Qué es vivir? ¿Qué es estrellarse?

En todos los órdenes, la muerte es la mentira, y la verdad es la vida. Y si la verdad nos llevara a morir, vale más morir por verdad, morir de vida, que no vivir de mentira, vivir muriendo.

En el orden más íntimo, en el orden más entrañable, en el orden religioso, toda la miseria de esta pobre España, enfangada en toda clase de mentiras, es que se perpetúa una mentira: la mentira de que España sea católica. No; la España conciente, la de las clases dirigentes, la España de los que piensan y gobiernan, no es católica. No son católicos en su mayoría los que, haciendo pública confesión de serlo, escalan los altos puestos. Y mientras esa mentira no se borre, España no acabará de ser cristiana.

Esos rumores de los diputados rumorosos o rumoreantes, que estallan cuando otro diputado

confiesa sencillamente que no comulga en la Iglesia oficial, esos rumores deben guardarse para cuando un diputado, un ministro, de quienes les consta que apenas cree ni en Dios ni en el diablo, salga haciendo pública confesión de ser sincero católico, cosa que sucede a menudo. Esos rumores deben quedar para cuando cualquier santón de la mentira parlamentaria, al hablar contra eso que llaman clericalismo, se crea obligado a hacer reservas; y para que no se le tome por anticatólico, siendo sencillamente no católico, agregar que él es hijo sumiso de la Iglesia.

Y no son en España católicos ni aun muchos de los que creen serlo y oyen misa todos los domingos y fiestas de guardar, comulgan una vez al año y comen de viernes por Cuaresma; porque los tales vuelven la espalda a la mirada de la Esfinge y no quieren pensar en el que dicen ser su credo.

El contentarse con la fe llamada implícita, a conciencia de que lo es y de que hay otra explícita; el atenerse al «creo lo que cree y enseña la Santa Madre Iglesia», apartándose de examinar lo que la Iglesia enseña y cree, por flojera o más bien por temor de ver que no hay tal fe, eso es la más grande de las mentiras.

Es que no todos podemos ser teólogos—me contestó un amigo a quien le dije esto. Y yo le

repliqué: los teólogos matan la fe. Y sobre todo, en medicina puede curarme la ciencia de mi médico, aunque yo no sepa ni hacia dónde me cae el hígado; pero en religión no puede salvarme la fe de mi confesor. En la vida del espíritu sólo mi verdad me salva, y mi verdad no es la verdad que desconozco, aunque sea ésta la verdad de los demás. Mientras yo no sepa qué quiere decir eso de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no sólo del Padre, y qué diferencia haya para la vida del espíritu de que sea una u otra cosa o no sea ninguna de las dos, ¿de qué me sirve oír cantar en la misa, con música de Palestrina y en latín, lo de *qui ex Patre Filioque procedit?* Lo que estorba daña, y estorba en el alma toda yerba que no da fruto, toda maleza infecunda, toda idea, o mejor, toda frase, que no responde a sentimiento alguno, toda palabra que no evoca un concepto caliente y luminoso.

Tú que dices ser hijo sumiso y fiel de la Iglesia Católica y creer todo lo que ella cree y enseña, ¿qué cosas que hoy haces no harías, o qué cosas que no haces hoy harías, si creyeras que el Espíritu Santo procede solamente del Padre y no del Padre y del Hijo, o si creyeras que no procede de ninguno de los dos? Eso, yo aquí te lo digo, no es creer nada.

Me hablas de la Iglesia como de la depositaria de las verdades de tu fe. Las verdades que no estén depositadas en tu alma no son verdades de tu fe, ni para nada te sirven. Tu fe es lo que tú crees teniendo conciencia de ello, y no lo que cree tu Iglesia. Y tu Iglesia misma no puede creer nada, porque no tiene conciencia personal. Es una institución social, no una fusión de almas.

Y bien, en resumen: ¿qué es verdad? Verdad es lo que se cree de todo corazón y con toda el alma. ¿Y qué es creer algo de todo corazón y con toda el alma? Obrar conforme a ello.

Para obtener la verdad lo primero es creer en ella, en la verdad, con todo el corazón y toda el alma; y creer en la verdad con todo el corazón y toda el alma es decir lo que se cree ser verdad siempre y en todo caso, pero muy en especial cuando más inoportuno parezca decirlo.

Y la palabra es obra, la obra más íntima, la más creadora, la más divina de las obras. Cuando la palabra es palabra de verdad.

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios! Decid vuestra verdad siempre, y Dios os dirá la suya. Y veréis a Dios

y moriréis. Porque dicen también las Escrituras que quien ve a Dios se muere. Y es lo mejor que puede hacerse en un mundo de mentira: morirse de ver la Verdad.

Marzo, 1906.

ÍNDICE

Págs.

¡Ramplonerías! 9
Soledad 39
Sobre la erudición y la crítica 71
Poesía y oratoria 111
La crisis actual del patriotismo español 129
Sobre el rango y el mérito (Divagaciones) 159
La Patria y el Ejército 189
¿Qué es verdad? 217

PUBLICACIONES DE LA
RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Estas publicaciones responden a la necesidad de buscar una expresión de la actividad espiritual que en la *Residencia* y en torno de ella se ha ido desenvolviendo. Los varios modos en que va cuajando esta actividad, estarán representados en diferentes series de libros. No se trata, pues, tan sólo, de dar publicidad a los trabajos de los Residentes, primeros frutos de su formación científica, sino de recoger también otras producciones que han nacido al contacto de la *Residencia* con el ambiente ideal exterior. La obra de la *Residencia* ha sabido atraer la atención y el apoyo moral de literatos, científicos y políticos, que trabajan unidos a su lado, como si se tratase de una obra propia; y este núcleo formado en torno de la *Residencia* se ha dispuesto, con devoción y con entusiasmo, a sembrar en ella y desde ella, en la juventud española, los ideales de la Patria futura. En fin, la continuidad de la labor educacional de la *Residencia,* la lleva a perpetuar en sus publicaciones momentos ejemplares de la cultura universal y de la vida nacional, para todo lo cual encontrará cauce en las actuales series y en otras nuevas que a su tiempo saldrán a luz.

Serie I. Cuadernos de trabajo:

Con estos cuadernos de investigación quisiera la Residencia contribuir a la labor científica española.

1. El sacrificio de la misa, por Gonzalo de Berceo. Edición de *Antonio G. Solalinde*. (Publicado.) 1,50 ptas.
2. Constituciones biaulie mirabeti. (1328) Edición de *Galo Sánchez*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. ¿Qué es la electricidad?, por *Blas Cabrera*. (Publicado.) 3,50 ptas.
4. La base trófica de la inteligencia, por *R. Turró*. (Publicado.) 3 ptas.
5. Un profesor español del siglo xvi : Juan Lorenzo Palmireno, por *Miguel Artigas*
6. Baquilides. Traducción del griego, por *Pedro Bosch y Gimpera*.
7. El renacimiento en España. Introducción metódica, por *Federico de Onís*.

Serie II. Ensayos:

Componen esta serie trabajos originales que, aun versando sobre temas concretos de arte, historia, ética, literatura, etc., tienden a expresar una ideología de amplio interés, en forma cálida y personal.

1. Meditaciones del Quijote. Meditación preliminar y Meditación primera, por *J. Ortega y Gasset*. (Publicado.) 3 ptas.
2. Al margen de los clásicos, por *Azorín*. (Publicado.) 3,50 ptas.
3. El protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española, por *Manuel González Hontoria*. (Publicado.) 4 ptas.
4. El licenciado vidriera, visto por *Azorín*. (Publicado.) 3 ptas.
5. Ensayos. Tomo i, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
6. Un pueblecito, por *Azorín*. (Publicado. 3 ptas).
7. Ensayos. Tomo ii, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.
8. La edad heroica, por *Luis de Zulueta*. (Publicado.) 2,50 ptas.

9. Ensayos. Tomo III, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.

10. La filosofía de Henri Bergson, por *Manuel G. Morente*. (Publicado.) 2,50 ptas.

11. Ensayos. Tomo IV, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.

12. El sentimiento de la riqueza en Castilla, por *Pedro Corominas*. (Publicado.) 3,50 ptas.

13. Ensayos. Tomo V, por *M. de Unamuno*. (Publicado.) 3 ptas.

14. Ensayos. Tomo VI, por *M. de Unamuno*. (Publicado). 3,50 ptas.

15. Ensayos. Tomo VII, por *M. de Unamuno*.

16. Clavijo en Goethe y en Beaumarchais, comentado por *Azorín*.

17. Diccionario filosófico portátil, por *Eugenio d'Ors*.

18. La universidad española, por *F. de Onís*.

19. El arte español, por *Manuel B. Cossío*.

20. Meditación del Escorial, por *J. Ortega y Gasset*.

21. La epopeya castellana, por *Ramón Menéndez Pidal*.

22. El derecho internacional en la guerra grande, por *Gabriel Maura*.

23. Meditaciones del Quijote. Meditación segunda y Meditación tercera, por *J. Ortega y Gasset*.

24. Ensayo sobre la historia constitucional de España. (Estudio de la vida política española en el siglo XIX, con los textos de las Constituciones), por *Fernando de los Ríos y Urruti*.

25. Ensayos sobre Shakespeare, por *Ramón Pérez de Ayala*.

Y otros de Pío Baroja, Gabriel Alomar, Nicolás Achúcarro, Pedro Dorado y Montero, etc.

Serie III. Biografías

Para promover viriles entusiasmos, nada como las vidas heroicas de hombres ilustres, exaltadas por espíritus gemelos. Esta serie

consta de ejemplares biografías, cuya traducción se ha confiado a escritores competentes.

1. VIDA DE BEETHOVEN, por *Romain Rolland*, Traducción de *Juan Ramón Jiménez*. (Publicado.) 3,50 ptas.
2. VIDA DE MIGUEL ÁNGEL, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
3. VIDA DE TOLSTOI, por *Romain Rolland*. Traducción de *Juan Ramón Jiménez*.
4. VIDA DE CARLOS XII, por *Voltaire*. Traducción de *E. Diez-Canedo*.
5. FICCIÓN Y REALIDAD (Dichtung und Wahrheit), por *J. W. Goethe*. Traducción de *Ramón María Tenreiro*.

SERIE IV. VARIA:

La RESIDENCIA se propone perpetuar, con esta serie, la eficacia de toda manifestación espiritual (lecturas, jiras, conferencias, conmemoraciones), que impulse la nueva España hacia un ideal puro, abierto y definido.

1. DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO, por *Eugenio d'Ors*. (Agotado.)
2. JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE, par *M. André Pirro*. (Publicado.) 1,50 ptas.
3. APRENDIZAJE Y HEROÍSMO, por *Eugenio d'Ors* (Publicado.) 2 ptas.
4. FIESTA DE ARANJUEZ, EN HONOR DE AZORÍN. Discursos, poesías y cartas. (Publicado.) 1,50 ptas.
5. DISCIPLINA Y REBELDÍA, por *Federico de Onís*. (Publicado.) 1 pta.
6. PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA, por la *Condesa de Pardo Bazán*. (Publicado.) 1 pta.
7. POESÍAS COMPLETAS, de *Antonio Machado*, en un volumen. (Publicado.) 4 ptas.

EL SACRIFICIO DE LA MISA, por GONZALO DE BERCEO. Edición de ANTONIO G. SOLALINDE. —Precio: 1,50 ptas.

DE LA AMISTAD Y DEL DIÁLOGO, por EUGENIO D'ORS. Agotada.

MEDITACIONES DEL QUIJOTE, por JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *Meditación preliminar. Meditación primera.* Precio: 3 ptas.

JEAN SÉBASTIEN BACH, AUTEUR COMIQUE, par M. ANDRÉ PIRRO.—Precio: 1,50 ptas.

AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS, por AZORÍN.—Precio: 3,50 pesetas.

EL PROTECTORADO FRANCÉS EN MARRUECOS Y SUS ENSEÑANZAS PARA LA ACCIÓN ESPAÑOLA, por MANUEL GONZÁLEZ HONTORIA.—Precio: 4 ptas.

APRENDIZAJE Y HEROÍSMO, por EUGENIO D'ORS.—Precio: 2 ptas.

FIESTA DE ARANJUEZ, en honor de AZORÍN. *Discursos, poesías* y *cartas.*—Precio: 1,50 ptas.

CONSTITUCIONES BAIULIE MIRABETI. Edición de GALO SÁNCHEZ.—Precio: 1,50 ptas.

EL LICENCIADO VIDRIERA, visto por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

DISCIPLINA Y REBELDÍA, por FEDERICO DE ONÍS.—Precio: 1 pta.

VIDA DE BEETHOVEN, por ROMAIN ROLLAND. Traducción de JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—Precio: 3,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo I, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

UN PUEBLECITO, por AZORÍN.—Precio: 3 ptas.

ENSAYOS. Tomo II, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA EDAD HEROICA, por LUIS DE ZULUETA.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo III, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA FILOSOFÍA DE HENRI BERGSON, por MANUEL G. MORENTE.—Precio: 2,50 ptas.

ENSAYOS. Tomo IV, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

PORVENIR DE LA LITERATURA DESPUÉS DE LA GUERRA, por la CONDESA DE PARDO BAZÁN.—Precio: 1 pta.

¿QUÉ ES LA ELECTRICIDAD?, por BLAS CABRERA.—Precio: 3,50 pesetas.

EL SENTIMIENTO DE LA RIQUEZA EN CASTILLA, por PEDRO COROMINAS.—Precio: 3,50 ptas.

POESÍAS COMPLETAS DE ANTONIO MACHADO.—Precio: 4 ptas.

ENSAYOS. Tomo V, por MIGUEL DE UNAMUNO.—Precio: 3 ptas.

LA BASE TRÓFICA DE LA INTELIGENCIA, por R. TURRÓ.—Precio: 3 ptas.

ENSAYOS. Tomo VI, por MIGUEL DE UNAMUNO. Precio: 3,50 ptas.

PROSPECTO

DE LA

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

(NO SE VENDE)

SE ENVIA A QUIEN LO SOLICITE DEL PRESIDENTE DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES • CALLE DEL PINAR • MADRID

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 5 DE JULIO
DE 1918

LS.
U542e
155890
Author Unamuno, Miguel de
Title Ensayos. Vol.6

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU